

A woman with long brown hair, wearing a dark red long-sleeved top and black shorts, is climbing a large, gnarled tree branch. She is looking upwards with a determined expression. The background is a dark, moody landscape with a blue and green color palette, suggesting a night or twilight setting. The overall style is reminiscent of classic pulp magazine illustrations.

Enid Blyton

2º GRADO
EN
TORRES
DE
MALORY



se

De vuelta en el querido Torres de Malory, de vuelta con las mismas compañeras... y con otras nuevas que nos proporcionarán un curso algo más agitado de lo esperado. Elena, que llega con una beca y se muestra después huraña y antipática. La hermosa Daphne, guapa y rica, que hará buenas migas con Gwendoline. Y la olvidadiza Belinda. Pasa a conocerlas a ellas y a todas las alumnas de Torres de Malory.



Enid Blyton

Segundo grado en Torres de Malory

Torres de Malory 2

ePub r1.1

Ishamael 10.08.13

Título original: *Second form at Malory Towers*

Enid Blyton, 1947

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: Stanley Lloyd

Diseño de portada: Pablo Ramírez

Editor digital: Ishamael

ePub base r1.0



Capítulo 1

DE VUELTA A TORRES DE MALORY

—Las vacaciones me han encantado, sencillamente —dijo Darrell mientras subía al automóvil de su padre dispuesta a regresar al colegio una vez más—. Pero me alegro de que sea hora de volver al colegio. ¡Hace ocho semanas que salí de allí!

—¡Vaya, vaya qué cosa más increíble! —exclamó su padre—. ¿Está lista tu madre o he de tocar el claxon? Es curioso que siempre sea yo el primero en estar preparado. ¡Ah, ahí viene mamá!

La señora Rivers bajó presurosa los escalones.

—¡Oh, Dios mío! ¿Os he hecho esperar? —les dijo—. El teléfono sonó en el último momento. Darrell, era la madre de Sally Hope que preguntaba a qué hora iríamos a recoger a Sally para llevarla con nosotros.

Sally Hope era la mejor amiga de Darrell, y el señor Rivers, el padre de Darrell, iba a llevarlas a ambas a *Torres de Malory*, su colegio en Cornualles. Salían muy temprano para poder llegar allí antes de anochecer, y Sally iba a ir con ellos.

—Me disgusta dejar mi casa, pero no puedo por menos de sentirme excitada al regresar —dijo Darrell—. Éste será mi quinto trimestre^[1] en *Torres de Malory*... y estaré en el segundo grado. ¡Voy a sentirme «importante»!

—Bueno, ahora ya tienes trece años, de manera que ya es hora de que asciendas —repuso su madre acomodándose en el coche—. Mirarás a las de primero por encima del hombro, ¿verdad?... ¡pensando que son sólo bebés!

—Supongo que sí —replicó Darrell riendo—. Bueno, las de tercero harán lo mismo con «nosotras»..., ¡de manera que cada una quedará en su lugar!

—Ahí está tu hermanita diciéndote adiós con la mano —dijo su padre conduciendo el automóvil por la avenida—. Te echará de menos, Darrell.

Darrell agitó la mano frenéticamente.

—¡Adiós, Felicidad! —gritó—. Alguna vez «vendrás» a *Torres de Malory* y entonces estaremos juntas.

El automóvil dejó el jardín y, al llegar a la carretera, Darrell volvió la cabeza para mirar su casa. No iba a volver a verla hasta dentro de tres meses. Se sentía un poco triste..., pero, como era una niña sensata, se animó en seguida, dirigiendo sus pensamientos a *Torres de Malory*. Durante el último curso había aprendido a amar a su colegio y se sentía orgullosa de pertenecer a él. Tras ella quedaban los cuatro trimestres en el primer grado con la señorita Potts... y ahora tenía ante sí la perspectiva de aquel curso en el segundo grado.

Al cabo de una hora llegaron a la casa de Sally Hope. Sally ya les aguardaba con su baúl y el maletín de mano al pie de los escalones de la entrada. Junto a ella estaba su madre, y un bebé de

unos dieciocho meses cogido a la mano de Sally.

—¡Hola, Sally! ¡Hola, Daffy! —exclamó Darrell, excitada—. ¡Qué bien, ya estás a punto!

El baúl fue colocado en el portaequipajes con el de Darrell, y el maletín atado en la baca. El palo de *lacrosse*^[2] de Sally se puso entre otros cachivaches y por fin subió ella.

—¡Yo también quiero ir! —gritó Daffy con los ojos llenos de lágrimas al ver marchar a su adorada Sally.

—¡Adiós, mamá! ¡Te escribiré en cuanto pueda! —exclamó Sally—. ¡Adiós, Daffy querida!

El automóvil se puso de nuevo en marcha y Daffy empezó a llorar.

Sally parecía un poco preocupada.

—Siento dejar a mi madre —dijo—, y también siento dejar a Daffy. Ahora es un encanto... corre por todas partes y habla muy bien.

—¿Recuerdas cuánto te disgustaba cuando era un bebé? —le dijo Darrell—. Apuesto a que ahora no sabes pasarte sin ella. Es divertido tener una hermanita.

—Sí, me porté muy mal con ella —repuso Sally recordando—. Ése fue un curso terrible, el primero que pasé en Malory. Me sentía tan desgraciada creyendo que me habían sacado de casa para hacer sitio a Daffy, el nuevo bebé. A ti también te odiaba, Darrell..., ¿no es extraño pensarlo?

—Y ahora somos las mejores amigas —replicó Darrell con una carcajada—. Escucha..., ¿quién crees tú que será jefa del segundo curso este año, Sally? Ahora Catalina está en tercero, así que ella no será. Tendrá que ser otra.

—Tal vez Alicia —dijo Sally—. Es casi la mayor.

—Lo sé..., pero ¿tú crees que sería una buena jefa? —le preguntó Darrell, pensativa—. Sé que es muy inteligente y saca las mejores notas en todo..., pero ¿no crees que le gusta demasiado hacer el tonto?

—Puede que no lo haga cuando sea jefa del curso —comentó Sally—. Lo que Alicia necesita es un poco de responsabilidad, yo creo. No quiere ninguna. Ya sabes que el curso pasado le pidieron que dirigiera las excursiones de observación de ciencias naturales y no quiso. Pero se me ocurre otra natural razón por la que no sería una buena jefa de clase.

—¿Cuál? —preguntó Darrell, disfrutando de aquellos comentarios sobre sus compañeras.

—Pues es bastante dura —explicó Sally—. No se molestaría en ayudar a la gente si estuviera en apuros, ni se esforzaría tampoco por ser amable, sólo sería la jefa de clase que da órdenes y vigila que se cumplan y nada más... y una jefa de clase ha de tener algo más..., ¿no crees?

—Bueno, ¿quién crees que es la más apropiada para ser la jefa de clase? —quiso saber Darrell—. ¿Y «tú»? Tú sabes tratar muy bien a la gente, y eres estupenda cuando alguien está triste o en apuros. Y eres tan..., bueno, tan «segura». No te escabulles como yo, ni te aturullas. Me encantaría que fueses tú.

—Pues yo no quisiera serlo —replicó Sally—, y de todas formas no ha llegado el momento. Yo creo que tú serías una estupenda jefa de clase, Darrell..., de veras. Todo el mundo te quiere y confía en ti.

Por un instante, Darrell se preguntó si sería posible que la escogiesen a ella. Era cierto que todas las niñas, excepto una o dos, la querían de verdad y confiaban en ella.

—Pero no olvides mi carácter —dijo pesarosa—. Mira cómo me enfurecí el curso pasado cuando Marigold me eliminó del tenis pensando que yo era otra. Claro que yo ignoraba que se había equivocado..., pero le grité, tiré la raqueta al suelo y la pisoteé. No sé lo que pasó por mí.

—Oh, aquel día el sol era demasiado fuerte para ti y para muchas de nosotras —dijo Sally, consolándola—. Por lo general, no pierdes los estribos por cosas tan tontas. ¡Estás aprendiendo a guardar tu genio para cosas más útiles! Para favorecer a esa tonta de Gwendoline Mary, por ejemplo.

Darrell se echó a reír.

—Sí, es tonta de verdad. ¿Recuerdas lo estúpidamente que se comportó con la señorita Terry, la profesora de canto que tuvimos el curso pasado..., la que ocupó el puesto del señor Young durante dos meses? Yo creo que la señorita Terry fue muy tonta al soportarla.

—Oh, Gwendoline siempre tiene que hacer el tonto por «alguien» —repuso Sally—. Es así. Supongo que este curso también escogerá a alguien a quien adorar y seguir por doquier. ¡Bueno, gracias a Dios que seguro que no seré yo!

—Espero que haya algunas niñas nuevas —dijo Darrell—. Es divertido ir las clasificando, ¿verdad?... y ver qué tal son.

—Seguro que las habrá —replicó Sally—. ¡Escucha!... ¿No sería francamente divertido que Mary-Lou fuese la jefa de clase?

Las dos niñas se echaron a reír. Mary-Lou era muy amiga de Sally y Darrell, aunque Darrell era su preferida... y las niñas la querían mucho, pero era tan tímida y le atemorizaba tanto cualquier posible responsabilidad, que resultaba divertido imaginar la cara que pondría si le dijeran que iba a ser la jefa de clase.

—Le daría un ataque y luego se desvanecería como el humo —dijo Darrell—. Pero ahora ha mejorado «mucho», Sally. ¿Te acuerdas de cómo le temblaban las rodillas cuando se asustaba? Ahora apenas le ocurre. Todas nos hemos portado bien con ella sin asustarla y tiene más confianza en sí misma... por eso es distinta. Nunca volverá a ser como antes.

El viaje hasta Cornualles era largo..., muy largo. Se detuvieron para comer bocadillos junto a la carretera, sentándose sobre la hierba. Un rato cogió el volante la señora Rivers para que su esposo descansara. Las niñas, sentadas en la parte posterior del automóvil, charlaban o dormitaban durante el camino.

—Ya no estamos muy lejos —exclamó el señor Rivers, que había vuelto a tomar el volante—. Es posible que veamos otros coches que también vayan al colegio. Estad muy alerta.

Vieron uno en seguida... un automóvil rojo perteneciente a la familia de Irene. Ésta iba en el asiento de atrás y agitó su mano tan violentamente que casi le tiró los lentes a su padre, que conducía. El coche describió una ese.

—Es muy propio de Irene —dijo Sally con una sonrisa—. ¡Eh, Irene! ¿Qué tal las vacaciones?

Los dos coches iban más o menos juntos y las niñas contemplaron la cara radiante de Irene. Les gustaba mucho. Era una niña tan inteligente, sobre todo para la música, pero por otra parte muy despistada..., siempre olvidaba las cosas y las perdía, pero tenía tan buen humor que nadie podía estar mucho tiempo enfadada con ella.

—¡Ahí viene otro coche! ¿De quién es? —exclamó Sally cuando un tercer automóvil salió de una carretera secundaria, con un baúl enorme en la parte de arriba. Les pasó delante.

—Es una de las niñas mayores —dijo Darrell—. Parece Georgina Thomas. Me pregunto quién será la jefa de todo el colegio este año. Pamela ya se ha ido.

—Espero que no sea Georgina. Es demasiado entrometida.

Estaban ya muy cerca del colegio, al dar vuelta a una esquina, apareció ante su vista. Las niñas lo contemplaron en silencio. Ambas querían mucho a su colegio y se sentían muy orgullosas de él. Vieron el gran edificio de piedra gris, con una torre redonda a cada extremo... la *Torre Norte*, la *Torre Sur*, la *Torre Este* y la *Torre Oeste*.

La hiedra, que ahora iba tornándose rojiza, trepaba casi hasta el tejado.

—¡Nuestro castillo! —exclamó Darrell, orgullosa—. *Torres de Malory*. El mejor colegio del mundo.

Pronto el automóvil se detuvo delante del enorme tramo de simétricos escalones que conducían a la gran puerta principal.

En la avenida había tres coches y junto a ellos grupos de niñas charlando. Sus voces alegres llenaban el aire.

—¡Hola, Lucy! ¡Mirad, ahí está Freda! ¿Verdad que está morena? ¿Qué tal las vacaciones, Freda? Parece como si hubieras vivido en la playa por lo morena que estás.

—¡Hola, Jenny! ¿Recibiste mis cartas? No has contestado ni una, mala. Eh, Tessie. Cuidado con mi maletín. ¡Quita tus enormes pies de encima!

—¡Adiós, mamá! ¡Adiós, papaíto! Os escribiré en cuanto me haya instalado. No os olvidéis de dar de comer a mis ratoncitos.

—¡Apártate de ahí! ¡Te va a atropellar ese automóvil! Oh, es Betty Hill. ¡Betty, Betty! ¿Has traído trucos y chistes nuevos?

Un par de ojos traviosos miraron por la ventanilla del automóvil y un mechón de cabello cayó sobre una frente morena.

—¡Es posible! —exclamó Betty, apeándose—. ¡Nunca se sabe! ¿Alguien ha visto a Alicia? ¿O no ha llegado todavía?

—¡Las que vienen en tren todavía no han llegado! ¡El tren llega con retraso, como de costumbre!

—¡Darrell! ¡Darrell Rivers! ¡Hola! Y Sally. Escuchad, vamos dentro a buscar nuestro dormitorio. ¡Adelante!

¡Qué ruido! ¡Qué tumulto! Darrell no pudo por menos de sentirse emocionada. Era estupendo volver al colegio..., estar de nuevo en *Torres de Malory*.

Capítulo 2

TRES NIÑAS NUEVAS

Darrell dijo adiós a sus padres, que se alejaron en el automóvil. Siempre se alegraba de que su padre y su madre fueran tan sensatos al despedirla, y no estallaran en llanto como hacía siempre la madre de Gwendoline. Ni ellos esperaban tampoco que ella se quedara junto a ellos con aspecto triste. Rieron y charlaron como de costumbre, prometiéndole ir a verla a mitad de curso; luego la besaron y se fueron, diciéndole adiós con la mano.

Pronto ella y Sally llevaron sus maletines al gran vestíbulo. Y también sus palos de *lacrosse*, que siempre se enganchaban en las piernas de las otras niñas que iban y venían.

En el vestíbulo se hallaba la señorita Potts. Había sido su profesora mientras estuvieron en el primer curso, y sería todavía la inspectora de sus habitaciones, porque estaba encargada de la *Torre Norte*, donde ellas dormían. Todos los dormitorios de las niñas estaban en las cuatro torres y había una señorita encargada de cada una de ellas, y también un ama de llaves.

La señorita Potts, al ver a Sally y a Darrell, las llamó.

—¡Sally! ¡Darrell! Ocúpense de esta nueva alumna por mí, ¿quieren? Estará en segundo curso con ustedes y ocupará el mismo dormitorio. Llévenla al ama de llaves.

Darrell vio a una niña alta y delgada que estaba junto a la señorita Potts con aspecto nervioso y asustado. Darrell recordó lo sola que se había sentido la primera vez que fue a *Torres de Malory* y se compadeció de la niña. Se acercó a ella seguida de Sally.

—¡Hola! Ven con nosotras y cuidaremos de ti. ¿Cómo te llamas?

—Elena Wilson —repuso la niña, que tenía un rostro pálido y cansado. En mitad de la frente tenía una línea profunda que bajaba entre sus cejas, y que daba la impresión de que siempre estaba frunciendo el ceño. A Darrell no le agradó su aspecto, pero le sonrió amablemente.

—Supongo que debes sentirte algo confundida con todo este barullo —le dijo—. A mí me pasó lo mismo el año pasado, cuando llegué. Me llamo Darrell Rivers, y ésta es mi amiga Sally Hope.

La niña les dirigió una sonrisa cortés y luego las siguió en silencio. Se fueron abriendo paso entre aquella multitud de niñas excitadas.

—¡Ahí está Mary-Lou! —exclamó Darrell—. ¡Hola, Mary-Lou! ¡Has crecido!

La pequeña Mary-Lou sonrió.

—¡Eso espero! —exclamó—. ¡Estoy cansada de ser la más pequeña de la clase! ¿Quién es ésta?

—Elena Wilson. Es nueva. Irá a segundo grado —explicó Darrell.

—Y a nuestro dormitorio —agregó Sally—. La llevamos al ama de llaves. Hola, aquí está Irene. Irene, vimos que por poco tiras los lentes a tu padre en el automóvil cuando nos saludabas.

Irene sonrió.

—Sí, era la tercera vez que me pasaba, y papá empezaba a molestarse conmigo. ¿Vais a ver al

ama de llaves? Iré con vosotras.

—¿Traes el certificado médico? —le preguntó Sally con intención. Era un motivo de risa constante entre las niñas el que Irene siempre llegase sin él, por mucho que su madre se hubiera preocupado de ponérselo en la maleta, o dentro de un sobre para que Irene lo guardase en el bolsillo.

—¿Traes el tuyo? —le dijo Darrell a Elena Wilson—. Tenemos que entregárselo en seguida. ¡Y pobre de ti si caes con el sarampión, la varicela o algo por el estilo y acabas de presentar un certificado diciendo que no has estado cerca de ningún enfermo! ¡Cielos, Irene! ¿No irás a decir «*en serio*» que tampoco traes el tuyo esta vez?

Irene estaba registrando todos sus bolsillos con una divertida expresión consternada.

—De momento, no lo encuentro —dijo—. Debe estar en mi maletín. Pero no... Mamá dijo que no iba a ponerlo allí porque siempre desaparecía. ¡Maldición!

—El ama dijo que tendría que aislarte la próxima vez que vinieras sin el certificado —continuó Sally—. Tendrás que quedarte dos días en la enfermería hasta que tu madre envíe otro. La verdad es que eres muy tonta, Irene.

Rebuscando frenéticamente en sus bolsillos, Irene siguió a Sally, Darrell y Elena hasta la *Torre Norte*, y entró con ellas. El dormitorio del segundo curso no distaba mucho del de las de primero, donde Darrell había dormido durante los últimos cuatro cursos. Estaba en el segundo piso y era una hermosa habitación con diez camas, cada una cubierta con un lindo edredón.

Las niñas dejaron sus maletines en el dormitorio y fueron en busca del ama. ¡Ah, allí estaba, acompañando a otra niña nueva a su dormitorio! Darrell observó a la niña, que era aproximadamente de la misma edad que ella, y también tenía los cabellos negros y ensortijados, aunque mucho más cortos, parecidos a los de un muchacho. Su aspecto era bastante sucio y desaliñado, pero su sonrisa era muy atractiva y sus ojos brillaron cuando miró a las otras niñas. No parecía tan sola ni desamparada como Elena.

—Ah, Sally..., aquí hay otra niña nueva —dijo el ama con animación—. Encárgate de ella, ¿quieres? Su nombre es Belinda Morris. Y ahora..., ¿tenéis todas vuestros maletines? ¿Y los certificados médicos?

—Nuestros maletines están ahí —repuso Darrell, señalando el lugar donde los había dejado—. Y aquí tiene mi certificado médico, ama.

—¿Dónde está «*mi*» maletín? —exclamó Belinda de pronto.

—¿No lo tenías hace sólo unos minutos? —dijo el ama mirando a su alrededor—. Bueno, dame el certificado y luego ve a buscarlo.

—Pero si está dentro del maletín —dijo Belinda mirando también en derredor suyo.

—Probablemente lo habrás dejado abajo en el vestíbulo para que todo el mundo tropiece con él —exclamó el ama—. ¡Éstas niñas! Gracias, Darrell. ¿Es éste tu certificado, Sally?... Y éste el tuyo, Mary-Lou... y éste el tuyo, Elena. ¿Y qué hay del tuyo, Irene?

—Es una cosa muy curiosa, ama —comenzó a decir Irene, volviendo a rebuscar en sus bolsillos—. ¿Sabe usted? «*Lo tenía*» cuando salí esta mañana. Recuerdo que mamá me dijo...

El ama miró a Irene realmente desesperada.

—¡Irene! No te atrevas a decirme que tampoco lo trajiste esta vez. Ya sabes lo que te dije el curso pasado. Aquí hay una regla: Las niñas que olviden su certificado médico quedarán aisladas hasta que lo presenten. Nunca he tenido que cumplir esta regla..., pero en tu caso creo que...

—¡Oh, ama, no me aisele! —suplicó Irene cogiendo su maletín para volcar su contenido sobre el suelo—. ¡Lo encontraré! ¡Vaya si lo encontraré!

Las niñas la contemplaron riendo. La verdad es que Irene resultaba muy divertida cuando perdía algo. El ama la observaba ceñuda. Irene, inclinada sobre el maletín, rebuscaba afanosamente..., de pronto lanzó un grito, llevándose la mano al pecho:

—¡Ooooh! ¡Algo me pincha! ¿Qué puede ser? ¡Cielos, algo agudo se me está clavando!

Se puso en pie frotándose el pecho, y luego abrió su chaqueta... y las niñas rieron más y mejor.

—¡Irene! ¡Tontísima! ¡Llevas el certificado prendido con un alfiler! No podías perderlo aunque quisieras.

Irene sonrió complacida.

—¡Claro! —exclamó desprendiéndolo—. Ahora me acuerdo. «Sabía» que habría de perderlo a menos que me lo sujetara en alguna parte..., así que me lo prendí en el pecho. Aquí está, ama. ¡No tendrá que aislarme después de todo!

El ama lo cogió uniéndolo a los otros que ya tenía.

—¡Te ha llegado justo a tiempo, Irene! —le dijo mientras su rostro rechoncho se entreabría en una sonrisa—. ¡Me haces brotar canas cada principio de curso! Ahora, niñas..., sacad vuestras cosas de los maletines. Los baúles no se abrirán hasta mañana... y entonces cada una tendrá que comprobarlos detalladamente con la lista de ropa que trae consigo.

Y se alejó muy erguida con su delantal almidonado en busca de otras niñas que llegaban, recogiendo listas, nombres y certificados, poniendo orden, y dando la bienvenida a las sesenta niñas que volvían a la *Torre Norte*. En las torres restantes, tres amas hacían lo mismo. Era un verdadero trabajo recibir a las doscientas cincuenta niñas, con sus baúles, maletines y demás cachivaches.

Belinda había ido a buscar su maletín y, mientras las otras sacaban sus cosas, ella regresó con un bolso de mano castaño oscuro. Al abrirlo, sacó un pijama que ella miró con sorpresa.

—¡Cielos! ¡No sabía que tuviera pijamas así! —exclamó—. Y qué zapatillas más cucas me ha puesto mamá. Para darme una sorpresa, supongo.

Darrell miró por encima de su hombro y luego sonrió.

—Vas a llevarte un disgusto como sigas sacando más cosas —le dijo—. ¡Pertenece a Georgina Thomas! ¡Se pondrá furiosa si descubre que has abierto su maletín! Probablemente ahora lo estará buscando por todas partes. ¿Es que no sabes leer, Belinda?

Darrell señaló el nombre marcado en el cuello del pijama: «*Georgina Thomas*».

—¡Caramba! ¡Qué tonta soy! —exclamó Belinda metiendo todas las cosas revueltas en el maletín—. ¡Creí que era el «mío»!

Salió una vez más de la habitación seguramente para ir en busca, una vez más, de su maletín perdido. Darrell sonrió a Irene.

—No sé lo que vamos a hacer si tenemos aquí a otra como «tú», Irene —le dijo—. Con una ya es bastante... ¡Imagínate «dos»! Vais a volver loca a *Mademoiselle*. Y en cuanto a la señorita Parker, nuestra profesora de curso..., bueno, ya sabes cómo es. No puede soportar ningún despiste ni descuido. ¡Vamos a tener diversión este año contigo y Belinda en la misma clase!

A Irene no le gustaba nada que se metieran con ella. Era una niña lista, de buen humor, con dotes para la música, pero muy distraída para las cosas ordinarias de cada día. Si alguien perdía el libro de gramática, era Irene. Si alguien se olvidaba de estudiar la lección especial, era Irene. Y ahora allí estaba otra niña, Belinda, que padecía el mismo mal. A Irene le había gustado mucho y ya había decidido ser su amiga.

Belinda no tardó en regresar y esta vez, afortunadamente, con su maletín. Lo sacó todo, y luego fue colocando cada cosa en su sitio como las otras..., el pijama debajo de la almohada..., el cepillo de dientes, la toalla para la cara, la pasta dentífrica y la esponja en un estante de cristal al final del dormitorio, donde estaban los lavabos. El cepillo y el peine en su funda, dentro del cajón de su tocador. Luego, el maletín vacío fue dejado en el pasillo con los otros, en espera de ser llevados al desván.

Se oyeron voces en la escalera, y las niñas que estaban en el dormitorio alzaron la cabeza.

—¡Las niñas del tren! Al fin han llegado. ¡Qué tarde!

Más niñas irrumpieron en el dormitorio. Alicia Johns tenía los ojos brillantes, y tras ella entró Jean, la sensata y leal niña escocesa. Luego venía Emilia, una niña reposada, cuyo verdadero interés era la costura y los bordados más complicados.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho —dijo Darrell contando—. Faltan dos por llegar. ¿Quiénes son?

—Gwendoline Mary es una, supongo —dijo Irene con una mueca—. ¡La querida Gwendoline Mary! Supongo que su mamá todavía estará llorando sobre su querida corderita antes de separarse de ella. ¿Quién es la décima?

—Aquí llega Gwendoline —exclamó Darrell, y las niñas oyeron aquella voz familiar bastante chillona. Gwendoline era hija única y estaba muy mimada, aunque *Torres de Malory* le había hecho mucho bien, las vacaciones siempre volvían a estropearla.

Entró... acompañada de la décima niña. Gwendoline Mary la presentó.

—¡Hola a todas! Ésta es Daphne Millicent Turner, una alumna nueva. Está en nuestra clase y en nuestro dormitorio. Ha venido en el mismo vagón que yo y estoy segura que dentro de poco va a ser la favorita de todas.

Capítulo 3

EL PRIMER DÍA DE CURSO

Ésta, naturalmente, era una manera muy tonta de presentar a una niña nueva, sobre todo cuando todas las que escuchaban comprendieron al punto que cualquiera que fuera favorita de Gwendoline no era probable que lo fuera de las demás. Sonrieron amablemente a la recién llegada invitándola a pasar.

Era muy bonita. Sus cabellos dorados se ensortijaban sobre su frente, y sus ojos eran mucho más azules que los de Gwendoline, pero los tenía menos separados, cosa que le daba un aspecto travieso. Sus dientes eran hermosos y blancos, y su sonrisa encantadora.

—Estoy encantada de estar en *Torres de Malory* —dijo sonriendo—. Nunca he ido al colegio.

—¡Ésa es una cosa que tenemos en común! —exclamó Gwendoline, complacida—. Yo tampoco había ido a ningún colegio hasta que vine aquí.

—Hubiera sido mejor para ti haber ido —intervino Alicia—. Te hacía falta que te metieran en cintura, Gwendoline. Supongo que, como de costumbre, habrás estado consentida en tu casa estas vacaciones, y tu madre y tu vieja institutriz no habrán dejado de repetirte que eres la niña más maravillosa del mundo.

Gwendoline pareció contrariada.

—No es preciso que seas grosera conmigo en cuanto me ves, Alicia —dijo—. Vamos, Daphne, te enseñaré lo que has de hacer. Estarás en nuestro dormitorio, lo cual será estupendo. Puedo mostrarte muchas cosas. Sé cómo me sentí la primera vez que vine aquí sin conocer a nadie.

Daphne parecía muy agradecida. Con buenos modales daba las gracias, complacida, a todas las que le decían o mostraban algo. La verdad es que era muy bonita y graciosa. Y era evidente que, por alguna razón, Gwendoline había decidido ser su amiga y protectora.

—Ya te dije que siempre tiene que hacer el tonto por «*alguien*» —dijo Sally a Darrell mientras bajaban la escalera para cenar—. Bueno, que le vaya bien con Daphne. ¡Para mí, tiene demasiadas gracias y pretensiones!

—Gwendoline dice que el padre de Daphne es prácticamente millonario —dijo Darrell—. ¡Tenía señorita de compañía, ama de llaves y doncella propia antes de venir aquí!

—¡Oh, por eso nuestra querida Gwendoline se ha pegado a ella! —exclamó Sally—. Me imaginé que habría «*algo*». ¡Eh, Irene..., todavía llevas el sombrero puesto! ¿Es que vas a dejártelo para cenar?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Irene llevándose la mano a la cabeza—. ¡Es que me he olvidado de quitármelo! ¡Belinda, debieras habérmelo dicho!

Belinda sonrió.

—Ni me había fijado —le dijo—. Hay tantas cosas aquí que me resultan extrañas de momento, que el bajar a cenar con sombrero no me parece nada extraordinario.

—¡Vaya un par que estáis hechas! —exclamó Sally—. Vamos, Darrell; vamos, Mary-Lou. Si no corremos, nos quedamos sin cena.

Aquella noche todas las niñas estaban cansadas y las de segundo se alegraron de poder acostarse. Gwendoline había escogido una cama al lado de Daphne.

—Si sientes añoranza, no tienes más que decírmelo —dijo a Daphne, quien estaba realmente encantadora con su pijama azul y sus cabellos rubios cayéndole sobre los hombros. Los de Gwendoline también eran rubios, pero lacios, y envidiaba los rizos de Daphne.

—Supongo que me extrañaré bastante —replicó Daphne metiéndose en la cama—. Verás, estoy acostumbrada a tener mucha gente a mi alrededor..., mamá que viene a darme las buenas noches con un beso... y mi ama de llaves que se asoma a ver si estoy bien..., y mi doncella, que recoge todas mis cosas. Yo no...

—Basta de charla —dijo Sally, de pronto.

Gwendoline se incorporó.

—No eres la jefa de clase ni del dormitorio, Sally —le dijo—. ¡De manera que no me des órdenes!

—No lo hago —repuso Sally—. Ya conoces las reglas, Gwendoline. No hago más que recordártelas.

Gwendoline se acostó, y al cabo de poco comenzaron de nuevo los cuchicheos.

Sally se iba enfadando:

—Cállate, Gwendoline. Hace rato que no se puede hablar. Todas queremos dormir.

—¡Espera a ser la jefa y entonces te obedeceré, pero no antes! —dijo Gwendoline, deseosa de destacarse delante de su nueva amiga—. Mañana sabremos seguro quién es la jefa.

—Bueno, no vas a ser «tú» —dijo Alicia, en tono malicioso, desde el fondo de la habitación.

—¡Chiss! —siseó Darrell al oír pasos. Era el ama que entró en silencio, y, al ver a las niñas despiertas, les habló amablemente.

—¿Todavía no dormís? ¡Daos prisa! Y, naturalmente, nada de hablar ahora. Buenas noches.

Salió.

Gwendoline no sabía si seguir o no hablando con Daphne, pero un ligero ronquido le demostró que su compañera estaba dormida. Así que de nada iba a servirle desafiar a Sally... ¡Daphne no iba a charlar con ella!

Pronto todas las niñas estuvieron dormidas, y no oyeron cómo la señorita Potts se asomaba luego y cerraba la puerta con cuidado. Ni siquiera oyeron a las de sexto cuando, más tarde, subieron la escalera en tropel. Estaban agotadas.

La campana las despertó con sobresalto. Sally se sentó en la cama, asustada.

—Oh..., es sólo la campana del colegio —dijo, y se echó a reír—. De momento no podía imaginar lo que era.

El primer día siempre era divertido. No había lecciones propiamente dichas, aunque se asistía a clase. Se realizaban pruebas para ver lo que sabían las niñas nuevas. También se entregaban libros y lápices, y se hacía una lista de diversas ocupaciones, de las que iban a encargarse las alumnas por turnos de una semana.

Todas las nuevas tuvieron que ir a ver a la señorita Grayling, la directora de voz tranquila y grave, quien les dijo exactamente lo mismo que le había dicho a Darrell el año anterior.

—Todas vais a sacar gran provecho de estos años en *Torres de Malory*. ¡A ver si devolvéis mucho a cambio! Sed justas, responsables, amables y trabajadoras. Yo cuento como nuestros éxitos las que salen del colegio convertidas en jóvenes de buen corazón, amables, sensatas y leales, buenas personas en las que el mundo puede confiar. Nuestros fracasos son las que no aprenden estas cosas durante los años que están aquí.

Daphne, Elena, Belinda y todas las otras nuevas de los diversos cursos, oyeron estas palabras aquella mañana. Todas las escucharon impresionadas. Algunas recordarían aquellas palabras sin olvidarlas jamás. Serían los éxitos. Las tres nuevas del segundo curso parecían escuchar sinceramente y con interés, sobre todo Daphne. La señorita Grayling la observó de cerca con disimulo. Sabía muchas cosas de Daphne Millicent Turner.

Daphne la miró a su vez poniendo toda el alma en sus ojos. Deseaba ardientemente causar buena impresión a la señorita Grayling. Le dedicó una de sus encantadoras sonrisas, pero la directora no correspondió con otra. Habló unas palabras más y luego despidió a las niñas, que salieron en silencio de la habitación.

—¿No es maravillosa? —dijo Daphne, con fervor—. Gwendoline me dijo que iba a causarme gran impresión y así ha sido.

A nadie pareció importarle si a Daphne le había causado impresión o no, y se separaron tomando distintos caminos.

Ésta vez Darrell y Sally se dirigieron a la sala del segundo curso. Pasaron por delante de la sala de las de primero, donde tantos años estuvieron sentadas. La puerta estaba abierta, y una multitud de niñas pequeñas escogían pupitres y asientos.

—¡Bebés! —exclamó Darrell, dándose importancia—. Sólo criaturas con los dedos manchados de tinta; probablemente un gran número de ellas no saben todavía la tabla de multiplicar.

Dos ex alumnas de segundo, ahora de tercero, se cruzaron con ellas en el pasillo.

—¡Hola, pequeñas! —dijo una de las de tercero en tono condescendiente—. ¡Cuidado con la vieja *Pinocho*! ¡Es muy dura en la gente que comete demasiados errores de pronunciación!

Pinocho era el apodo popular de la señorita Parker, la profesora de segundo curso. Tenía una nariz bastante grande y, según decían las niñas, iba metiéndose en cosas que no le concernían. Cierto que era una persona muy curiosa cuando sospechaba que se trataba de alguna travesura, y no descansaba hasta descubrirlo todo.

Era muy severa, pero algunas veces se quedaba absorta mirando al vacío, olvidándose de la clase, que aprovechaba aquellos raros momentos para sacar el mayor provecho. Darrell estaba segura de que la señorita Parker no iba a gustarle tanto como Potty, la profesora que les había enseñado durante el primer curso.

Belinda y Elena parecían deseosas de conocer todos los detalles acerca de las distintas profesoras, y Darrell y Sally se los proporcionaron gustosas. Daphne, naturalmente, recurrió a Gwendoline para que le informara.

—Tenéis que tener mucho cuidado con las *Mademoiselles* —dijo Darrell—. Pero sobre todo

con *Mademoiselle* Rougier, la alta y delgada. Las dos tienen mucho genio..., pero a *Mademoiselle* Dupont los arrebatos se le pasan pronto. *Mademoiselle* Rougier tiene un genio realmente «terrible».

—Y ojo avizor con la señorita Cartón, la profesora de historia, porque si no te gusta la historia, afilará la lengua contra ti —dijo Alicia—. A mí me gusta, de manera que no pasa nada, pero si no os gusta, ¡cuidado!

El primer día fue agradable e interesante. Las niñas nuevas fueron a visitar las diversas partes de los grandes edificios que constituían el colegio, las pistas de tenis, y los jardines. Se maravillaron ante la gran piscina excavada en las rocas, en la que continuamente se renovaba el agua con la marea.

—Supongo que nadarás muy bien —le dijo Daphne a Gwendoline.

La niña vaciló mirando a su alrededor. Había estado dándose importancia para impresionar a Daphne, pero sin que la oyeran las otras, y ahora Darrell estaba demasiado cerca de ella para mentir respecto a su estilo de natación.

—Pues..., no con tan depurado estilo como las demás —respondió.

—¡Apuesto a que nadas mejor que nadie! —exclamó Daphne, ardientemente—. ¡Eres demasiado modesta!

Darrell rió. ¡Nadie podría llamar modesta a Gwendoline! Era la más pretenciosa del colegio y algunas veces no sabía distinguir la línea que separaba las tontas baladronadas de la mentira auténtica.

Elena confesó que no sabía nadar.

—Nunca he tenido mucho tiempo para el deporte —dijo—, pero me gusta mucho. Siempre he tenido que trabajar de firme.

—Debes ser muy lista —le dijo Mary-Lou—. Tú ganaste la única beca que ofrecen, y que te ha traído a *Torres de Malory*, ¿verdad?

—Sí. Pero no creo que yo sea «*verdaderamente*» lista —dijo Elena, mientras se marcaba todavía más la arruga de su frente, dándole un aspecto preocupado—. Quiero decir... que puedo estudiar, estudiar y estudiar, y recordar las cosas muy bien... pero no soy brillante como otras niñas. Algunas no necesitan estudiar apenas..., son las primeras porque son tan inteligentes que no pueden evitarlo. He tenido que trabajar mucho. No obstante..., ¡yo deseaba con todas mis fuerzas venir a *Torres de Malory*, y aquí estoy, de manera que ha valido la pena estudiar tanto!

—Bueno, intenta ser tan buena para los deportes como para el estudio —le dijo Sally, quien era muy hábil en todos los juegos—. Ya sabes lo que se dice: «*Mucho estudiar y poco jugar...*».

—¡Hacen de Juan un aburrido... y de Elena una aburrida! —exclamó Elena con una breve carcajada—. ¡Me temo que eso es lo que soy..., demasiado aburrida!

A Belinda le encantó *Torres de Malory*. E Irene, que al parecer la había tomado como amiga íntima, lo mismo que Gwendoline con Daphne, estaba encantada del entusiasmo que Belinda demostraba por todo.

—¡Oh, qué vista! —exclamaba Belinda—. ¡Mirad ese mar! ¡Mirad los colores de la piscina! ¿Dónde está mi caja de pinturas? ¡De prisa!

Fue entonces cuando las niñas descubrieron el talento de Belinda por primera vez. Sabía dibujar y pintar maravillosamente bien. Y lo mejor de todo, o así les pareció a las niñas, era capaz de caricaturizar a cualquiera, simplemente con un lápiz o un carbón, con un parecido tan cómico y exagerado que todo el mundo estallaba en carcajadas.

—¡Lo que vamos a divertirnos contigo, Belinda! —exclamó Irene—. Puedes dibujar a *Pinocho* Parker... y *Mademoiselle*... a las dos *Mademoiselles*, en realidad..., y el ama..., y a todas. Celebro que hayas venido. ¡Desde luego que vamos a divertirnos contigo!

Capítulo 4

ACCLIMATÁNDOSE

El primer día de curso, la señorita Parker anunciaba quién iba a ser la jefa de la clase. Todas las niñas se congregaban para oírla, y permanecieron sentadas y atentas mientras ella hojeaba sus papeles y buscaba su lápiz.

—Estoy segura de que todas deseáis saber quién ha sido elegida para ser la jefa de la clase durante este curso —dijo—. Bueno..., no voy a intrigaros por más tiempo. Tras una breve decisión, todas las profesoras nos hemos decidido por... Sally Hope.

Las niñas sonrieron y Sally enrojció. Estaba muy satisfecha. La señorita Parker continuó hablando mientras revisaba sus notas.

—Tal vez os gustará saber qué niñas estaban en la lista. Una es Darrell Rivers, la segunda Jean Macdonald, y la tercera Winnie Toms.

Todas esperaban oír mencionar a Alicia e Irene, pero la señorita Parker no dio más nombres. A Irene no le importó. Reconocía que era una despistada y no deseaba en absoluto ser la jefa de la clase. Era feliz con tal de tener su música. ¡Ser la jefa de la clase hubiera podido robarle tiempo para practicar!

Pero a Alicia sí le importó. El año anterior había sido ella la jefa de clase. Tenía un cerebro y una memoria excelentes, y aunque no necesitaba estudiar a fondo porque esto le ayudaba, ciertamente que el curso anterior lo había hecho muy bien.

¡Y no obstante ni siquiera estaba en la lista de las candidatas al puesto de jefa de clase! Mordiéndose los labios, deseó no ponerse acalorada.

«¡Hay demasiado favoritismo! —se dijo para sí, enojada—. ¡Sólo porque hago el tonto algunas veces y distraigo a las profesoras, ni siquiera me han propuesto para jefa!».

Pero Alicia se equivocaba. No habían omitido su nombre por haber hecho el tonto, sino por algo más. Era su dureza hacia las personas que no le agradaban, y su desprecio hacia las menos inteligentes que ella, y que necesitaban ayuda y no insultos. A menudo las profesoras reían privadamente los ridículos trucos de Alicia, disfrutando con ellos..., pero a nadie le gustaba su lengua afilada y ofensiva, y las cosas mordaces que solía decir.

—Conseguirá mucha admiración y envidia de las otras, pero no amor o verdadera amistad —dijo la señorita Grayling en la reunión de profesores—. Y en cuanto a su amiga Betty, es lista también, pero un poco vacía comparada con Alicia, quien realmente podría hacerle mucho bien si lo intentara. ¡No es el cerebro de Alicia el que tiene «peros», sino su corazón!

Y así eligieron a Sally Hope, la firme, leal, amable y sensible Sally, la mejor amiga de Darrell. Sally tal vez no fuera la primera de la clase, pero siempre escuchaba a quien tuviera alguna dificultad. Sally no realizaría unos exámenes brillantes, como Alicia..., pero siempre estaba dispuesta a ayudar a cualquier niña más joven, en el juego o en las lecciones. Sería completamente

ecuánime y justa como jefa de la clase, y no consentiría ninguna tontería.

Toda la clase comprendió que habían hecho una buena elección, aunque algunas hubieran recibido con agrado una mala elección, porque Sally no les gustaba. Gwendoline estaba furiosa. Y lo mismo Betty, que había esperado que escogieran a Alicia. Y también una o dos amigas de Betty.

Darrell apretó el brazo de Sally.

—¡Estupendo! —le dijo—. ¡Cuánto me alegro! ¡Cómo se alegrará tu madre! También serás jefa de nuestro dormitorio, Sally. ¡Qué se fastidie Gwendoline!

Desde luego, fue muy desagradable para Gwendoline aquella noche, cuando Sally tomó el mando. Sally no tenía intención de hacer demasiado uso de su nuevo poder, ni demasiado pronto, pero sabía que si Gwendoline comenzaba a hacer el tonto otra vez, tendría que pararle los pies en seguida. Gwendoline no comprendía la clemencia, pero se aprovechaba de ella.

Por eso, en cuanto comenzaron los cuchicheos, después de apagarse las luces, Sally habló:

—Cállate, Gwendoline. Ya te lo dije anoche, y entonces no era jefa de dormitorio, pero ahora sí. De manera que cállate cuando te lo digo.

—La pobre Daphne añora su casa —comenzó a decir Gwendoline.

—No va a sentirse mejor porque tú le estés susurrando tonterías al oído —replicó Sally.

Hubo un breve silencio, y, luego, la voz de Belinda rasgó la oscuridad haciendo una pregunta:

—¡Sally! ¿Qué ocurriría si desobedeciéramos y continuásemos hablando cuando la jefa nos lo prohíbe?

—Nadie lo hace —repuso Sally, seria—. Pero creo que existe una ley en *Torres de Malory* que dice que si alguien estorba por la noche, se escoge un buen cepillo del pelo y se le propinan unos cuantos azotes.

—¡Oh! —exclamó Belinda, acurrucándose entre las sábanas, y sonriendo al pensar lo que Gwendoline estaría sintiendo ahora. ¿Volvería a hablar?

Gwendoline había abierto la boca para continuar hablando con Daphne, pero al oír la pregunta de Belinda y su respuesta, volvió a cerrarla contrariada. ¡Cómo se atrevía Sally a insinuar una cosa así a una de segundo grado! Dudaba pensando si Sally lo habría dicho sólo para asustarla, pero al recordar su tono firme, decidió no arriesgarse. Sería demasiado humillante si Sally llevaba a cabo su amenaza. ¡Daphne no volvería a respetarla jamás!

De manera que hubo paz en el dormitorio, y cuando el ama fue a cerrar la puerta silenciosamente, sólo se oían las respiraciones regulares de las diez niñas. Ocho estaban bien dormidas, pero dos permanecían despiertas.

Eran Gwendoline y Elena. Gwendoline estaba enojada, y eso siempre la desvelaba. Elena pensaba en su trabajo. Había realizado bastante bien el ejercicio de aquella mañana, pero no fue un «test» brillante. ¿Era realmente apta para estar en el segundo curso? Oh, sí, había ganado la beca, pero no la consiguió con su cerebro, sino trabajando de firme. ¿Tendría que estudiar mucho para mantenerse al nivel de las otras? Su mente no funcionaba con la facilidad de antes. Elena estaba preocupada y tardó mucho más en dormirse que Gwendoline.

Las niñas tardaron varios días en adaptarse a la disciplina del colegio. Elena y Daphne

aprendieron a orientarse más rápidamente que Belinda, quien se equivocaba de clase sin cesar. Iba a la clase de primero en vez de a la de segundo, y la señorita Potts se enfadó con ella.

—¡Belinda! ¡Ya estás aquí «otra vez»! —le decía—. ¿Es que quieres estudiar con las de primero? Claro que si consideras que el trabajo de segundo es demasiado...

Pero entonces Belinda ya había escapado murmurando apresuradas disculpas, para aparecer en su propia clase un minuto más tarde, riendo.

—Lo siento. Me he perdido, señorita Parker —decía ocupando su sitio.

—Yo cuidaré de ella, señorita Parker —se ofreció Irene. Pero la profesora se lo prohibió al punto.

—Así os perderíais las dos —le dijo—. Probablemente os quedaríais en la piscina aguardando una clase de natación mientras nosotras estábamos aquí dando matemáticas. Ya es hora que Belinda cuide de sí misma. Después de todo, ¡lleva ya tres días aquí!

—Sí, señorita Parker —repuso Belinda, humildemente, mientras comenzaba a dibujar a la profesora en su papel secante. Siempre dibujaba, estuviera donde estuviese. Llevaba un pequeño cuaderno de dibujo en el bolsillo y lo llenaba de curiosos dibujos de sus compañeras, de las flores del repecho de la ventana, la vista que se divisaba desde allí, todo lo que captaban sus ojos observadores.

Mademoiselle Dupont, rechoncha, bajita y corta de vista, sujetando sus impertinentes cerca de sus ojos, era una fuente de inspiración deliciosa para Belinda, porque era muy fácil de dibujar. Casi todas las niñas de la clase tenían ya una caricatura de *Mademoiselle* como señal en el libro de gramática francesa. Y era la ambición de toda la clase, tener como señal las caricaturas de todas las profesoras de las distintas clases... de la señorita Cartón para los libros de historia, de la señorita Grayling para los cuadernos de escritura, del señor Young para el libro de canto del colegio, etc.

Belinda había prometido hacerles una para cada una como señal de sus libros, con tal que ellas ordenaran sus cajones, conservaran su pupitre pulcro y resplandeciente, y que siempre que olvidase algo, lo hicieran ellas antes de que la riñeran.

—No puedo remediar el olvidarme de las cosas —les explicó—. Soy peor incluso que Irene. Si me riñen tanto, me disgusto y no puedo dibujar. Es terrible.

—¡No te preocupes! ¡Te cuidaremos bien! —dijo Alicia, contemplando con deleite el dibujo que Belinda había hecho del señor Young, el profesor de canto. Allí estaba, con su divertido bigotillo de puntas retorcidas su cabeza calva con tres o cuatro cabellos en el centro, su cuello alto, y sus grandes ojos detrás de sus lentes.

—Eres una verdadera maravilla —exclamó Betty, mirando por encima del hombro de Alicia—. ¿Dibujarás para mí si te prometo hacer tus tareas de clase semanales cuando te toque el turno?

De este modo Belinda conseguía librarse de todo el trabajo que no le gustaba hacer. A la señorita Parker le sorprendía ver todo lo que las niñas hacían por Belinda. Aquélla niña la exasperaba con su irresponsabilidad, pero no entendía por qué las otras la mimaban tanto.

—Es curioso —le dijo a *Mademoiselle*—. Nunca hicieron tanto por Irene, que es casi peor que ella. ¿Tanto les gustará Belinda? ¡No sé qué tendrá esa niña tonta para que anden todas

revoloteando a su alrededor! ¡Vaya, si incluso esta mañana he visto a Gwendoline ordenándole su pupitre en vez de acudir al recreo!

—¡Ah, Belinda tiene temperamento de artista! —replicó *Mademoiselle*—. Y no tiene tiempo para esas cosas como arreglar pupitres y hacer camas. Yo misma tengo temperamento artístico, pero en un colegio inglés eso no inspira simpatía. A ustedes, los ingleses, no les gustan estas cosas.

—No, no nos gustan —repuso la señorita Parker, que había oído hablar muchas veces antes de ahora del temperamento artístico de *Mademoiselle*. Y que solía gruñir ante tareas pesadas como la de rellenar formularios, hacer listas extensas y demás. El temperamento artístico de *Mademoiselle* siempre estaba en guerra con tales trabajos, y trataba en vano de pasarlos a personas más prácticas, como la señorita Potts o la señorita Parker.

—Debemos ser pacientes con las niñas como Belinda —continuó *Mademoiselle*—. Lo que yo he sufrido porque la gente...

—Pues, créame, Belinda sufrirá también, si no se libra de algunas costumbres —replicó la señorita Parker, muy seria—. Sé lo que la señorita Potts tuvo que soportar con Irene, el año pasado. Gracias a Dios, supo inculcarle un poco de sentido común, y ahora puedo manejarla. Belinda tendrá que pasar por lo mismo. Es una lástima que todas las niñas se sientan tan dispuestas a ayudarla tanto.

Nadie le dijo a la señorita Parker la verdadera razón, y aunque ella trató de averiguarlo, no pudo conseguirlo. Tampoco le enseñó nadie los dibujos. Belinda tenía un lápiz malicioso algunas veces, y ponía de relieve los puntos flacos de sus modelos. La gran nariz de la señorita Parker siempre aparecía en sus dibujos un «*poquitín*» mayor que en la realidad, *Mademoiselle* Rougier siempre más huesuda de lo que era, y *Mademoiselle* Dupont más rechoncha. ¡No, desde luego que las niñas no deseaban mostrar aquellas graciosas caricaturas a sus profesoras!

La única que estaba realmente encantada con Belinda era la señorita Linnie, la profesora de arte. Era joven, de buen corazón y con gran sentido del humor. Pronto descubrió lo dotada que estaba Belinda para el arte, y la animaba todo lo que podía.

—¡Aquí voy a divertirme! —dijo Belinda a Irene—. La señorita Linnie está entusiasmada conmigo y me ayuda continuamente. Y he conseguido librarme de todos los trabajos que detesto. ¡Hasta Emilia va a zurcirme los calcetines!

—Tienes suerte —contestó Irene, con envidia—. No me importaría regalar algunas de mis composiciones musicales a cambio de que «*me hicieran*» los trabajos..., pero nadie quiere la música que yo escribo. ¡Pero todas quieren tus graciosos dibujos, Belinda!

Capítulo 5

ELIMINÁNDOSE

La primera semana transcurrió lentamente. Siempre ocurría así, y luego las semanas pasaban cada vez más aprisa, cuando todas las niñas se habían adaptado al nuevo ambiente y disfrutaban.

El tiempo continuaba siendo espléndido y cálido, y las que lo deseaban podían continuar bañándose. También las pistas de tenis seguían ocupadas, aunque ahora también se jugaba al *lacrosse*, que era el deporte de invierno.

Gwendoline y Daphne se habían hecho grandes amigas. Gwendoline no había tenido una amiga propiamente dicha durante los cuatro cursos que estuvo en *Torres de Malory* y le emocionaba tener a Daphne. Admiraba la hermosura de aquella niña y sus modales encantadores, y le entusiasmaba oírle contar cosas de su opulenta mansión.

Las dos niñas tenían mucho en común. A ninguna de las dos le gustaba el agua y no había nada en el mundo que las persuadiera para darse un chapuzón en la piscina.

—Ya tenemos bastante agua en el verano —objetaba Gwendoline, un día caluroso cuando alguien quería convencerla para que fuese a bañarse—. Éste curso no «tenemos» que nadar, de manera que no pienso ir. De todas formas, vosotras no queréis que vaya..., lo que os gustaría es colocaros detrás de mí y tirarme al agua de un empujón.

—No..., queremos que Belinda te vea temblando en traje de baño y mojando un dedo del pie en el agua —exclamó Alicia—. ¡Sería un retrato tan cómico para la pared de nuestra clase, Gwendoline!

—¡Malas! —exclamó Gwendoline, que aborrecía que se burlaran de ella. Se alejó rápidamente con Daphne—. Sólo porque les gustan los juegos violentos como la natación y el tenis, creen que han de gustarle a todo el mundo —dijo a su amiga—. Al fin y al cabo, tú y yo no habíamos ido nunca al colegio hasta que vinimos aquí, y jamás nos acostumbraremos a sus ideas estúpidas. Ojalá hubiera nacido en Francia. Entonces no tendría que nadar si no me gusta, ni que cansarme tirando una pelota tonta por encima de una red.

—En casa tenemos tres pistas —dijo Daphne—, dos duras y una de hierba. Verás, mamá es una anfitriona maravillosa, y le gusta organizar partidas de tenis lo mismo que otras reuniones. Pero, claro, las que más le gustan a la gente son las fiestas que mi papá da a bordo de su yate.

Gwendoline no le había oído hablar todavía del yate y miró con envidia a su amiga. Tal vez Daphne la invitase durante las vacaciones de verano y entonces también ella podría ir en aquel yate maravilloso. ¡Qué contenta se pondría su madre al saber que había hecho una amistad semejante!

—Debes haber sentido mucho tener que venir al colegio, Daphne —le dijo—. Y dejar todas esas cosas para venir a esta pocilga. Supongo que en tu vida no habrías hecho la cama hasta que viniste aquí.

—Claro que no —replicó Daphne, sacudiendo sus hermosos cabellos—. ¡Apuesto a que tú tampoco!

—No, no la hacía —repuso Gwendoline—. Mi institutriz, la señorita Winter, siempre hacía esas cosas, y también las hace durante las vacaciones. Es una vieja estúpida, pero resulta útil en ciertos aspectos. Aunque no era gran cosa como profesora. Estaba atrasadísima cuando vine aquí.

¡Gwendoline todavía lo estaba! En vez de aplicarse y tratar de aprovechar el curso para alcanzar a las otras, hacía grandes aspavientos y trabajaba poco. Sus padres se habían resignado a que sus notas fuesen acompañadas de estas palabras: «Justo». «Podría estudiar más». «Flojo». «No se aplica lo suficiente». «Bajo...». «No se ha esforzado todo lo que puede».

Su padre le hacía muchas observaciones sobre estas notas, pero como su madre siempre estaba de parte de Gwendoline, estos comentarios no servían de nada, excepto para enfurecer a Gwendoline. Luego se deshacía en lágrimas y la señorita Winter y su madre hacían todo lo posible por consolarla. Gwendoline sabía hacer uso de sus lágrimas.

¡Y Daphne sabía cómo emplear su encantadora sonrisa! La sacaba de muchos apuros, especialmente con *Mademoiselle* Dupont, la señorita Linnie, la profesora de arte, y el señor Young, el profesor de canto.

Mademoiselle no sabía resistirse a aquella sonrisa. Daphne sonreía de un modo dulce, patético, valiente y afectuoso..., ¡era extraordinario lo que podía expresar aquella sonrisa!

Cuando Daphne presentaba un ejercicio mal hecho de francés a *Mademoiselle*, lo acompañaba de una sonrisa, y la profesora la miraba con afecto. ¡Ah, la niña bonita!

—He hecho cuanto he podido, *Mademoiselle* —le decía Daphne, todavía sonriente—. Pero me temo que ni aun así esté demasiado bien. Verá usted..., me resulta tan difícil no habiendo ido nunca al colegio.

Entonces la sonrisa era patética, y *Mademoiselle*, conmovida, le daba unas palmaditas en el hombro.

—¡Has hecho cuanto has podido, «*mon enfant*»! ¡No puedes hacer más! ¡Verás, yo te ayudaré si quieres trabajar por las tardes!

Mademoiselle le hizo este generoso ofrecimiento con el rostro resplandeciente, pero Daphne supo resolverlo rápidamente. Moviendo la cabeza con pesar dijo cuánto lo sentía, pero que ya tenía que realizar trabajos extra con otras profesoras.

Entonces volvía a sonreír con aquella sonrisa y los ojos azules miraban suplicantes a *Mademoiselle*.

—No me haga repetir todo este ejercicio de francés, por favor, *Mademoiselle* —le decía—. Tengo tanto que hacer para estar a la altura de las otras alumnas en este primer curso.

Y aunque todas tuvieran que volver a repetir sus ejercicios de francés, Daphne nunca los repetía. Era capaz de conseguir cualquier cosa de *Mademoiselle* con sólo exhibir su sonrisa y hacer uso de su atractivo.

Por desgracia, ocurría todo lo contrario con la señorita Parker, la señorita Potts y *Mademoiselle* Rougier... especialmente con *Mademoiselle* Rougier, que, por lo general, tenía la costumbre de detestar a todas las niñas que agradaban a la otra *Mademoiselle* y de simpatizar con

todas las que a la otra disgustaban.

Era dura con Daphne, y pronto, a la niña, se le hizo imposible incluso tratar de sonreírle. Las dos se aborrecían intensamente, y de no haber sido por la ayuda inesperada de alguien de la clase, Daphne lo hubiera pasado muy mal y tenido que repetir todos los trabajos para *Mademoiselle Rougier*.

¡Y ese alguien, por sorprendente que parezca, fue Mary-Lou! Mary-Lou había aprendido mucho francés, porque su madre había contratado a una señorita francesa para que se ocupase de ella durante las vacaciones del año anterior, y Mary-Lou sabía hablar ahora el francés casi tan bien como el inglés, cosa que complacía a las dos *Mademoiselles*.

Mary-Lou pensaba que Daphne era encantadora. No podía por menos de mirarla y mirarla. Nunca llegaría a gustarle tanto como le gustaba Darrell o Sally, claro está, pero admiraba su hermosura y finos modales.

Un día vio a Daphne casi llorando ante un ejercicio que *Mademoiselle Rougier* le había hecho repetir, diciéndole que se lo devolvería de nuevo si esta vez no estaba perfecto. Mary-Lou se acercó a ella.

—¿No podría ayudarte Gwendoline? —le preguntó con timidez—. Ahora no está haciendo nada de particular. ¿Quieres que le pida que venga a ayudarte?

Daphne se frotó los ojos y le dirigió una sonrisa húmeda, pero no menos encantadora.

—No, es inútil pedírselo a Gwen. Ella me ayudaría si supiera. ¡Pero no es mucho mejor que yo en francés!

—Bueno..., supongo que no te gustaría que te ayudase «yo»..., ¿verdad? —le preguntó Mary-Lou, con vehemencia—. Quisiera hacerlo.

—Oh, muchísimas gracias —replicó Daphne, emocionada—. Tú sabes mucho, lo sé. Eres sencillamente maravillosa. Mira, ¿qué es lo que he hecho mal aquí?

Mary-Lou se sentó muy feliz junto a Daphne y empezó a explicarle algunas cosas y, casi sin darse cuenta, le hizo todo el trabajo. Daphne sonrió para sí y le dio las gracias calurosamente.

—No tiene importancia —replicó Mary-Lou con timidez, y mirando los cabellos rubios y ensortijados de Daphne agregó—: Tienes un cabello muy bonito.

Daphne era igual que Gwen y le encantaba la gente que la admiraba y le decía cosas bonitas. Miró a Mary-Lou, que le agradó, y además le sería muy útil que la niña le ayudase siempre a mejorar su francés.

—Supongo que no te importará echarme una mano algunas veces, ¿verdad? —le preguntó—. No quiero tener clases extra con ninguna de las *Mademoiselles*, pero me encantaría que tú me explicases las cosas. Lo haces muy bien.

Nadie había pedido jamás ayuda a Mary-Lou de esta forma. Se puso como la grana y tragó saliva.

—Me encantará —repuso al fin—. ¡Imagínate..., «yo» ayudándote a «ti»! Yo soy de esas que siempre andan buscando ayuda. Lo haré encantada, Daphne.

Así que, ante el asombro de las de segundo curso, vieron a la pequeña Mary-Lou sentada junto a Daphne por las noches en un extremo de la sala común, explicándole sus errores de francés del

día anterior.

—¡«Y» además le hace el ejercicio del día siguiente! —exclamó Darrell, disgustada, pues no le agradaba ver a la fiel Mary-Lou sentada, tanto tiempo con otra. ¡Vaya, si Mary-Lou había ido detrás de Darrell y Sally durante cursos y cursos! Seguro que no iría a hacerse amiga de esa horrible Daphne.

—Déjala —le dijo la sensible Sally—. Si quiere ayudarle, ¿por qué no ha de hacerlo? Daphne es un desastre para el francés, pero no le reprocho que no quiera tomar clases extras con las *Mademoiselles*. Ya sabes lo irritable que está *Mademoiselle* Rougier por las tardes, y ya sabes cuánto rato te entretiene *Mademoiselle* Dupont si te quedas a estudiar con ella. ¡Se supone que vas a quedarte media hora y te retiene por lo menos dos!

—Espero que Daphne no meta ninguna de sus estúpidas ideas en la cabeza de Mary-Lou —dijo Darrell.

—Tal vez Mary-Lou meta algunas ideas «sensatas» en la de Daphne —replicó Sally—. Sé que estás deseando intervenir, Darrell. ¡Bueno, no lo hagas!

Las niñas pronto se fueron aclimatando en clase, haciendo amistades, escogiendo a la compañera junto a la que sentarse y con quien salir a pasear. Era agradable tener una amiga íntima en la que poder confiar.

Sally tenía a Darrell y Darrell tenía a Sally. Irene a Belinda. Las dos se hicieron inseparables, sin beneficiarse mutuamente. ¡Lo que una olvidaba, seguro que la otra no lo recordaba! Al parecer iban empeorando.

Alicia, naturalmente, tenía a Betty. Alicia no estaba de tan buen humor como de costumbre. Todavía estaba resentida por no haber sido elegida jefa de clase, y no era todo lo leal ni simpática con Sally que debiera. Sally no hizo caso, pero no se sentía feliz.

Gwen tenía a Daphne, claro..., y ahora parecía que Mary-Lou también quería a Daphne. ¿Cómo iba a tomárselo Gwen?

—No necesitas preocuparte —dijo Daphne a Gwen—. Sólo quiero que me ayude, la muy tonta. La dejaré salir conmigo algunas veces, cuando tú estés ocupada, porque no quiero que crea que sólo la necesito para que me ayude en mi francés. Tú también puedes aprovecharte, Gwen. ¡Copia mi ejercicio cuando lo haya hecho!

De manera que Gwendoline era la compañera de Mary-Lou algunas veces, e incluso no decía nada cuando salía sola con Daphne. ¿Qué importaba? ¡Daphne sólo buscaba su ayuda!

Pero de todas formas Daphne no podía por menos de sentir simpatía por Mary-Lou... desde luego era un cambio tener a la buena de Mary-Lou trotando a su lado una o dos veces por semana en vez de la tonta de Gwen.

Capítulo 6

TIZA INVISIBLE

Al cabo de unas semanas Alicia se puso nerviosa.

—¡Es hora de que animemos esto un poco! —le dijo a Betty—. Ya sé que ahora somos alumnas de segundo curso y todo eso..., pero no hay razón para que no podamos divertirnos un poco. ¡Sally es tan aburrida..., ni un chiste, ni una broma jamás!

—¿Qué haremos? —preguntó Betty, y sus ojos traviosos brillaban—. Yo tengo tiza invisible. Y tú, ¿tienes alguna cosa?

—¡Tiza invisible! ¡No me lo habías dicho! —exclamó Alicia, con el rostro iluminado—. ¿Qué es? ¡Enséñamela!

—La tengo en mi armario, dentro de una caja —repuso Betty—. Ahora la sala común debe estar vacía. Ven y te la enseñaré. Es algo muy curioso.

Las dos niñas fueron a la sala común. Betty abrió su armario para sacar una caja de galletas. Dentro, cuidadosamente envuelto en papel, un grueso pedazo de tiza de color rosa.

—¡No parece invisible! —exclamó Alicia—. ¿Y qué es lo que hace?

—Bueno, si escribes con ella en una silla, nadie puede verla —dijo Betty—. Y cualquiera que se sienta y la caliente, deja una gran mancha rosa brillante en el vestido o la falda.

—Ya entiendo —replicó Alicia—. Cielos..., podríamos pintar con ella la silla de la profesora de nuestra clase... tal vez cuando venga *Mademoiselle Rougier*.

—¡Ya sé! Pintemos la silla del señor Young cuando venga a dar la lección de canto —exclamó Betty—. ¡El taburete del piano! Él se sienta allí para acompañar nuestras canciones... y cuando se levante y se dé vuelta para escribir en la pizarra..., cielos, ¡qué escándalo!

Alicia se rió de buena gana.

—Será mejor gastarle esa broma al señor Young que a *Pinocho* o a *Mademoiselle*..., él no sospechará nada... y las de primer curso podrán reírse también, porque damos esa clase juntas.

Alicia se animó considerablemente después de esto. Ella y Betty probaron la tiza invisible con sumo cuidado y fue un éxito.

Betty cogió un taburete de madera y frotó la superficie con la curiosa tiza de color rosa.

—Mira —dijo—. No se ve nada, Alicia. ¿Ves algo tú?

Alicia contempló el taburete con suma atención, desde un lado y otro.

—Es perfecta —comentó—. ¡No se ve nada en absoluto! Es curioso cómo da la sensación de ir desapareciendo a medida que se frota con ella, Betty. Realmente es invisible. Ahora, siéntate encima y deja que vea lo que ocurre.

Betty permaneció sentada por espacio de un par de minutos. La tiza no daba resultado a menos que se caldeara ligeramente. Mientras Betty estaba sentada con aire solemne ante la expectación de Alicia, Gwendoline asomó la cabeza buscando a Daphne, y grande fue su asombro al ver a

Betty tranquilamente sentada en una silla y a Alicia contemplándola.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó curiosa—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —dijo Alicia—. ¡Lárgate! Daphne no está aquí.

—Pero ¿qué estáis «*haciendo*»? —insistió Gwendoline sospechando algo, aunque sin saber qué—. ¿Por qué Betty está sentada en esa silla tan incómoda en mitad de la habitación?

—¡Alicia! ¡*Pinocho* te llama! —gritó de pronto una voz, y la cabeza de Jean apareció en la puerta—. ¡De prisa! Está enfadada por algo. Creo que se trata de tu ejercicio de matemáticas.

—¡Maldición! —exclamó Alicia, saliendo disparada—. Volveré en seguida, Betty —le dijo, echando a correr por el pasillo.

Jean miró con interés a Betty, sentada sola en mitad de la sala común.

—¿Cansada? —le preguntó.

Betty frunció el ceño. Era una situación estúpida. Hubiera querido arrojar un libro a la tonta y dorada cabeza de Gwendoline, pero no se atrevía a levantarse por temor a llevar una buena mancha de tiza en su espalda, y no deseaba que nadie más conociera el truco por el momento.

—Está paralizada, o algo por el estilo, la pobrecilla —dijo Gwendoline—. No puede levantarse. ¡O tal vez sea reuma!

Con gran alivio, Betty vio que Gwendoline se cansaba de meterse con ella e iba en busca de Daphne. Jean sonrió y también se fue. Betty se levantó, volviéndose, para examinar su espalda. Lanzó una carcajada de alegría. La falda de su uniforme tenía una gran mancha rosa brillante. ¡Qué extraordinario que la tiza invisible sólo actuara de este modo cuando se calentaba!

Alicia entró volando.

—¿Ha salido bien? —exclamó, y se echó a reír cuando Betty, volviéndose de espaldas, le mostró la mancha de un rosa brillante—. ¡Cielos, es estupendo! ¡Mañana lo probaremos con el señor Young!

—¿Se lo diremos a alguien? —preguntó Betty.

—A nadie —replicó Alicia—. Seguro que nos delataría al reírse. ¡No..., dejemos que nuestro querido señor Young tenga esa sorpresa ante un público atónito!

Ni Betty ni Alicia estudiaron mucho aquella noche. *Potty*, que estaba de vigilancia, miró con recelo a las dos cómplices, preguntándose qué estarían tramando. Era evidente que sus pensamientos estaban muy lejos, y eran agradables y divertidos.

Potty conocía los síntomas y advirtió a la señorita Parker.

—Ésas dos alumnas de su curso, Alicia y Betty, están tramando algo, señorita Parker. Mañana esté alerta. Descubrirá un olor desagradable, o un ruido extraño, o un derrumbamiento de libros o algo así.

—Gracias —replicó la señorita Parker, muy seria—. Ya vigilaré.

Pero no pudo descubrir nada anormal en su primera clase, ni tampoco en la segunda. Las niñas estudiaban como siempre. Sólo Alicia y Betty parecían nerviosas, pero a menudo lo estaban, especialmente Alicia, cuya mente rápida se aburría ante la lentitud de las demás.

La clase anterior al recreo era de canto. Pero antes de que finalizara la segunda clase, Betty levantó una mano.

—Por favor, señorita Parker, hoy me toca a mí preparar las cosas para el señor Young en la sala de canto. ¿Puedo ir?

La señorita Parker consultó su reloj.

—Sí. Tienes cuatro minutos.

Betty dirigió una mirada a Alicia y salió apresuradamente de la clase. Una vez fuera, echó a correr por el pasillo en dirección a la sala de canto, que, por fortuna, estaba vacía. ¡El señor Young siempre se retrasaba uno o dos minutos, gracias a Dios!

Betty corrió hasta el taburete del piano. La parte superior de cuero era giratoria. Betty sacó su tiza rosa y frotó vigorosamente toda la superficie del taburete.

Estaba segura de no haber dejado ni un centímetro sin pintar, aunque, claro, no podía ver nada de lo que había hecho. ¡Ciertamente la tiza era invisible!

Luego, rápidamente, hizo girar el taburete hasta que quedase demasiado bajo para el señor Young. Si alguna vez estaba demasiado alto o demasiado bajo, el profesor tenía la costumbre de sentarse en él y girar hasta que hubiese alcanzado la altura deseada. ¡Si lo hiciera aquel día, la tiza tendría una magnífica oportunidad de adherirse convenientemente a él!

Betty preparó los papeles de música y limpió la pizarra. Luego se oyeron pisadas, y el primer curso entró en el aula bajo la atenta mirada de la señorita Potts.

Luego llegó el segundo curso. Alicia tenía los ojos brillantes, y Betty, sonriente, le guiñó un ojo. Luego fue a abrir la puerta para que salieran las dos profesoras y entrase el señor Young.

Y por fin llegó; era un hombrecillo pulcro, que llevaba un traje negro bien cepillado y un cuello demasiado alto. Se atusó su afilado bigote al saludar cortésmente a las niñas.

—Buenos días, señoritas.

—Buenos días, señor Young —contestaron a coro abriendo los libros de canto. La lección comenzó. El señor Young estuvo dibujando unos cinco minutos en la pizarra, explicando varias notas y signos, y luego fue hacia el piano.

Betty dio un codazo a Alicia, conteniendo el aliento. Pero ante su contrariedad, el señor Young no se sentó. Empezó a tocar varias notas con una mano de cara a las niñas, con la batuta en alto.

—Ejercicios, por favor —dijo—. Quiero ver las bocas bien abiertas y oír que el sonido sale de «*detrás*» de la «*garganta*».

El señor Young usaba continuamente la frase «*detrás de la garganta*». La metía en todo, ejercicios, canciones y lectura a primera vista.

Y permaneció en pie, en vez de sentarse, dirigiendo los ejercicios. Alicia estaba desilusionada. ¿Y si no se sentaba en toda la clase? Probablemente la próxima persona que se sentaría allí sería la acompañante de la profesora de baile... y siempre llevaba un vestido de colores brillantes, de manera que la tiza ni siquiera se vería. ¡Qué lástima!

Pero el señor Young sí se sentó al fin, naturalmente. Tenía que enseñar a las niñas una canción nueva y, como siempre, le gustaba tocarla entera dos o tres veces antes de enseñársela, para que las niñas pudieran coger lo mejor posible el ritmo y el compás, al mismo tiempo que la melodía.

Así que se sentó. ¡Ajá! ¡Aquél taburete estaba otra vez demasiado bajo! El señor Young dio varias vueltas con energía sobre el taburete, hasta ponerlo a la altura deseada. Las niñas rieron por

lo bajo. El señor Young no se daba cuenta de lo gracioso que estaba girando sobre el pequeño taburete.

—Ahora voy a tocar vuestra próxima canción —dijo el señor Young—. Podéis sentaros para escucharla. Oiréis cuando entra el coro porque yo os lo cantaré.

Y se puso a tocar, clin, clan, clin, clan, sus manos subiendo y bajando sobre el teclado, y luego su voz irrumpió campanuda al comenzar el canto. Alicia y Betty se guiñaban el ojo mutuamente. ¡Ahora sí que debía estar actuando la tiza!

Por tres veces interpretó la canción el señor Young, y al final se levantó.

—¿Os ha gustado? —les preguntó, y las niñas respondieron a una:

—«¡Oh sí, señor Young!».

El señor Young se volvió hacia la pizarra y cogió un pedazo de tiza blanca. Al punto las niñas vieron que sus pantalones estaban manchados del rosa más brillante que imaginarse pueda. Le miraron encantadas.

—¡Mirad al señor Young! ¿Dónde se habrá sentado? ¡Oh, mirad!

Pronto toda la clase reía por lo bajo, y el señor Young se volvió a mirarlas.

—¡Silencio, por favor! ¿A qué se debe el comportamiento de hoy?

Hubo un silencio momentáneo, pero en cuanto el infortunado maestro les dio la espalda de nuevo, volvieron a oírse risas. Por fin Irene tuvo una de sus terribles explosiones.

El señor Young dejó caer la tiza al suelo, y pareció por un momento que iba a pisotearla; es probable que lo hubiera hecho si la puerta no se abre de pronto dando paso a la señorita Grayling, que llegaba acompañada de otra persona.

—Oh, perdone que interrumpa su clase, señor Young —dijo—, ¿pero podría usted hablar un momento con el señor Lemming respecto al piano?

El señor Young tuvo que tragarse su contrariedad y explicar lo que le ocurría al piano. Al hacerlo, se volvió dando la espalda a la señorita Grayling que contempló aquella gran mancha rosa brillante con el mayor de los asombros. Ahora las niñas esperaban quietas como ratones, y Alicia y Betty estaban terriblemente nerviosas.

La señorita Grayling se dirigió a Sally, la jefa del segundo curso.

—¿Quieres ir al vestíbulo y traer el cepillo para cepillar trajes que hay allí? —le dijo—. El pobre señor Young debe haber rozado con algo.

Sally corrió en busca del cepillo, y el señor Young se sorprendió mucho al oír el comentario de la señorita Grayling, y miró por encima de su hombro tratando de verse la espalda.

—¿Es pintura? —preguntó alarmado—. ¡Espero que no! ¡Oh..., sólo es tiza! ¿Cómo diantre habrá llegado aquí?

Capítulo 7

¡HUY!

Pronto el pantalón del señor Young fue vigorosamente cepillado por el señor Lemming, quien luego procedió a sentarse en el taburete del piano para probar algunas de las notas bajas, que estaban desafinadas. Alicia y Betty lo observaron conteniendo la respiración. La mayor parte de las niñas, adivinando que se trataba de algún truco, también lo contemplaron interesadas.

Fueron bien recompensadas cuando el señor Lemming se levantó del taburete. Llevaba una levita larga de color negro y en ella resplandecía la mancha rosa brillante. El señor Young la contempló con asombro.

—¡Ah, usted también se ha manchado! —exclamó—. Vea, señorita Grayling, el señor Lemming también se ha restregado contra algo. Le limpiaré en seguida.

A pesar de hallarse en presencia de la señorita Grayling las niñas comenzaron a reír. La señorita Grayling estaba muy intrigada.

—Su levita estaba perfectamente cuando vinimos aquí —le dijo al señor Lemming—. Estoy segura de que, si hubiera rozado contra algo de color tan violento como ése, yo lo hubiese notado. ¡Y de todas maneras no hay ninguna pared tan rosa como esa tiza! ¿Qué es lo que puede haber ocurrido?

Se acercó al taburete observándolo de cerca. Alicia y Betty apenas se atrevían a respirar. Pero la tiza invisible hacía honor a su nombre y la señorita Grayling no vio ni el menor rastro de ella. No se le ocurrió sentarse para ver si a ella le sucedía lo mismo. Todavía preocupada, se llevó al señor Lemming fuera de la habitación y la clase continuó.

Hacia el final de la misma, el señor Young volvió a sentarse en el taburete. ¡Y, cuando se levantó, cielo santo! Estaba tan decorado como antes, y las niñas se metieron los pañuelos en la boca para no estallar en risa. Ésta vez el profesor no notó nada y fue pomposamente a la puerta desde donde les dirigió la ligera inclinación de cabeza que era su saludo de despedida.

—¡Buenos días, señoritas! —y salió mostrando su mancha rosa brillante.

Entonces sonó la campanada del recreo, y las niñas salieron a todo correr deseosas de desahogar su risa contenida.

—¡Alicia! ¿Has tenido algo que ver? ¿«Qué» ha sido?

—¡Oh, fue maravilloso! ¡Cuándo se puso frente a la pizarra, creí que me moría!

—¡Betty! ¡Dinos! ¿Fue un truco tuyo? ¿Cómo lo hiciste? ¡Miré el taburete y allí no había nada!

—Eso me recuerda —dijo Betty a Alicia con un guiño— que debo ir a buscar un trapo húmedo para frotar el taburete —y desapareció en tanto las niñas rodeaban a Alicia, suplicándole que les contase el secreto.

Entretanto, el señor Young caminaba por uno de los largos corredores completamente ajeno a

su hermosa decoración. *Mademoiselle* Dupont salía de su aula al pasar él y contempló estupefacta aquella mancha extraordinaria. Luego corrió tras él.

—¡Monsieur Young! ¡Ah, Monsieur Young!

El señor Young temía a las dos *Mademoiselles*, y apresuró su paso. *Mademoiselle* corrió más aprisa.

—«¡*Monsieur, monsieur, attendez, je vous prie!*». Aguarde, aguarde. ¡No puede usted salir así! ¡Es terrible!

El señor Young se volvió contrariado.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo terrible?

—¡Esto! ¡Esto! —replicó *Mademoiselle* dándole una palmada sobre la tiza, que se alzó en una nube. El señor Young quedó horrorizado al verse sacudido tan familiarmente por *Mademoiselle* y asombrado de aquella nube de polvo que brotaba de su persona. Se contorsionó tratando de verla, recordando el lamentable estado de la levita del señor Lemming.

—Yo le limpiaré —dijo *Mademoiselle*, con toda la amabilidad de su corazón y cogiéndole del brazo, le llevó al vestíbulo, donde cogió un cepillo y con vigorosos cepillazos le fue quitando la tiza de sus ropas.

Él estaba furioso y nada agradecido.

—Ésta mañana me ha ocurrido dos veces —dijo enfadado, mostrándole el puño cerrado a *Mademoiselle* como si fuese ella la culpable. Retrocedió asustada, mientras el señor Young levantaba su sombrero y salía murmurando para sí mismo.

«*Éste hombre es un mal educado* —pensó *Mademoiselle* para sus adentros—. *Le hago un favor y me amenaza con el puño. No volveré a hablarle jamás*».

La única niña que había presenciado este episodio del vestíbulo fue Darrell y se apresuró a comunicárselo a las otras.

—Pasaba por un extremo del vestíbulo y vi a *Mademoiselle* sacudiendo al señor Young con todas sus fuerzas con un cepillo —jadeó—. ¡Él estaba furioso! Oh, hagámoslo otra vez, Alicia. ¡Es un truco estupendo!

Siempre es un error gastar la misma broma dos veces, y Alicia lo sabía, pero no pudo resistir la tentación de probarlo con *Mademoiselle* Dupont.

—¿Lo haremos? —preguntó a Betty, que asintió contenta.

Las niñas la rodearon para ver la extraña tiza invisible. Todas rieron recordando la lección de canto y dejaron que también las de primero conocieran el secreto.

En conjunto, el truco las animó a todos considerablemente, y el pensar que iban a volver a ponerlo en práctica, les proporcionaba gran emoción.

—¿Quién podrá frotar con ella la silla de la profesora esta tarde antes de la lección de francés? —preguntó Betty—. Alicia y yo no podemos. No tendremos oportunidad de entrar en el aula. ¿Quién es la encargada de turno?

—Yo —replicó Darrell—. ¡Yo lo haré! ¡Dame latiza! ¿Qué hay que hacer? ¿Sólo frotar la silla?

Diez minutos antes de las clases de la tarde, Darrell fue al aula de segundo curso. Aquélla

semana estaba encargada de limpiar las librerías, las pizarras y procurar que no faltase la tiza y el borrador.

No empleó más que un minuto en hacer estas cosas. Luego, se llegó hasta la silla que estaba detrás del escritorio, sacó la tiza para frotar con ella la silla... y entonces se le ocurrió una idea diabólica.

«¿Por qué no escribir algo corto para que apareciera una palabra en la falda de *Mademoiselle* que hiciera estallar en carcajadas a toda la clase?».

—Escribiré ¡huy! —se dijo Darrell regocijada—. Lo tengo que escribir al revés para que luego se lea bien en el vestido de *Mademoiselle*.

De manera que, con sumo cuidado, frotó la tiza contra el asiento, formando las tres letras huy. ¡Huy! ¡Imaginaos llevar eso escrito encima de uno! Cómo reirían todas las niñas.

Sonó la campana anunciando las clases. Darrell introdujo la tiza en su bolsillo y fue a su sitio. Rió cuando entraron las demás.

—¿Lo hiciste? ¿Tuviste tiempo? —le susurraron las niñas, y Darrell asintió. Luego entró *Mademoiselle*, al parecer de buen humor, y cerraron la puerta.

Mademoiselle se sentó en seguida. Tenía los pies muy pequeños y no le gustaba estar de pie. Las niñas la observaron con atención. ¿Cuándo se levantaría? Darrell apenas podía aguardar que la profesora diera la espalda a la clase. ¿Qué dirían al ver lo que había escrito en la silla?

Jean fue llamada a la pizarra para escribir algo.

—¡Hazlo todo muy mal! —le siseó Darrell—. Entonces *Mademoiselle* tendrá que levantarse para corregirte.

Así que ante la sorpresa de *Mademoiselle*, la normalmente aplicada Jean hizo faltas ridículas en las palabras de francés que escribía, pareciendo incapaz de escribirlas correctamente, a pesar de las exasperadas instrucciones de *Mademoiselle*. Al fin, muy contrariada, envió a Jean a su sitio y se levantó para corregir los errores ella misma.

Toda la clase vio su espalda, quedando sin aliento. Escrita en su apretada falda con letras rosa brillante apareció la palabra ¡huy! Incluso Darrell se sorprendió al verla tan clara, y de pronto se sintió muy incómoda. Una cosa era que apareciera una mancha rosa en las ropas de alguien... que podía explicarse fácilmente... pero ¿cómo explicar la palabra ¡huy!? Imposible.

La clase contempló la espalda de *Mademoiselle*. Estaban completamente sorprendidas, y no sabían si reír o alarmarse.

—¡Darrell! ¡Qué tonta has sido! ¡Suponte que sale al corredor delante de las otras profesoras con ese escrito en la falda! —siseó Alicia—. La verdad es que podías haber tenido más sentido común.

El pensar que las otras profesoras pudieran ver el ¡huy! de *Mademoiselle* alarmó de veras a todo el curso. Desde luego que la señorita Parker no lo aprobaría, sino que habría de considerarlo muy irrespetuoso.

Pero ¿cómo borrarlo? El terrible ¡huy! resplandecía en la espalda de *Mademoiselle* mientras escribía en la pizarra.

—Le diré a *Mademoiselle* que lleva polvo en la falda y se la cepillaré —prometió Darrell con

un susurro—. Cuando termine la lección.

Pero no tuvo oportunidad, porque *Mademoiselle* se marchó precipitadamente al recordar de pronto que iba a llegar tarde para la clase de las de primero, que estaba al lado. Y las de primero recibieron la mayor sorpresa de su vida cuando vieron el ¡huy! rosa de *Mademoiselle* resplandeciendo a cada uno de sus movimientos.

No pudieron contener la risa y *Mademoiselle* se puso furiosa.

—¿Qué es lo que tengo de gracioso esta tarde? —preguntó—. ¿Voy mal peinada? ¿Llevo la cara manchada de negro? ¿Es que mis zapatos no son del mismo par?

—No, *Mademoiselle* —contestó el primer curso casi sin poder contener la risa.

—No soy divertida, ni me estoy divirtiendo —dijo *Mademoiselle* con severidad—. Pero pronto haré algunas cosas divertidas. ¡Ah, sí! Pronto diré: ¡Escribidme cien líneas de poesía francesa, por favor! ¡Ajá! ¡Voy a ser muy divertida!

Y dicho esto, se volvió de nuevo hacia la pizarra, mostrándoles el ¡huy! Se abrazaron unas a otras en su esfuerzo por contener la carcajada.

Pero al mismo tiempo se daban cuenta de que debían limpiar a *Mademoiselle* antes de que saliera de la clase.

—Hemos de quitárselo antes de que se vaya —dijo Hilda—. O de otro modo las de segundo se van a ver en un grave aprieto. Estoy segura de que quisieron quitárselo, pero no habrán tenido oportunidad.

Así que, antes de que *Mademoiselle* saliera de la primera clase, Hilda se ofreció cortésmente para cepillarle la falda como si se la hubiera manchado toda con tiza.

—«¡Tiens!» —exclamó la profesora, mirándola—. ¡Es la tiza de esta pizarra! No es buena para los vestidos. Gracias, Hilda, «¡vous êtes gentile!»». Eres muy amable.

Y como una cordera, dejó que Hilda cepillase afanosamente su falda por delante y por detrás, librándola del rosado ¡huy! Luego salió de la clase. Las de segundo, que habían terminado su clase y la aguardaban con la esperanza de poder cepillarla ellas antes de que entrase en la habitación que compartía con la señorita Potts, con gran alivio vieron que la falda de *Mademoiselle* estaba impoluta. Volvieron al salón de estudio ocupando sus pupitres.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Alicia—. Podríamos habernos ganado un castigo de primera. Seguro que *Potty* o *Pinocho* hubieran dado parte, de haber visto ese ¡huy! Ya sabéis lo que se disgustan las profesoras si creen que hemos sido irrespetuosas, Darrell. Fuiste una tonta. Supongo que Sally te daría la idea. ¡Valiente jefa de clase está hecha!

—¡Cállate! —replicó Darrell enfadada consigo misma y con todas—. Sally no ha tenido nada que ver con esto. ¡Lo hice sin pensar, eso es todo!

Capítulo 8

EL CURSO CONTINUÍA

Del asunto de la tiza invisible se habló durante muchos días después. Algunas alumnas de los cursos superiores se enteraron, y secretamente hubieran dado cualquier cosa por haber visto el ¡huy! de *Mademoiselle*. Las que estaban en el secreto sonreían a Darrell cuando la encontraban, susurrando ¡huy! en su oído.

Parecía como si todas pensasen que la idea había sido sólo de Darrell, y Alicia y Betty estaban molestas por ello. ¿Por qué darle todo el mérito a Darrell cuando lo único que había hecho fue que apareciera la palabra en la falda de *Mademoiselle*, arriesgándose a que todo el curso se viera en un serio aprieto?

Las dos se mostraron frías con Darrell, y Darrell correspondió ignorándolas todo lo que pudo. Sabía que Alicia continuaba dolida por no ser la jefa de la clase y no era amable con Sally. Darrell era leal y no iba a consentirlo, de poder evitarlo.

La lengua de Alicia volvió a ser afilada e insultante. Darrell, sabiendo que lo que Alicia se proponía era hacerle perder los estribos, se puso roja de rabia contenida, pero no dijo nada. ¡No debía perder los estribos! De hacerlo, hubiera empezado por gritar, e incluso puede que le hubiese arrojado alguna cosa... y así se hubiese puesto de nuevo en evidencia. Se la veía a punto de estallar, pero no lo hizo.

Y lo pasó muy mal. Sally quiso calmarla, pero eso todavía fue peor para Darrell.

—¿No ves que es porque tú eres mi amiga por lo que estoy furiosa con Alicia? —le dijo Darrell—. Puede decir lo que quiera de mí, no me importa..., pero es duro tener que escuchar impasible todas las cosas que dice de «ti», Sally. Y todo porque está celosa. Y las dice porque sabe que tengo genio y quiere que salte para defenderte.

—Bueno, por el amor de Dios, no vayas a caer en su trampa —dijo la sensata Sally—. Sería una tontería. Lo que iban a reírse de ti ella y Betty.

De manera que la pobre Darrell tuvo que apretar los dientes y no decir nada, cuando Alicia y Betty tuvieron una de sus conversaciones cruzadas para que picara el cebo.

—¡«Querida» Sally! —decía Alicia—. Siempre tan buena... y tan aburrida. La perfecta jefa de clase. ¿No lo crees así, Betty?

—Oh, estoy de acuerdo contigo —respondió Betty con una sonrisa que ofendía a Darrell—. Pienso en el buen ejemplo que es para todas nosotras... nuestra querida y consciente Sally. La verdad es que me siento abrumada de vergüenza ante mis culpas, cuando veo a Sally sentada tan formal y pulcra en clase. Ni una broma, ni una sonrisa. ¡Un «modelo» para todas nosotras!

—¿Qué haríamos sin ella? —continuaba Alicia mirando de soslayo a Darrell para ver si todavía no había alcanzado el punto de ebullición. Si Darrell se levantaba para marcharse, las dos consideraban una victoria para ellas... pero la pobre Darrell sabía muy bien que si continuaba un

rato más, su boca se abriría para decir cosas de las que después se arrepentiría amargamente.

De manera que el humor de Darrell no era muy bueno aquellos días. Y había alguien que estaba en las mismas circunstancias. Precisamente Elena.

Durante las primeras semanas, tuvo un humor siempre igual, aunque su aspecto era un tanto preocupado; pero de pronto se volvió sumamente irritable. Daba chascos a las niñas, y siempre tenía un aire malhumorado.

Jean trató de averiguar que le ocurría. Sally no lo había intentado, pero Elena parecía pensar que Sally sólo trataba de ser buena jefa de la clase al procurar que se sintiera bien y dejase de enfadarse, tanto. Así que replicó a Sally, y la pobre jefa de clase, dolida, no dijo nada más.

—¡Es una chica extraña! —le dijo a Darrell—. No la comprendo. Ha ganado una beca para venir a *Torres de Malory*, lo cual significa que es muy inteligente... y estudia tanto o más que cualquiera de nosotras... y, sin embargo, nunca es la primera, ni siquiera la tercera o cuarta. Yo creo que eso le molesta y la deprime. No me gusta.

—Ni a mí tampoco —contestó Darrell—. No vale la pena preocuparse por ella, Sally. Déjala.

—Oh, yo sí creo que vale la pena preocuparse —replicó Sally—. Como todo el mundo. Le diré a Jean que hable con ella. Se sienta a su lado en clase.

Jean era una niña sincera, con poca imaginación, que por lo general iba hacia las cosas de la misma manera que lo haría un tanque, arrollando toda resistencia, e insistiendo en averiguar lo que deseaba saber, pero por alguna razón no abordó a Elena de este modo. Se sentaba a su lado en clase y dormía junto a ella en el dormitorio... así que había tenido oportunidad de oír los suspiros inconscientes de Elena y sus gemidos ahogados cuando estudiaba de firme... ¡o cuando trataba de dormir!

Sabía que Elena permanecía muchas veces despierta durante la noche y adivinaba que estaba preocupada por algo. No podía ser el trabajo... ninguna niña ganadora de una beca necesitaba preocuparse por el estudio. Por lo que ella había visto, todas las niñas que ganaban becas no tenían que esforzarse por estudiar.

Jean era una niña amable, aunque algunas veces demasiado brusca en sus modales y forma de expresarse. Estuvo pensando cómo sonsacar a Elena. No parecía haber otro remedio que preguntarle directamente qué le ocurría y si la cosa tenía arreglo...

Pero eso no le serviría. Elena le respondería con un desplante como hiciera con Sally. Por eso, Jean dedicó cierto tiempo a estudiar el asunto, por esta vez, y no actuó con la brusquedad que le caracterizaba.

Elena no tenía ninguna amiga íntima. No animaba a nadie a serlo, ni siquiera a la tranquila Emilia. Jean se dispuso a mostrarse todo lo amable que pudiera con ella. Jamás conseguiría obligar a Elena a que le contase su problema... pero tal vez lograrse persuadirla para que confiase en ella lo bastante como para querer contárselo. Esto era realmente una idea muy elogiabile por parte de Jean, ya que rara vez se preocupaba demasiado por los demás.

Pero se sentía orgullosa de que Sally le hubiese pedido que hablase con Elena, después de haber fracasado ella. De manera que, aunque Elena no se diera cuenta por aquel entonces, Jean comenzó a mostrarse amable y servicial, ayudándole en mil pequeñas cosas.

Ayudaba a Elena a buscar sus zapatos de gimnasia cada vez que se perdían. Le demostró su simpatía cuando se rompió la fotografía de los padres de Elena, ofreciéndose para hacer cortar otro cristal para el marco la próxima vez que fuera de compras. La ayudaba a secar los cabellos cuando se lavaba. Cosas sin importancia en las que, al principio, nadie, ni siquiera la propia Elena, reparaba.

Pero poco a poco, Elena fue confiando en la hábil niña escocesa. Le confiaba cuando tenía dolor de cabeza, aunque se negaba a acudir al ama para decírselo, y también dejó de darle chascos, aunque seguía prodigándolos a todas... excepto a Mary-Lou. ¡Y es que hubiera sido necesario tener muy mal corazón y muy mal carácter para dar un chasco a la pequeña Mary-Lou!

Algunas noches Elena estaba insoportable.

—La verdad es que cualquiera diría que sufre de lo que mi madre llama «*nervios*» —dijo Alicia una tarde—. Salta por nada, todo lo toma a mal, y replica como un perro rabioso... ¡miradla ahora, frunciendo el ceño a su cesta de labor como si le hubiese mordido!

Si alguna pasaba demasiado cerca de Elena y la tocaba con el codo, pegaba un respingo, exclamando:

—¡Cuidado! ¿Es que no miras por dónde andas?

Si alguien interrumpía su lectura, dejaba el libro con estrépito encima de la mesa, y miraba a la ofensora diciendo:

—¿Es que no ves que estoy leyendo? ¿Es que en esta condenada casa no hay un solo lugar tranquilo?

—No estás leyendo —le dijo Darrell—. ¡No has vuelto una sola página desde que cogiste el libro!

—Oh..., de manera que me has estado vigilando ¿eh? —decía Elena con los ojos llenos de lágrimas. Entonces salía de la habitación dando un portazo.

—¡Es terrible! ¡Bufa como un gato!

—¡Ojalá hubiera ganado la beca para otro sitio!

—¡Siempre está haciendo ver que lee y que estudia y cada semana baja más! ¡Hipócrita, eso es lo que es!

—¡Oh, no es una niña feliz! ¡Puede que todavía no se haya aclimatado!

Eso lo decía Jean, naturalmente, y Sally le dirigía una mirada de aprobación. ¡Cierto que Jean tenía una dura tarea con Elena, pero era perseverante!

Por aquel entonces, el tiempo era malo y no había *lacrosse*, ni siquiera un paseo, porque los alrededores estaban cubiertos de barro. Las niñas estaban nerviosas encerradas siempre en el colegio, y las profesoras decidieron que, con buen o mal tiempo, lo mejor sería que al día siguiente se organizase una excursión escolar.

Todas gimieron. La lluvia caía sin cesar. El cielo estaba negro y amenazador, y las pistas de *lacrosse* encharcadas de agua. ¿Cómo estarían los campos? El mar tenía un color verde-gris, y el viento soplaba con tal fuerza en el acantilado, que a ninguna niña le estaba permitido acercarse allí por miedo a que la tirara.

Gwendoline y Daphne gruñeron más que nadie. Gwendoline se pasó toda la clase sorbiendo

insistentemente, con la esperanza de que la señorita Parker pensase que estaba resfriada y no le permitiera ir. Pero la señorita Parker había sido advertida por *Potty* de las mañas de Gwendoline y no le demostró la menor simpatía.

—Si vuelves a sorber una vez más, saldrás de la clase —le dijo—. Si hay algo que no puedo soportar es el oír sorber a alguien. Es desagradable, y en tu caso, fingido.

Gwendoline se afligió. ¿Por qué no habría profesoras como su vieja institutriz, la señorita Winter? Ella siempre corría a buscar el termómetro si Gwendoline carraspeaba demasiado, y jamás, jamás hubiera soñado en hacerla salir de paseo con un tiempo tan espantoso.

No se atrevió a sorber otra vez, y le molestaron las sonrisas de Darrell. En cambio, Daphne la miraba con simpatía. No es que le importase que Gwendoline estuviera o no resfriada, pero era lo que cabía hacer... Gwendoline siempre inspiraba simpatía.

Daphne empleó otra táctica para no ir de excursión. No tenía la menor intención de caminar kilómetros por encima del barro. Aquélla tarde se acercó a *Mademoiselle* Dupont con su cuaderno de ejercicios. Con la mejor y más dulce de sus sonrisas llamó a la puerta de la reducida habitación que la señorita Potts compartía con *Mademoiselle*, esperando ardientemente que *Potty* no estuviera allí. *Potty* siempre parecía irritarse ante la presencia de Daphne.

Por fortuna, *Potty* no estaba.

—¡Ah, eres tú, «*ma petite*» Daphne! —exclamó *Mademoiselle*, dando la bienvenida a su favorita con una sonrisa casi tan encantadora como la de Daphne—. ¿Tienes algo que decirme? ¿Es que acaso no has entendido alguna cosa?

—Oh, *Mademoiselle*, me armo tal lío con los tiempos de los verbos —repuso Daphne—. La verdad es que creo que debo estudiarlos más, si es que usted puede perder el tiempo conmigo. ¡Deseo tanto mejorar mi francés!

—¡Pero si has mejorado mucho últimamente, querida! —exclamó *Mademoiselle*, radiante y sin saber que Mary-Lou había hecho sus ejercicios. Estoy satisfecha de ti.

Daphne le dedicó otra de sus sonrisas y el corazón de *Mademoiselle* se ablandó todavía más. ¡Ah, esta preciosa Daphne! La rodeó con su brazo.

—Sí, sí, claro que te ayudaré a estudiarlos —le dijo—. Ya verás qué pronto aprendes esos tiempos. ¿Puedes quedarte ahora, «*ma petite*»?

—No, ahora no, *Mademoiselle* —dijo Daphne—. Pero mañana podría prescindir de ese encantador paseo, si usted fuese lo bastante amable para recibirme entonces. Es el único tiempo libre que tengo.

—¡Qué niña más buena..., dejar el paseo que ustedes las inglesas aprecian tanto! —exclamó *Mademoiselle*, quien consideraba que las excursiones eran una invención tonta—. Sí, puedes venir entonces. Se lo diré a la señorita Parker. Eres buena, Daphne. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

—Gracias, *Mademoiselle* —dijo Daphne, encantada, y dirigiendo a *Mademoiselle* una de sus encantadoras sonrisas, salió triunfalmente de la habitación.

Capítulo 9

DAPHNE CONTRARIADA

La señorita Parker quedó sorprendida y disgustada al saber que Daphne no iba a ir con la clase de excursión y miró a *Mademoiselle* con enojo.

—Pero ¿a qué viene este repentino interés por el francés por parte de Daphne? —dijo—. Es la clase de niña que necesita un buen paseo... sí... aunque sea sobre el barro. ¡Así se le quitarían sus pretensiones! Dele la clase otro día, *Mademoiselle*.

Pero *Mademoiselle* se mantuvo firme. No le agradaba la señorita Parker ni su larga nariz. Apretando su boca pequeña, meneó la cabeza.

—No puedo coger a Daphne a ninguna otra hora. Y habla mucho en su favor el que deje un agradable paseo por mejorar su francés.

La señorita Parker hizo un gesto de incredulidad que irritó a *Mademoiselle* inmediatamente.

—Ella quiere librarse de la excursión, lo sabe usted perfectamente, *Mademoiselle*. ¡Es una tontería dejar que se salga con la suya! Daphne hace siempre su voluntad y no me gustan algunos de sus métodos para conseguirlo. ¡Son demasiado bajos para mí!

Mademoiselle se dispuso a defender a su favorita comenzando a exagerar.

—¡Señorita Parker! ¡Si usted supiera cuánto deseaba esa niña ir de excursión! ¡A chapotear a través de los prados en otoño! ¡A respirar al aire del mar después de haber estado encerrada tanto tiempo! Daphne ha sacrificado ese placer y debe ser alabada por ello, no censurada. Ella estudiará de firme conmigo mientras ustedes disfrutan del aire libre.

—Bueno, no hubiera engañado a *Mademoiselle* Rougier tan fácilmente como la ha engañado a «usted» —replicó la señorita Parker comenzando a perder los estribos—. ¡Ella sabe entender sus trucos!

Mademoiselle estaba ya montada en cólera.

—Voy a decirle dos palabras a *Mademoiselle* Rougier —dijo—. Dos, tres, cuatro o cinco. ¡No debe hablar mal de Daphne que está mejorando tanto en francés!

—Dejemos esto —repuso la señorita Parker sintiéndose harta ya de Daphne—. Vaya y hable con *Mademoiselle* Rougier, si quiere. ¡No me importa! Excepto que pienso que Daphne tiene lo que se merece, y que celebro que no venga con nosotras de excursión, gimiendo y lamentándose, y arrastrando los pies.

Daphne no pudo resistir el explicar a todas de qué modo había conseguido librarse del paseo. Gwendoline deseó haber sido lo bastante lista para hacer otro tanto, y las otras quedaron francamente disgustadas al conocer la hipócrita artimaña.

—¡Mira que inventar todo eso sólo por no ir de excursión! —exclamó Darrell—. Será divertido chapotear en los charcos con nuestras botas de lluvia. Bueno..., si «deseas» pasar la tarde estudiando verbos en francés, que te aproveche. Esto es muy propio de ti, si bien se mira,

Daphne.

¡Pero la excursión no se realizó, a pesar de todo! El viento soplaba con la fuerza de una galerna, y la señorita Parker decidió aplazarla. Las niñas se estaban poniendo sus impermeables y botas de goma cuando fue al ropero a comunicárselo. Daphne ya había ido con su libro de francés a ver a *Mademoiselle*.

—¡Niñas! ¡Cuánto lo siento! ¡Pero el viento se ha convertido en un verdadero huracán! —dijo la señorita Parker apareciendo repentinamente en el ropero—. La excursión queda aplazada, pero en compensación iremos todas al gimnasio y pasaremos la tarde jugando a lo que se os antoje. Y diré al ama que nos prepare la merienda para llevarla allí, si alguna de vosotras quiere llevarla, y eso nos servirá de cambio.

Las niñas gritaron alborozadas. Toda una tarde jugando..., corriendo y compitiendo unas con otras, riendo, gritando... y para terminar, una merienda improvisada sobre el suelo. ¡Desde luego que eso sería un cambio!

El ama también acudió para colaborar... con cuatro tartas de chocolate dignas de un festín, y dos tarros de dorada miel. Las niñas estaban entusiasmadas.

—¿Y Daphne, señorita Parker? —preguntó Mary-Lou, recordando que Daphne estaba con *Mademoiselle*—. ¿Quiere que vaya a buscarla?

—¡Tonta! —exclamó Alicia, entre dientes—. ¡Mira que recordar a Daphne a la señorita Parker! ¡Le está bien empleado perderse todo esto! ¡Ya le diré a Mary-Lou lo que pienso de ella!

La señorita Parker contempló la carita preocupada de Mary-Lou preguntándose por centésima vez, por qué Mary-Lou se preocupaba tanto por Daphne teniendo a Darrell y a Sally por amigas.

—¡Oh, Mary-Lou, no debes molestar a Daphne! —dijo la señorita Parker claramente para que pudieran oírla todas las niñas que andaban por allí cerca—. Deseaba tanto estas lecciones extraordinarias, según me dijo *Mademoiselle*, que estaba dispuesta a perderse la excursión. Así que estoy segura de que también estará dispuesta a perderse los juegos y la merienda. No debes molestarla. ¡Cuándo una niña demuestra ser tan estudiosa, sería una lástima estropearla!

Mary-Lou fue la única que no supo ver el velado humor de las palabras de la señorita Parker, pero las otras lo captaron inmediatamente y se oyó un coro de carcajadas. La señorita Parker también sonreía.

—¡Daphne que se fastidie! —exclamó Alicia—. ¡Le está bien empleado!

Pasaron una tarde alegre y divertida, terminando fatigadas y polvorientas. Entonces se sentaron a dar cuenta de una espléndida merienda, devorando pan con mantequilla y miel, y las cuatro tartas de chocolate en un abrir y cerrar de ojos.

Daphne apareció en el momento en que desaparecía el último pedazo de tarta. Había pasado una tarde sumamente aburrida, ya que *Mademoiselle* Dupont le había tomado la palabra y estuvo enseñándole los verbos en francés a conciencia. Hizo que la pobre Daphne los fuera repitiendo, mientras corregía su pronunciación, e incluso le exigió que los escribiera.

Daphne deseaba de corazón no haber sugerido jamás semejante cosa. Ella creyó que iba a pasarse la tarde con *Mademoiselle* hablando de sí misma, pero *Mademoiselle* a pesar de que apreciaba a Daphne, estaba decidida a cumplir con su deber respecto a la enseñanza de la niña. Así

que tuvo a Daphne pegada a la pizarra, y cuando ésta quiso protestar diciendo que ya la había molestado bastante y que las niñas ya habrían regresado de su paseo, *Mademoiselle* descartó la idea al punto.

—Ya las oiremos cuando regresen —le dijo sin saber que no habían salido—. En cuanto las oigamos, iremos a reunimos con ellas al punto, «*ma petite*», y estoy segura de que disfrutarás de la merienda. La conciencia tranquila siempre nos hace disfrutar de la comida.

Cuando *Mademoiselle*, extrañada por no oír el regreso de las niñas, envió a Daphne a ver lo que había ocurrido, ésta estuvo a punto de deshacerse en lágrimas al ver los platos vacíos, las tartas desaparecidas y los rostros felices de todas las de segundo curso que estaban en el gimnasio.

—¡Antipáticas! —exclamó—. ¡No habéis salido después de todo! ¡Y habéis merendado sin mí!

—No podíamos interrumpir tu clase de francés —sonrió Alicia—. Nuestra querida señorita Parker estuvo completamente de acuerdo en que sería una lástima estropearla, ya que parecías tan ansiosa por aprovecharla.

Daphne miró a Gwendoline.

—«Tú» podías haberme venido a buscar —le dijo—. ¡Hubieras podido escabullirte y avisarme!

—La única que trató de avisarte fue Mary-Lou —le explicó Sally—. Fue a hablar con la señorita Parker proponiéndole ir a buscarte. Mary-Lou no cree que una clase extra de francés sea preferible a las excursiones o juegos.

Daphne miró a Mary-Lou con afecto. Ni siquiera Gwendoline, su amiga, había intentado librarla de aquella horrible clase de francés para unirse a los juegos. Pero Mary-Lou, sí. Mary-Lou había pensado lealmente en ella.

—Gracias, Mary-Lou —le dijo Daphne, dirigiéndole una sonrisa un tanto húmeda—. No lo olvidaré. Has sido muy buena conmigo.

Desde aquel instante, la egoísta y desconfiada Daphne fue amable con Mary-Lou, no sólo porque la pequeña le ayudara tanto en francés, sino porque verdaderamente la apreciaba y admiraba. Quizá nunca hasta entonces le hubiera gustado nadie por sí mismo.

Y claro, Mary-Lou estaba encantada. Había caído por completo bajo el encanto de Daphne, y era demasiado sencilla para ver los fallos de su carácter. Era feliz estando con ella y le encantaba ayudarle siempre que podía. Ni siquiera se daba cuenta de que la ayuda que le prestaba contribuía a aumentar su pereza, ya que algunas tardes ella hacía prácticamente todo el ejercicio de francés para Daphne.

Gwendoline comenzó a tener celos de Mary-Lou porque se daba cuenta de que Daphne estaba empezando a apreciarla de veras. Pero Daphne siempre se reía cuando Gwendoline le hablaba de ello.

—¡Tú «sabes» que sólo la utilizo para mis fines! —le dijo—. No seas boba, Gwen. Tú eres mi amiga y no necesito a nadie más. Yo no tengo nada en común con Mary-Lou... ¡Es una simple..., un estúpido ratoncillo!

Menos mal que Mary-Lou no oyó estos comentarios, porque le hubieran dolido mucho. Le

alegraba pensar que Daphne la apreciaba realmente, y a menudo permanecía en la cama, pensando en los hermosos cabellos de la niña y su bonita sonrisa. Ella hubiera deseado ser tan encantadora, pero no lo era, ni jamás llegaría a serlo.

Daphne no perdonó a las otras el no haberle avisado al saber que no iban de excursión. Incluso se mostró un tanto fría con Gwendoline por ello y, la niña, temerosa de perder su amistad, se apresuró a satisfacer todos sus caprichos, escuchando los cuentos de Daphne con toda atención.

Sally oyó a Daphne una tarde. Estaba sentada cerca de la cortina en la sala común, y las dos niñas, Gwen y Daphne, no la vieron.

—¿No te he contado que mi madre dio una fiesta a bordo de nuestro yate, y yo me senté al lado del príncipe para cenar? —comenzó Daphne.

—¿Te permitían cenar con los mayores? —exclamó Gwendoline. ¿Y cómo supiste lo que debías decirle a un príncipe?

—Oh, bueno... él admiró mis cabellos y me habló con gran simpatía —dijo Daphne comenzando a adornar su relato como de costumbre—. Ésa noche no me acosté hasta la una. El yate estaba precioso. Todo iluminado y la gente decía que desde tierra resultaba maravilloso..., como un barco de un cuento de hadas.

—¿Cómo ibas vestida? —le preguntó Gwendoline.

—Oh..., con un vestido de mucho vuelo, todo bordado de perlas y... mi collar de perlas que vale veinte mil libras —replicó Daphne.

Gwendoline contuvo el aliento.

—¿Dónde está? —le dijo.

—Oh, no me permiten traer una cosa así al colegio —replicó Daphne—. Mamá es muy estricta para estas cosas, ya sabes. Aquí no tengo ninguna joya..., ni vestidos de fiesta..., ni nada que tú no tengas.

—No. Ya lo he observado..., creo que tu madre es muy sensata —dijo Gwendoline.

Sally se estaba cansando de aquella charla absurda, y apareció ante ellas.

—Es una lástima que tu madre no te proporcione un palo de *lacrosse*, otro par de zapatos y mucho papel de escribir —observó—. Así no tendrías que ir pidiéndolos prestados a todo el mundo. Un poco menos de yate, menos coches... y más sobres y sellos, te irían mucho mejor.

Daphne miró a Sally por encima del hombro.

—¡Métete en tus asuntos! —le dijo—. Yo estaba hablando con Gwen.

—¡Es asunto mío! —insistió Sally—. ¡Siempre lo estás pidiendo a alguna de nosotras... y jamás lo devuelves! ¡Puesto que eres tan rica, debieras emplear algo del dinero que te sobra para comprarte las cosas que te faltan!

—¡Estúpida! —exclamó Daphne, mientras Sally salía de la habitación—. Está celosa de mí, supongo... porque «su» familia no es tan distinguida como la mía.

Capítulo 10

LAS DOS MADEMOISELLES

Llegó y pasó el medio curso. Sally y Darrell salieron juntas con los padres de Darrell y disfrutaron en grande. Ante la desilusión de Gwendoline, los padres de Daphne no la visitaron, así que no tuvo oportunidad de ser invitada a comer, ni de salir en su magnífico automóvil.

—Yo quería ver a tu madre —le dijo Gwendoline—. Está tan bonita en la foto.

Sobre el tocador de Daphne había un retrato de una mujer muy hermosa, con un vaporoso traje de noche, y joyas resplandecientes rodeaban su cuello. Todas la habían admirado.

—De todas formas no te pareces mucho a tu madre —le dijo Darrell a Daphne con aire crítico—. Ella tiene los ojos muy separados... y los tuyos están demasiado juntos. Y tu nariz es bien distinta.

—No todo el mundo se parece siempre a su madre —repuso Daphne—. Supongo que yo debo haber salido a la familia de mi padre. Tengo una tía que es muy hermosa.

—Y supongo que tú crees que te pareces a ella, ¿verdad, Daphne? —dijo Jean con su voz tranquila y divertida—. ¡Lo que hace el tener parientes bellos y distinguidos! Yo tengo una madre sencilla, que es la mujer más buena del mundo... y un padre bien feo... ¡y todas mis tías son tan vulgares como yo! Pero me importa un bledo. Son muy divertidas y las quiero a todas.

Gwendoline preguntó a Daphne si le gustaría salir con ella a mitad de curso, y Daphne aceptó complacida. La señora Lacey, la madre de Gwendoline, quedó encantada ante la belleza de la niña y su encantadora sonrisa. En cuanto a la señorita Winter, la institutriz, que siempre iba a ver a Gwen a mitad del curso, apenas podía apartar los ojos de ella, cosa que contrarió mucho a Gwendoline.

—¡«Que» amiga tan encantadora tienes, querida! —le dijo la señora Lacey a Gwendoline—. ¡Qué modales tan finos! Y qué ricos deben ser sus padres para tener un yate y todos esos coches. ¿No sería estupendo que te invitasen a pasar unos días con ellos?

—¡Chiss, mamá! —dijo Gwendoline, temerosa de que Daphne la oyera. Pero Daphne estaba demasiado ocupada hechizando a la pobre señorita Winter. También estuvo alabando a Gwendoline, comentando la inteligencia de su amiga, sus comentarios en clase, y diciendo que era la preferida de todas las profesoras.

La señora Lacey la escuchaba con orgullo y satisfacción.

—Vaya, nunca me dijiste estas cosas en tus cartas, querida Gwen —le dijo con afecto—. ¡Eres demasiado modesta!

Gwendoline se sintió algo molesta y esperó que Daphne no siguiera por aquel camino..., de hacerlo, su madre esperaría unas notas maravillosas, y Gwendoline sabía demasiado bien que no había la menor esperanza de que así fuera.

Belinda e Irene salieron juntas, ambas olvidaron su sombrero, para regresar sin sus guantes.

Fueron con los padres de Belinda, que resultaron ser igual que Belinda porque se equivocaron de camino cuando llevaban a las niñas de regreso a *Torres de Malory* y se retrasaron más de una hora, con el consiguiente disgusto de la señorita Parker, que no le gustaba que se jugase con la puntualidad. Pero ni Belinda ni Irene notaron su frialdad cuando entraron silenciosamente en su habitación para darle cuenta de su regreso.

Alicia y Betty habían salido juntas, claro está, y regresaron llenas de alborozo. Al parecer, uno de los hermanos de Alicia había sido de la partida y les había contado todos los trucos que él y sus compañeros de clase habían realizado durante el curso.

Ante la sorpresa de todos, Jean había invitado a la malhumorada e irritable Elena para que fuera con ella. Elena se negó al principio... y de repente dijo que sí que iría. Pero no fue una salida agradable, ya que Elena estuvo casi siempre callada y no trató de hacerse agradable a sus anfitriones en ningún sentido. Parecía absorta en sus pensamientos y Jean se arrepintió de haberla invitado.

—Podrías haber estado un poco más alegre, Elena —le dijo cuando volvieron al colegio—. Apenas has hablado y no te reíste ni una sola vez, ni siquiera cuando mi padre contó esos chistes tan buenos.

—Bueno, entonces no vuelvas a invitarme —replicó Elena, tajante, dándole la espalda. Jean vio un brillo de lágrimas en sus ojos. ¡Qué niña más rara! Tan susceptible que nadie podía decirle ni una palabra sin que se molestase. Jean comenzaba a cansarse de sus esfuerzos por ser amable con Elena.

—¡Ahora a esperar la Navidad! —dijo Darrell, con satisfacción—. Ya ha pasado medio curso.

—Ahora tendremos que ocuparnos de esas espantosas comedias francesas —gimió Alicia—. ¿Cómo se les ocurriría a las dos *Mademoiselles* una cosa tan horrible para las de segundo curso? ¿A quién le interesa vernos representar obras francesas?

Cada clase debía presentar algún entretenimiento para final de curso. Y las de segundo tenían que aprenderse dos obras francesas, una escogida por *Mademoiselle* Dupont y otra por *Mademoiselle* Rougier.

Y al seleccionar las niñas que debían representar los distintos personajes de las obras, las dos *Mademoiselles* casi se tiran de los pelos.

En una de ellas había una princesa... la princesa Corazón Siniestro. Y en la otra un ángel... el Ángel de Bondad. *Mademoiselle* Dupont quería que Daphne, su favorita, hiciera ambos papeles. Imaginaba a la hermosa y rubia niña como la princesa... ¡Ah, qué maravillosa estaría! ¡Y de ángel! ¡Daphne estaba hecha para representar a un ángel!

Pero, por desgracia, *Mademoiselle* Rougier tenía ideas muy distintas.

—¿Qué? ¿Escogería usted a esa tonta de Daphne para representar dos papeles tan buenos? —bufó *Mademoiselle* Rougier—. No podría aprenderse ni la mitad de las palabras... y su pronunciación es... ¡A-bo-mi-na-ble! Y usted lo sabe. No daré a esa niña ningún papel importante.

—¡Ah, pero esos papeles le irían de maravilla! —exclamó *Mademoiselle* Dupont, separando los brazos para dar mayor énfasis a sus palabras—. ¡Parece una verdadera princesa... y cuando sonrío es ciertamente la sonrisa de un ángel!

—¡Bah! —exclamó *Mademoiselle* Rougier, con rudeza—. Es una de sus favoritas, de sus perritos falderos. Sally hará bien uno de esos papeles..., lo aprendería bien y su pronunciación es buena. O Darrell. O incluso Mary-Lou sería mejor que Daphne, porque por lo menos habla francés como es debido.

—¡Está usted loca! —gritó *Mademoiselle* Dupont—. Como si cualquiera de esas niñas pudiera hacer papeles semejantes. Insisto en que sea Daphne quien los represente.

—Entonces no quiero tener nada que ver con la representación —dijo *Mademoiselle* Rougier, enojada—. Siempre es un error hacer lo que usted hace, *Mademoiselle* Dupont, y tiene favoritas... y cuando llega la ocasión, quiere imponérmelas a mí, ¡es el colmo!

—¡Yo no tengo favoritas! —dijo *Mademoiselle* Dupont, mintiendo, al tiempo que golpeaba el suelo con el pie—. Para mí, todas las niñas son iguales.

Mademoiselle Rougier gruñó con aire incrédulo.

—Entonces es usted la única que piensa así —le dijo—. Buenos días, *Mademoiselle*. No puedo seguir aquí discutiendo y hablando de tonterías sobre niñas como Daphne.

Y dando media vuelta, se alejó con su huesuda barbilla bien alta y su delgado cuerpo tenso como un palo. La rechoncha *Mademoiselle* Dupont la miraba marchar con enojo.

¡Favoritismos! ¿Cómo se atrevía *Mademoiselle* a decirle una cosa así? Jamás volvería a dirigirle la palabra. ¡Jamás, jamás, jamás! Se iría de *Torres de Malory* para regresar a su querida Francia. Y escribiría a los periódicos sobre aquello. *Mademoiselle* Dupont hizo un ruido parecido al gruñido de un perro que sobresaltó en gran manera a la señorita Potts, que entraba en aquel momento.

—¿No se encuentra usted bien, *Mademoiselle*? —le preguntó bastante alarmada al ver el rostro enrojado y los ojos llameantes de la profesora.

—No me siento nada bien. Acaban de insultarme —replicó *Mademoiselle* Dupont—. No se me permite escoger a las niñas que han de representar mis propias obras. *Mademoiselle* Rougier se opone a que escoja a la bella y encantadora Daphne para hacer de princesa. Ni siquiera me permite a mí..., a *Mademoiselle*, que le dé el papel de Ángel de Bondad.

—Bueno, he de confesar que estoy de acuerdo con ella —repuso la señorita Potts, sentándose para ordenar sus papeles—. Daphne siempre me ha parecido una criatura de dos caras.

—¡Usted también está confabulada contra mí! —exclamó *Mademoiselle*, poniéndose dramática y preparándose para llorar—. ¡Usted también! ¡Ah, esta frialdad inglesa! ¡Ah, estas...!

La señorita Potts se alegró muchísimo al oír que llamaban a la puerta en aquel momento. No le gustaba nada tener que tratar con *Mademoiselle* Dupont en aquel estado.

El ama entró sonriente.

—¿Puedo hablar con usted, *Mademoiselle*? —le preguntó.

—No, no puede —dijo *Mademoiselle* en tono fiero—. Estoy disgustada. El corazón me late tan de prisa... Pero le digo una cosa..., escogeré a la niña que quiera para mis comedias. ¡Ah-h-h-h-h!

Y, volviendo a repetir el gruñido de un perro, *Mademoiselle* salió airada de la habitación, dejando al ama completamente estupefacta.

—¿De qué está hablando? —preguntó a la señorita Potts.

—Oh, ha tenido un disgusto con la otra *Mademoiselle* —explicó la señorita Potts comenzando a poner notas—. Ya sabe que discuten algunas veces, pero ésta parece que ha sido más en serio que de costumbre. ¡Bueno, tendrán que ser ellas quienes solucionen sus diferencias!

Mademoiselle Dupont y *Mademoiselle Rougier* se turnaban para dirigir a las niñas en las dos obras francesas. *Mademoiselle Dupont* daba a Daphne los dos papeles principales cada vez que dirigía la obra, ante la satisfacción de la niña, pero con igual prontitud *Mademoiselle Rougier* la relegaba al papel más insignificante al día siguiente, poniendo a Sally y a Darrell en los principales. Era de lo más desconcertante.

Ninguna de las dos *Mademoiselles* quería dar el brazo a torcer. La lucha parecía ser seria y a muerte. Cuando se encontraban miraban a otro lado. Jamás se dirigían la palabra. Las niñas lo encontraban muy divertido, pero en conjunto estaban de parte de *Mademoiselle Dupont* porque era la que más les gustaba de las dos. No es que aprobasen la elección de Daphne para los papeles principales, pero era algo irremediable.

Belinda, intrigada por la pelea, hizo una serie de caricaturas maestras de *Mademoiselle Rougier*, más alta y huesuda que nunca. La dibujó con una daga en la mano atacando a la pobre *Mademoiselle...*, escondida detrás de un arbusto con una escopeta... y poniendo veneno en una taza de té para presentarla a su enemiga.

Las niñas rieron al ver los dibujos. Alicia quedó muy impresionada y una idea malvada le vino a la cabeza.

—¡Belinda! ¡A *Mademoiselle Dupont* le encantarían estos dibujos! Ya sabes que tiene un gran sentido del humor. Tiene que verlos. Pónselos mañana por la tarde en su mesa antes de que tengamos la traducción de francés..., ¡y ya veréis la cara que pone cuando abra el libro!

—¡Apuesto a que mañana no tendremos traducción de francés después de que vea las caricaturas! —rió Betty, y todas estuvieron de acuerdo.

Belinda colocó los dibujos cuidadosamente dentro de un libro. No les había puesto nombre alguno, pero estaban tan bien hechos, que cualquiera podía ver en seguida que representaban a las dos *Mademoiselles*.

—Lo dejaré encima del escritorio antes de la clase de la tarde —dijo—. Y ya podéis hacerme el ejercicio esta noche a cambio de libraros de la traducción de francés.

Alicia susurró algo al oído de Betty, quien al principio pareció sobresaltarse, pero luego sonrió abiertamente. Alicia acababa de decirle algo interesante.

—No es *Mademoiselle Dupont* quien nos da la clase mañana, sino *Mademoiselle Rougier*. ¡Prepárate para los fuegos artificiales!

Capítulo 11

UNA SORPRESA PARA EL SEGUNDO CURSO

El libro de dibujos fue colocado sobre la mesa de la clase a su debido tiempo. Las niñas estaban en sus sitios, excitadas, aguardando que llegara *Mademoiselle*. ¡Cómo iba a reírse con las caricaturas! ¡Cómo se reiría de aquella broma contra su enemiga, *Mademoiselle* Rougier!

Alicia le abrió la puerta. Fue por pura casualidad el enterarse de que la clase iba a darla *Mademoiselle* Rougier en vez de *Mademoiselle* Dupont. Se felicitó interiormente pensando en la bomba que había preparado. Así se vengaría de *Mademoiselle* Rougier por haberle dirigido más de una reprimenda.

Se oyeron pasos rápidos que se acercaban por el pasillo. Las niñas se pusieron tensas. Alguien entró por la puerta dirigiéndose al escritorio..., pero no era la *Mademoiselle* que esperaban. Era, naturalmente, la otra *Mademoiselle* Rougier se sentó y dijo a la clase:

—«¡*Asseyez vous, s'il vous plait!*».

Algunas se olvidaron de sentarse, sobrecogidas por el horror de pensar que *Mademoiselle* Rougier estaba sentada allí, con el cuaderno de caricaturas debajo de su nariz. *Mademoiselle* dio unos golpecitos encima del escritorio.

—¿Estáis sordas? ¡Sentaos!

Se sentaron. Belinda miró inquisidoramente a su alrededor, y al ver la sonrisa satisfecha de Alicia, se enfureció. De manera que Alicia había sabido que *Mademoiselle* Rougier iba a darles clase en lugar de *Mademoiselle* Dupont..., y la había utilizado como instrumento para gastar una broma pesada. Todas sabían cuál era el genio de *Mademoiselle* Rougier. ¡Probablemente no se andaría con miramientos!

Belinda no sabía qué hacer... Darrell, viendo lo asustada que estaba, hizo algo muy osado. Se levantó y, yendo hasta la mesa de *Mademoiselle*, puso la mano encima del libro.

—Siento que hayan dejado esto aquí por error, *Mademoiselle* —le dijo cortés, y casi se marcha con él, pero no lo consiguió. Las niñas la miraban conteniendo la respiración.

—Aguarda un momento —le dijo *Mademoiselle* Rougier—. Los libros que se dejan encima de la mesa, no pueden llevarse sin permiso. ¿Qué es ese libro?

—Oh..., sólo un cuaderno de apuntes —repuso Darrell, desesperada. *Mademoiselle* miró a la clase, que escuchaba en silencio. ¿Por qué todas miraban y escuchaban con tanta atención? Allí había algo extraño.

Cogió el cuaderno y lo abrió. Sus ojos se posaron en su propia imagen amenazando a *Mademoiselle* Dupont con una daga. Lo contempló con incredulidad. Era ella misma, alta, delgada, huesuda..., con mirada diabólica... ¡y además un puñal!

Volvió la página. ¿Qué? Allí estaba otra vez... con una escopeta. ¡Ah, no, aquello era demasiado! Fue volviendo una página, y otra, y otra. Siempre se vio cruelmente caricaturizada

persiguiendo a la pobre *Mademoiselle* Dupont, a quien le habían dado una expresión amable, siendo a todas luces la heroína, mientras ella, *Mademoiselle* Rougier, era la malvada.

—¡Esto es increíble! —exclamó *Mademoiselle*, apenas sin aliento, y olvidando casi a Darrell, quien permanecía petrificada a su lado, y a todas las demás niñas. Belinda estaba muy pálida. ¡Qué mala suerte! ¿Qué ocurriría ahora? Oh, ¿por qué había consentido que Alicia la hiciese caer en aquella trampa tonta..., sólo para conseguir que Alicia y Betty se divirtieran viéndola en apuros?

Mademoiselle volvió de nuevo a la realidad y le gritó a Darrell, haciéndola saltar:

—Vuelve a tu sitio.

Darrell obedeció, agradecida. *Mademoiselle* recorrió toda la clase con sus ojos fríos y centelleantes.

—¿Quién a hecho esto? ¿Quién ha cometido el insulto de colocar este libro ante mis ojos?

Sally habló en seguida.

—Hemos sido todas, *Mademoiselle*, pero no teníamos intención de que «usted» lo viera. Lo dejamos ahí para *Mademoiselle* Dupont. No sabíamos que hoy usted la había sustituido para darnos lección.

Esto, desgraciadamente, era lo peor que Sally pudo haber dicho. *Mademoiselle* se puso en pie al punto con ojos llameantes.

—¿Qué? ¡Ibais a darle esto a *Mademoiselle* Dupont! ¡Queríais que se riera de mí con vosotras! ¿Es eso lo que hace a mis espaldas? ¡Ah, cuánto me alegro de saber cómo se comporta esa desvergonzada francesa! ¡Ya sabrá de esto! ¡Iré en seguida a ver a la señorita Grayling... en este mismo momento!

La clase permanecía sentada en un silencio lleno de horror. No se les había ocurrido que fuera un insulto para *Mademoiselle* Rougier el enseñar el libro de caricaturas a su colega *Mademoiselle* Dupont. Belinda se sintió desfallecer.

—¡*Mademoiselle*! No hable con la señorita Grayling, Yo...

Pero la clase no estaba dispuesta a consentir que Belinda cargara con la culpa. Incluso Alicia estaba asustada. Muchas niñas hablaron a un tiempo, ahogando la voz apagada de la pobre Belinda.

—*Mademoiselle*, lo sentimos mucho. ¡No nos delate!

Pero la profesora, impulsada por el furor, ya estaba saliendo por la puerta.

Las niñas se miraron unas a otras verdaderamente horrorizadas.

—Alicia..., «tú sabías» que esta tarde iba a venir *Mademoiselle* Rougier en vez de *Mademoiselle* Dupont —dijo Belinda—. Vi cómo le guiñabas el ojo a Betty. ¡Lo «sabías»! ¡Y me has utilizado para una de tus bromas de mal gusto! Yo jamás hubiera enseñado esos dibujos a *Mademoiselle* Rougier, tú lo sabes.

Alicia era sincera, a pesar de sus faltas, y no lo negó.

—No pensé que armara tanto escándalo —dijo con voz débil.

—¡Alicia, eres un desastre! —dijo Darrell, sintiendo una llama ardiente que se encendía en su interior—. Podías haber pensado en el grave aprieto en que pondrías a Belinda. Tú, tú...

—Deja que yo arregle eso —dijo la tranquila voz de Sally a sus espaldas—. No nos compliquemos todas, Darrell. Yo hablaré con Alicia.

—¿Oh, sí? —replicó Alicia con rencor—. Bueno, pues no lo harás. Si te has creído que vas a darme la patada, estás equivocada, señorita jefa de la clase, La Niña-Buena-del-Colegio, Sally Hope.

—No seas tonta —exclamó Sally con disgusto—. No sé lo que te ocurre últimamente, Alicia. Siempre tratas de complicarme las cosas. Voy a ir a hablar con la directora ahora mismo..., y tú vas a venir también, Belinda. Intentaremos arreglarlo antes de que la cosa vaya demasiado lejos.

—¡Y naturalmente me echarás toda la culpa a mí! —dijo Alicia, enojada—. ¡Te conozco! ¡Sacarás a Belinda del apuro y me meterás a mí!

—No diré nada de ti —contestó Sally—. No soy una soplona. Pero te tendría en mejor opinión si vinieras con nosotras y explicaras tu parte en el asunto.

—No me importa la opinión que tengas de mí —replicó Alicia, enfadándose—. No pienso ir detrás de tus talones y decir: ¡Yo he sido! ¡No me obligarás a hacer lo que no deseo!

—Ni pienso intentarlo —fue la respuesta de Sally—. Vamos, Belinda, vayamos antes de que sea demasiado tarde.

La pobre Belinda, asustada como jamás lo estuviera en su vida, recorrió el pasillo y bajó la escalera hasta llegar a la dirección. De allí se dirigieron a las habitaciones de la directora.

—¡Oh..., Sally..., es terrible! —exclamó Belinda, viendo desaparecer todo su valor y optimismo—. *Mademoiselle* se puso tan furiosa. Y esos dibujos eran bastante atrevidos.

Cuando las niñas llamaron a la puerta del saloncito de la directora, oyeron voces en su interior. La señorita Grayling estaba allí, y *Mademoiselle* Rougier... y la señorita Linnie, la profesora de dibujo. La habían llamado para ver si podía decirles quién había hecho aquellos dibujos tan inteligentes y maliciosos.

—¡Belinda Morris, naturalmente! —les dijo a la primera ojeada—. No hay ninguna niña en el colegio que sea tan hábil como ella para el dibujo. Cualquiera día será una artista de primera clase. Palabra... que «son» inteligentes.

—¡Inteligentes! —gruñó *Mademoiselle*—. ¡Son malvadas, irrespetuosas, malas, malas, malas! Exijo que se castigue a esa niña señorita Grayling. Pido que toda la clase sea castigada severamente.

En aquel preciso momento Sally llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo la señorita Grayling, y entraron las dos niñas.

—¿Y bien? —preguntó la señorita Grayling. Sally tragó saliva. Era todo tan difícil... especialmente mientras *Mademoiselle* la miraba con tanta fiereza.

—Señorita Grayling —comenzó a decir—. Nosotras lo sentimos mucho, muchísimo.

—¿Qué tiene esto que ver contigo? —preguntó la señorita Grayling—. Yo creí que los dibujos eran de Belinda.

—Sí, yo fui —dijo Belinda en voz baja.

—Pero fue toda la clase quien quiso dejarlos sobre la mesa, para que los viera *Mademoiselle* Dupont —explicó Sally—. Pero... fue *Mademoiselle* Rougier la que vino y los vio. Lo siento

muchísimo.

—Pero ¿por qué has dibujado a *Mademoiselle* Rougier persiguiendo a su amiga con aire asesino? —preguntó la directora, hojeando el libro—. No veo por qué eso podría interesar o divertir a *Mademoiselle* Dupont.

Hubo un silencio, y al cabo, *Mademoiselle* Rougier habló con arrogancia:

—*Mademoiselle* Dupont y yo no somos amigas.

Y antes de que la señorita Grayling pudiera detenerla, *Mademoiselle* le contó su discrepancia respecto a las funciones teatrales. La directora la escuchaba y, luego, la miró.

—¿Entonces he de entender que un día los papeles principales los hacían Sally y Darrell, y el siguiente Daphne?

Sally dijo que sí que eso era lo que había ocurrido. De pronto *Mademoiselle* Rougier pareció avergonzada. Se daba cuenta de que ella y *Mademoiselle* Dupont habían sido muy tontas permitiendo que sus diferencias privadas afectaran la representación, complicando las cosas para las niñas.

Deseó haberlo pensado dos veces antes de llevar el libro a la directora. No era de extrañar que las niñas hubieran representado la pelea en aquellos dibujos estúpidos..., pero ¿por qué aparecía ella como culpable y *Mademoiselle* Dupont como heroína? Ah, ¡eso no resultaba agradable!

—¿Entonces no sabíais que *Mademoiselle* Rougier iba a sustituir a *Mademoiselle* Dupont? —preguntó la directora.

Sally vaciló la fracción de un segundo. Alicia lo había sabido... y Betty también. Pero Sally no lo supo, ni ninguna de las otras.

—Yo no lo sabía, señorita Grayling —le dijo.

—¿Lo sabía alguna? —insistió la directora.

Sally no sabía qué responder. No le gustaba acusar a nadie, pero tampoco iba a mentir. Belinda intervino.

—Sí, alguna lo sabía... y me utilizó a mí como instrumento. Yo jamás, jamás, hubiera enseñado esos dibujos a *Mademoiselle* Rougier. No le diré quién es..., pero créame cuando le digo que yo no hubiera herido los sentimientos de *Mademoiselle* por nada. Fue una broma pesada.

—Sí, lo comprendo —repuso la señorita Grayling—. Una broma desgraciada, claro, pero una broma. Una broma que gastada a una persona equivocada ha causado enojo y disgusto. Por lo que veo, hay muchas personas a las que hay que culpar por esto —miro a *Mademoiselle* Rougier, que se puso bastante encarnada—. Para empezar, parece ser que hubo una disputa. Sin ella, es posible que nada de esto hubiera ocurrido. Niñas, vosotras podéis marcharos ahora. Yo discutiré con *Mademoiselle* el castigo que merecéis todas.

Belinda y Sally se dirigieron hacia la puerta en silencio. La señorita Linnie salió con ellas. *Mademoiselle* Rougier quedó atrás, pues la señorita Grayling la detuvo con un ademán.

—Belinda, eres una tonta —dijo la señorita Linnie.

—¡Jamás volveré a dibujar a nadie! —exclamó Belinda con desmayo.

—¡Oh, sí que lo harás! —replicó la señorita Linnie—. Pero es necesario que en el futuro hagas dibujos más amables. ¡No seas demasiado intencionada, Belinda... eso siempre trae disgustos más

pronto o más tarde!

Capítulo 12

MADEMOISELLE DUPONT LO ARREGLA TODO

Algo estaba ocurriendo arriba. *Mademoiselle* Dupont había pasado por delante de la puerta del segundo curso y estaba abierta. Y al mirar dentro, descubrió con sorpresa que, al parecer, *Mademoiselle* Rougier había desertado de la clase dejando solas a las niñas. Y más sorprendente todavía, las niñas estaban sentadas y más quietas que ratones... ¡y qué caras tan largas!

—¿Qué ocurre, «*mes petites*»? —exclamó *Mademoiselle* recorriendo toda la clase con sus ojillos pequeños como cuentas—. ¿Qué ha pasado?

Mary-Lou, profundamente afectada por todo, lanzó un sollozo inesperado. *Mademoiselle* se volvió hacia ella. Mary-Lou era una de sus predilectas porque sabía hablar francés a la perfección.

—¿Qué pasa entonces? ¡Decídmelo! ¿No soy vuestra amiga? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—¡Oh, *Mademoiselle*... ha ocurrido algo terrible! —exclamó Mary-Lou—. Belinda hizo algunos dibujos de usted y *Mademoiselle* Rougier. Agradables para usted y terribles para *Mademoiselle* Rougier... y no sabíamos que *Mademoiselle* Rougier iba a venir esta tarde en lugar de usted... y pusimos el cuaderno encima de la mesa para que «usted» lo viera, y... y...

—¡Ah! Y en cambio los vio *Mademoiselle* Rougier, y se ha enfadado y se ha llevado a Belinda y a la pobre Sally a ver a la señorita Grayling —exclamó *Mademoiselle*—. ¡Ah, esa mujer malhumorada! No sabe entender un chiste. ¡Yo, yo misma iré a ver a la señorita Grayling para decirle una, dos, tres cosas respecto a *Mademoiselle* Rougier! ¡Ah-h-h-h!

Y allá se fue *Mademoiselle* Dupont sobre sus empinados tacones como un conejo perseguido. Las niñas se miraron unas a otras. ¡Qué tarde!

Mademoiselle no encontró a Belinda y a Sally porque fueron por distintos caminos. En el momento en que ella llamaba a la puerta de la señorita Grayling, Sally y Belinda estaban en la clase con aspecto desanimado. Dieron cuenta de lo ocurrido.

—¡De manera que me acusasteis al fin y al cabo! —dijo Alicia con disgusto.

—Ni siquiera mencionamos tu nombre —dijo Belinda—. De manera que no necesitas tener miedo, Alicia.

—¡No tengo miedo! —exclamó Alicia, pero sí lo tenía.

Últimamente la señorita Grayling no la miraba con muy buenos ojos, y ella lo sabía. No quería que la castigasen ahora por aquello, pero tampoco le agradaban las miradas llenas de reproche de sus compañeras.

—*Mademoiselle* Dupont ha ido ahora a reunirse con la feliz familia —dijo Darrell—. Quisiera saber lo que estará ocurriendo.

Mademoiselle Dupont había irrumpido en el saloncito de la directora, sobresaltando a la señorita Grayling y *Mademoiselle* Rougier. La señorita Grayling estaba oyendo un resumen de la pelea entre las dos profesoras francesas por una *Mademoiselle* Rougier bastante avergonzada

cuando entró la otra *Mademoiselle*.

Vio en seguida el cuaderno de dibujos y lo cogió para examinarlo.

—«*Oh, lá, lá*». ¡Ésta Belinda es un genio! ¡Ja...! ¡Ja! Míreme aquí, señorita Grayling... ¿Vio usted algo más parecido a un conejo rechoncho? Y oh, *Mademoiselle* Rougier, ¿qué está usted haciendo con esa daga? ¡Es maravilloso, prodigioso! ¡Pero miren aquí! ¡Va a envenenarme!

Mademoiselle Dupont estalló en carcajadas y tuvo que enjugarse las lágrimas.

—¿No les parece divertido? —dijo asombrada a las otras profesoras—. Pero miren... miren... aquí va a dispararme con esa escopeta. ¡Cómo si mi buena amiga *Mademoiselle* Rougier pudiera hacerme una cosa así! ¡Ah, discutimos algunas veces ella y yo, pero eso no significa nada! Somos dos francesas unidas, ¿«*n'est-ce pas?*». *Mademoiselle* Rougier y yo tenemos mucho que soportar de esas traviesas niñas inglesas.

Mademoiselle Rougier comenzó a tener una expresión menos rígida. La señorita Grayling miró un par de dibujos y se dignó sonreír.

—Éste es verdaderamente muy gracioso, *Mademoiselle* Dupont —dijo—. Y éste otro también. Claro que esto es una falta de respeto y quiero que ustedes dos digan qué castigo debemos dar a la clase... y en especial, claro está, a Belinda. Hubo un silencio.

—Yo creo —comenzó *Mademoiselle* Rougier al fin—. Yo creo, señorita Grayling, que quizá *Mademoiselle* Dupont y yo tengamos algo de culpa en todo esto... nuestra estúpida pelea, ya sabe... naturalmente preocupó a las niñas... y...

—¡Ah, sí, tiene usted razón! —exclamó *Mademoiselle* Dupont con fervor—. Mucha, mucha razón, amiga mía. Somos nosotras quienes tenemos la culpa. Señorita Grayling... ¡no pedimos castigo alguno para esas niñas malas, malas! Las perdonamos.

Mademoiselle Rougier pareció un tanto sorprendida. ¿Por qué tenía que perdonarlas *Mademoiselle* Dupont? ¡A «ella» la habían dibujado con simpatía! Pero *Mademoiselle* Dupont seguía hablando.

—¡Ésos dibujos son más graciosos que malvados! Es una broma, un chiste, ¿no? ¡No nos molestan! Fue nuestra estúpida pelea quien tuvo la culpa. Pero ahora... ahora somos amigas, ¿no es cierto, *Mademoiselle* Rougier?

Mademoiselle Rougier no pudo decir que no, y a pesar suyo asintió con la cabeza. *Mademoiselle* Dupont le propinó dos besos exuberantes, uno en cada mejilla. La señorita Grayling estaba muy divertida.

—¡Ésa Belinda! —dijo *Mademoiselle* volviendo a mirar los dibujos—. Ah, qué niña más inteligente. ¡Tal vez un día, señorita Grayling, estaremos orgullosas de estos dibujos! Cuando Belinda sea famosa. *Mademoiselle* Rougier y yo contemplaremos con orgullo estos dibujos y diremos: «¡Ah, la pequeña Belinda hizo estos dibujos para nosotras cuando estaba en nuestra clase!».

Mademoiselle Rougier no dijo nada. Se daba cuenta de que le habían hecho contar cosas que no deseaba, pero ahora no podía volverse atrás de lo que había dicho. Eso es cierto.

—Bueno, tal vez será mejor que vuelvan ahora a sus clases —sugirió la señorita Grayling—. ¿Y querrán decírselo a las niñas y tranquilizarlas? Claro que Belinda debe pedir perdón, pero creo

que lo hará en seguida.

Las dos *Mademoiselles* se marcharon cogidas del brazo. Las alumnas las miraban sorprendidas, ya que todas sabían que ambas habían sido enemigas acérrimas durante la última semana. Subieron al segundo curso; las niñas en pie sonreían satisfechas al ver que *Mademoiselle* Dupont parecía tan contenta y que la otra *Mademoiselle* no estaba tan seria como de costumbre.

Mademoiselle Dupont las tranquilizó.

—Habéis sido muy malas. Malísimas. Belinda, dejas que tu lápiz vaya demasiado lejos. ¡Me sorprendes!

Pero no parecía sorprendida. Sus ojos pequeños y redondos brillaban. Belinda se puso en pie.

—Quiero pedirles perdón a las dos —dijo casi temblando.

Mademoiselle Rougier no veía la necesidad de que Belinda pidiera perdón a *Mademoiselle* Dupont, pero no lo dijo. Aceptó las disculpas con tanta amabilidad como le fue posible.

—Y ahora como castigo —dijo *Mademoiselle* Dupont con voz severa, aunque todavía con ojos brillantes—, como castigo prestaréis más atención a las clases de francés de lo que habéis hecho hasta ahora. Leeréis bien, traduciréis maravillosamente y seréis mis mejores discípulas. ¿Lo haréis?

—Oh, sí, *Mademoiselle* —prometieron las niñas con fervor y, por lo menos en aquel momento, hasta Gwendoline y Daphne lo dijeron de corazón. *Mademoiselle* Rougier se fue y *Mademoiselle* Dupont les dio los últimos cinco minutos que restaban de clase.

—Por favor —dijo Darrell al final—. *Mademoiselle*, ¿quiere usted decirnos «*quiénes*» van a representar los principales personajes de las obras en francés que estamos estudiando? Es tan molesto no saberlo. Tal vez *Mademoiselle* Rougier y usted lo hayan resuelto ahora.

—No —repuso *Mademoiselle* Dupont—. Pero hoy me siento generosa. Dejaré que *Mademoiselle* Rougier se salga con la suya para compensarla del disgusto que le habéis dado esta mañana. No daré a Daphne los papeles principales. Tú, Darrell y Sally seréis las protagonistas. ¡Eso complacerá a *Mademoiselle* Rougier y la pondrá de tan buen humor que os sonreirá a todas!

Daphne no quedó muy satisfecha, y miró a *Mademoiselle* bastante dolida. De todas formas, era una suerte, pensó, porque ¿cómo iba a aprenderse «*jamás*» todas aquellas parrafadas en francés que ni siquiera entendía? Quizá lo mejor fuese no tener que hacer los principales papeles. ¡Se haría la ofendida, pero mostrándose muy dulce y generosa!

Así que, con aspecto resignado, habló a *Mademoiselle*.

—¡Cómo usted quiera, *Mademoiselle*! Yo había esperado «*bordar*» esos papeles para usted... pero espero ser lo bastante generosa para dejar que los hagan las demás sin enfadarme.

—¡Qué niña tan amable! —exclamó la profesora sonriendo—. Yo te compensaré, Daphne. Vendrás a verme y juntas leeremos un libro de francés que me encantaba cuando era niña. ¡Ah, eso será un consuelo para las dos!

La clase hubiese querido poder reír al ver el rostro horrorizado de Daphne. ¡Leer un libro francés con *Mademoiselle*! Qué espanto. Tenía que escabullirse como fuese.

El asunto de los dibujos tuvo tres resultados. Alicia estaba triste porque comprendía que se había portado muy mal y sabía que Sally, Darrell y algunas otras no la tenían en muy buena

opinión por ello. Las dos *Mademoiselles* eran muy buenas amigas en vez de enemigas. Y a Daphne le habían dado ahora un papel insignificante en las obras, donde no aparecía como un ser bello, sino solamente como un viejo con una caperuza. Estaba muy disgustada.

—Ahora que ya había escrito a mi familia diciéndoles que iba a interpretar los mejores papeles —se lamentó—. Es una vergüenza.

—Sí, lo es —dijo Gwendoline—. Pero no importa, Daphne... ¡Ahora no tendrás que aprender tanto francés de memoria!

En aquel momento llegaba Jean con una caja que hizo tintinear bajo sus narices.

—Vosotras dos... ¿Habéis pagado ya la cuenta deportiva? Hoy es la colecta. Cinco chelines cada una.

—Aquí están los míos —dijo Gwendoline sacando su bolso.

—Ahora los tuyos, Daphne —dijo Jean. Daphne sacó su bolso.

—¡Maldición! —exclamó—. Creí que tenía diez chelines, pero sólo hay seis peniques. Oh, sí... la semana pasada tuve que comprar un regalo de cumpleaños para mi institutriz. Gwen, préstame el dinero hasta que me envíen de casa, ¿quieres?

—La semana pasada te prestó dos chelines —intervino Jean volviendo a hacer sonar la caja—. ¡Apuesto a que no se los devolviste! Y a mí me pediste seis peniques para la colecta de la iglesia, permíteme que te lo diga. ¿Por qué no llevas un pequeño libro para anotar tus deudas?

—¿Qué importancia tienen cantidades tan pequeñas? —respondió Daphne contrariada—. Pronto tendré libras y libras para mi cumpleaños. De todas formas podré pagarte esta semana. Mi tío me enviará treinta chelines.

—Bueno, te prestaré cinco chelines hasta entonces —dijo Gwendoline poniendo un billete de diez chelines dentro de la caja. Jean se volvió hacia Darrell para recoger su dinero y luego, yendo hasta Elena, hizo tintinear la caja bajo sus narices.

—Por favor, Elena, cinco chelines.

—¡No hagas eso debajo de mi nariz! —exclamó Elena saltando—. ¿Qué quieres? ¿Cinco chelines? Bueno, pues ahora no los tengo. Te los daré más tarde.

—Eso me dijiste la última vez —replicó Jean, que era muy insistente cuando hacía una colecta—. Vamos... tráelos Elena, y la colecta estará terminada.

—Estoy trabajando —dijo Elena molesta—. Llévate eso. Pronto te daré los cinco chelines.

Jean se marchó también contrariada, y Daphne habló en voz baja a Gwendoline.

—¡Apuesto a que no tiene esos cinco chelines! Ganó una beca para venir aquí, pero no creo que su familia pueda permitirse el lujo de tenerla en un colegio como éste.

Elena no oyó lo que decían, pero comprendió que era algo desagradable por el tono burlón de Daphne, y cerró su libro.

—¿Es que «nadie» puede estudiar aquí? —dijo—. ¡Deja de cuchichear, Daphne, y borra de tu rostro esa sonrisa estúpida!

Capítulo 13

¡POBRE ELENA!

—¡Vaya! —exclamó Daphne después de que Elena saliera de la habitación dando un portazo—. ¡Qué malos modos tiene esa niña! ¿Qué le ocurre?

Nadie lo sabía. Nadie adivinaba que Elena estaba cada día más preocupada por su trabajo. Se acercaban los exámenes de final de curso y deseaba hacerlo bien. ¡Era preciso! Por eso estudiaba de firme, y había empezado a creer que podía salir bien de los exámenes.

Pero aquella tarde no se encontraba muy bien. Le dolía la garganta y los ojos, sobre todo cuando los movía de un lado a otro, y tenía tos.

¿Acaso iba a ponerse enferma? Eso la atrasaría terriblemente en su trabajo, y no debía ocurrir; así que Elena estuvo tomando pastillas contra la tos y haciendo gárgaras en secreto en el cuarto de baño, con la esperanza de que el ama no notase nada anormal.

Aquella tarde sus ojos estaban demasiado brillantes y sus mejillas, siempre pálidas, muy rojas. Tosía durante la hora de estudio. La señorita Potts la miró.

—¿Te encuentras bien, Elena? —le preguntó.

—Oh, perfectamente, señorita Potts —dijo Elena mintiendo, y al inclinar la cabeza sobre el libro volvió a toser.

—No me gusta esa tos —exclamó la señorita Potts—. Creo que lo mejor será que vayas a...

—Oh, señorita Potts, es que me pica la garganta —dijo Elena desesperada—. Tal vez será mejor que beba un poco de agua.

—Bueno, ve entonces —dijo la señorita Potts no del todo convencida.

Así que Elena salió, y una vez en el lavabo, apoyó su cabeza ardiente contra la fría pared, deseando con tristeza tener a alguien en quien confiar. Pero su mal carácter e irritabilidad habían puesto a todo el mundo en contra suya... incluso Jean. Jean había tratado de ser amable con ella... y Elena ni siquiera se había molestado en ir a buscar el dinero para el suplemento de deportes.

«No sé lo que me ocurre últimamente —pensó la niña—. Yo no era así, y en el otro colegio tenía muchas amigas. ¡Ojalá nunca hubiera venido aquí! ¡Ojalá no hubiese ganado una beca!».

Debía regresar a la clase. La garganta le seguía doliendo y se puso una pastilla en la boca. Luego fue de nuevo a la clase tratando de caminar con firmeza, aunque las piernas le flaqueaban.

Tenía temperatura alta y debiera haberse metido en cama, pero no iba a darse por vencida. Era preciso estudiar, no podía retrasarse. Necesitaba salir bien de los exámenes, pasase lo que pasase.

Quiso estudiar algo de poesía francesa, pero la cabeza le daba vueltas, y comenzó a toser de nuevo.

—¡Oh, cállate! —le dijo Alicia en un susurro—. ¡Estás fingiendo para ganarte la simpatía de Potty!

¡Eso era muy propio de Alicia! No le gustaba la gente que tosía o gemía. No sentía la menor

compasión por aquellas que la necesitaban. Ella era una niña saludable, fuerte e inteligente, que jamás en su vida estuvo enferma, y despreciaba a la gente estúpida, o a los que estaban delicados o enfermos, o en apuros. Era dura, y al parecer no mejoraba. ¡Darrell se maravillaba a menudo de cómo pudo desear tanto ser amiga de Alicia la primera vez que fue a *Torres de Malory*!

Elena miró a Alicia con disgusto.

—No puedo evitarlo —le dijo—. No estoy fingiendo —se sonó y Alicia lanzó una exclamación de disgusto.

—¡No! ¡Si estás tan mala vete a la cama!

—¡Silencio! —exclamó la señorita Potts, contrariada.

Alicia no dijo nada más. Elena, suspiraba, trató de concentrarse otra vez en su libro, pero le fue imposible. Se alegró al oír sonar la campana para poder levantarse e ir a tomar un poco de aire fresco. Tenía calor y, sin embargo, temblaba. Oh, sin duda había pillado un resfriado. Quizá mañana estuviera mejor.

A la hora de cenar trató de tomar algún alimento, por si acaso la señorita Parker se daba cuenta de que no comía nada, pero la señorita Parker no se fijaba en Elena muy a menudo. Por lo general era una niña callada, con fama de mal genio, y no le interesaba en absoluto, aunque algunas veces le extrañase que su trabajo no fuera mejor.

Fue Sally quien se dio cuenta aquella noche de que Elena estaba enferma. Oyó su respiración fatigosa y ronca y la observó preocupada recordando lo mucho que Elena había tosido durante la hora de estudio. Pobre Elena... ¿Se encontraría mal y no quería decirlo?

Sally era sensata y amable a la vez. Fue hasta Elena y cogió sus manos ardientes.

—¡Elena! ¡Tú no estás bien! ¡Deja que te acompañe a ver al ama, tonta!

Aquél pequeño acto de simpatía hizo acudir las lágrimas a los ojos de Elena, pero sacudió la cabeza con impaciencia.

—¡Estoy muy bien! ¡Déjame sola! Sólo tengo dolor de cabeza. Nada más.

—Pobre Elena —exclamó Sally—. Tú tienes algo más que un dolor de cabeza. Ven conmigo a ver al ama. ¡Debieras estar en cama!

Pero Elena no quería ir, y hasta que Jean se acercó demostrándole su simpatía, no se dio por vencida. Entonces confesó que sí, que se encontraba pésimamente, pero que no podía meterse en cama con tanto trabajo como le aguardaba antes de los exámenes que se avecinaban.

—Tengo que aprobar, ¿comprendes? —no cesaba de repetir—. ¡Tengo que aprobar! —y las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras hablaba, y de pronto se estremeció.

—No vas a conseguir nada quedándote levantada cuando debieras acostarte —le dijo Jean—. Vamos. ¡Yo te mantendré al corriente de las lecciones que demos, te lo prometo! ¡Tomaré apuntes para ti, y todo lo que quieras!

—¿Oh, querrás? —exclamó la pobre Elena tosiendo—. De acuerdo, entonces. Si tú me ayudas a estar al corriente, yo iré ahora a ver al ama. Tal vez me cure estando un día en cama.

¡Pero un solo día desde luego no iba a bastar para curar a Elena! Estaba muy enferma y el ama la acostó en la enfermería en seguida. Elena se sentía tan agradecida al verse allí que no cesaba de llorar. Estaba avergonzada de sí misma, pero no podía contener las lágrimas.

—Ahora no te preocupes —le dijo el ama amablemente—. ¡A juzgar por tu aspecto, hace días que debieras estar en cama! ¡Tontuela! Ahora descansa tranquila y disfruta de una semana en cama.

¡Una semana! Elena se incorporó llena de horror. No podía perder una semana de trabajo. Miró al ama con desmayo, y ésta la hizo acostarse otra vez.

—No me mires tan horrorizada. Te divertirás. Y en cuanto te sientas con ánimos, y puesto que tu resfriado no es contagioso, podrás escoger a una de tus compañeras para que te visite.

—La pobre Elena está verdaderamente enferma —exclamó Jean, cuando volvió con las otras—. No sé cuánta temperatura tiene, pero vi la cara del ama cuando se la tomó, y debe ser muy alta.

—Estuvo tosiendo mucho durante la hora de estudio —dijo Sally—. Me da lástima la pobre.

—Bueno, pues a Alicia no —dijo Gwen con malicia—. ¡Le dijo que dejara de toser! ¡Nuestra querida y amable Alicia!

Alicia parpadeó. Siempre estaba haciendo comentarios desagradables respecto a Gwen... y esta vez Gwen le había correspondido con la misma moneda... y eso a Alicia no le gustaba.

—Oh, todas sabemos que Alicia no puede permitirse el lujo de desprenderse de un poco de simpatía —dijo Darrell incapaz de contenerse. Últimamente estaba disgustada con Alicia por haberse mostrado tan brusca con Sally. También ella había pensado que Alicia debió haber confesado que fue ella quien sabía que *Mademoiselle* Rougier iba a dar la clase de *Mademoiselle* Dupont, haciendo que Belinda se viera en un apuro, cuando pudo haberlo evitado.

También Alicia estaba avergonzada de eso ahora, pero era demasiado tarde para hacer algo, y era inútil confesar que lo sabía, una vez concluido el asunto, aunque no cesaba de reprocharse el no haberlo hecho a su debido tiempo. Había sido demasiado obstinada.

También lamentaba haber sido tan dura con Elena aquella tarde..., ¿pero cómo iba a saber que estaba verdaderamente enferma? ¡Ella no tenía tiempo para aquella tonta de Elena siempre gruñendo y dando chascos a todo el mundo! ¡Qué estuviera enferma! Lo bueno es que estuviera apartada de las clases durante un tiempo. ¡«Ella» no iba a echarla de menos!

Elena se encontró muy mal durante cuatro días, y luego comenzó a sentirse mejor. Su temperatura fue bajando, y demostró un poco más de interés por las cosas. ¡Pero cielos! ¡Su antigua preocupación volvió inmediatamente en cuanto fue capaz de pensar con claridad!

¡Los exámenes! Sabía que del resultado de los exámenes dependía su puesto en la clase. Y era muy importante que fuera la primera o de las primeras. Su padre y su madre estaban muy orgullosos de que hubiera ganado la beca para ir a un colegio tan distinguido. No estaban en buena posición, pero le dijeron que harían cualquier cosa para que pudiera seguir en *Torres de Malory*, ahora que había ganado el derecho de estar allí con su propio esfuerzo.

¡El uniforme había sido tan caro! Incluso el billete de tren era caro. Fue una suerte haber podido ir en el coche de alguien. Su mamá le había comprado un baúl y una maleta nuevos. Más gastos. Oh, Dios mío..., ¿era realmente una gran cosa ganar una beca para un colegio como *Torres de Malory* cuando hay que ir contando hasta el último céntimo? Quizá no.

Entonces le asaltó otro pensamiento. Tendría que verla el médico. Eso significaría otro gasto, y encima estaba perdiendo clases y acabaría mal su primer curso. Sus padres sufrirían un amargo

desengaño.

Por eso Elena estaba tan preocupada. El ama y la enfermera se extrañaban de que no acabase de curarse lo de prisa que debiera. Cada día les suplicaba que le permitieran levantarse, pero el ama meneaba la cabeza.

—No, no es posible, querida. Todavía no estás bien. Pero ¿te gustaría tener una visita ahora? Puedes tenerla si quieres.

—Oh, sí. Quisiera que viniese Jean, por favor —dijo Elena en seguida.

Jean le había prometido tomarle apuntes, y le explicaría todas las lecciones que se había perdido. Jean era sensata y responsable.

Así que Jean fue a verla llevándole un tarro de miel, pero no era miel lo que Elena deseaba. Apenas la miró siquiera.

—¿Me trajiste los apuntes que dijiste tomarías para mí? —le preguntó con gran interés—. ¡Oh, Jean...! ¿No los trajiste?

—Dios me asista..., ¿para qué quieres apuntes de las lecciones tan pronto? —exclamó Jean asombrada—. ¡Ni siquiera te levantas!

—Oh, sí, sí —dijo Elena—. Tú me lo prometiste, Jean. Bueno, tráemelos la próxima vez. Ahora dime todas las lecciones que habéis dado.

Jean entrecerró los ojos tratando de recordar. Encontraba extraño que Elena quisiera hablar de lecciones en vez de charlar sobre juegos y diversiones. Comenzó a decírselo a Elena.

—Bueno, en matemáticas, hicimos otra vez esas sumas nuevas. Puedo traerte algunas para enseñártelas. Y de francés... aprendimos una poesía muy larga de la página sesenta y cuatro... ¿Quieres que te la recite? Y de geografía hemos dado...

El ama la interrumpió.

—¡Jean! ¡Elena no debe oír todavía ni una palabra de las lecciones! No debe empezar a preocuparse por el trabajo. No puede evitar el perder clases, y la señorita Parker y *Mademoiselle* se harán cargo de que esté algo retrasada cuando vuelva.

Elena la miró consternada.

—¡Pero, ama! Yo «debo» saberlo todo. ¡Es preciso! Oh, deje que Jean me cuente. Y también va a traermelos unos apuntes de las lecciones que ha hecho para mí.

—Bueno, pues no debe hacerlo. Se lo prohíbo —repuso el ama.

Así es que no había remedio, y Elena ya no tomó mayor interés por la conversación de Jean. Permaneció tendida y desesperada. ¡Ahora sí que estaba cerca del precipicio! ¡Qué desgraciada era!

Capítulo 14

ELENA TIENE UNA MALA IDEA

Nadie echó mucho de menos a Elena. Carecía del optimismo y la simpatía de Darrell, del travieso sentido del humor de Alicia, e incluso de la timidez y cortedad de Mary-Lou que hacían que se le echase en falta cuando no estaba.

—Una no se fija en Mary-Lou cuando la tiene delante de las narices..., pero se la echa de menos cuando no está —dijo Darrell una vez. Y era cierto.

Darrell echaba de menos a Mary-Lou aquellos días, ya que ésta se había hecho muy amiga de Daphne. Nadie podía entenderlo, ni nadie creía que Daphne pudiera desear la amistad de Mary-Lou... sino únicamente su ayuda en francés; incluso cuando Darrell le hacía ver a Mary-Lou que la ayudaba demasiado, apenas quería escucharla.

—Yo no puedo servir de gran ayuda a nadie —decía Mary-Lou—. Sólo para el francés... y es tan agradable ayudar a alguien que lo desea. Y además... ¡Daphne me aprecia de veras, Darrell!

—Bueno, también te aprecio yo, y Sally —replicó Darrell exasperada al pensar que Mary-Lou se unía a una persona de dos caras como Daphne.

—Sí, lo sé. Pero tú sólo me soportas por la generosidad de tu corazón —exclamó Mary-Lou—. Tú tienes a Sally. Tú me dejas ir tras de ti como un perrito faldero... pero no me aprecias de verdad, y no puedo ayudarte en nada. Pero yo sí «*puedo*» ayudar a Daphne... y, aunque tú pienses que sólo me emplea para que le haga los ejercicios de francés, estás equivocada.

Darrell estaba convencida de que Daphne iba con Mary-Lou para que la ayudase en francés..., pero no estaba del todo en lo cierto.

Ahora Daphne apreciaba mucho a Mary-Lou. No podía comprender el porqué, ya que era impropio de ella aficionarse a nadie..., pero Mary-Lou era tan insignificante, tan tímida, tan dispuesta siempre a ayudar en todo.

«*Es como un ratoncito que uno desea proteger y cuidar* —pensaba Daphne—. *No se puede evitar querer a un ratón*».

Le contaba sus delirios de grandeza y Mary-Lou la escuchaba agradecida. La pequeña estaba orgullosa de que alguien tan importante como Daphne se fijara en ella, le hablase y le contara sus cosas.

Elena estuvo ausente de las clases once días y los últimos seis o siete se había preocupado terriblemente porque no le permitieron que Jean le llevara los apuntes de las lecciones o le hablase de ellas. Ahora regresaba pálida, un poco más delgada, y con una mirada resuelta en sus ojos. ¡Iba a ponerse al corriente como fuera! ¡Aunque tuviera que levantarse a las seis de la mañana y estudiar las lecciones debajo de las sábanas con una linterna, lo haría!

Preguntó a la señorita Parker si tendría la amabilidad de darle clases extra para estudiar lo que había perdido, pero la señorita Parker rehusó amablemente.

—No, Elena. Por el momento, ni siquiera podrás con el trabajo ordinario. Déjate de clases extra. Yo no voy a exigirte mucho, ni nadie. De manera que no te preocupes.

Elena fue a ver a *Mademoiselle* Dupont e incluso a *Mademoiselle* Rougier.

—Quiero saber lo que me he perdido para ponerme al corriente —les dijo—. ¿No podrían darme algunas clases extra?

Pero ninguna de las *Mademoiselles* quiso hacerlo.

—¡Todavía no estás lo bastante fuerte, «*mon enfant*»! —dijo *Mademoiselle* Dupont amablemente—. Nadie va a esperar que hagas nada brillante este año. Tómate las cosas con más calma.

De modo que la pobre Elena estaba desesperada. ¡Nadie quería ayudarla! Todos parecían haberse confabulado contra ella..., el ama, el médico, la señorita Parker y las dos *Mademoiselles*.

¡Y dentro de diez días comenzarían los exámenes! Por lo general, a Elena le gustaban los exámenes, pero esta vez los temía. No podía comprender cómo las niñas bromeaban sobre ellos tan a la ligera.

Entonces se le ocurrió una idea..., una mala idea, que al principio quiso apartar de su mente, pero volvía una y otra vez..., susurrando en su interior hasta que tuvo que escucharla.

«¡Si tal vez pudiese ver las preguntas de los exámenes antes de que nos las dieran! ¡Si consiguiera leer las preguntas y saber lo que nos van a preguntar!».

Elena no había hecho trampas en su vida. No tuvo necesidad porque tenía inteligencia y sabía estudiar de firme. ¡La gente no copia, si puede salir bien o mejor sin copiar! Ah, pero cuando no se puede, cuando algo se ha torcido y no se sabe lo que se debe estudiar, ¿copiaríais entonces si fuese el único modo de ganar un buen puesto?

No ocurre a menudo que una prueba como ésta se le presente a una persona inteligente, que siempre ha aborrecido hacer trampa..., y ahora se le presentaba a Elena. Es fácil no copiar cuando no hay necesidad de hacerlo. ¿Es fácil no copiar cuando «es» necesario? Cuando se te presente esa prueba sabrás cómo es tu carácter, si fuerte, débil, rastrero o íntegro.

Elena no pudo seguir apartando la idea de su mente. Siempre estaba allí. Un día que se encontraba en la habitación de la señorita Parker, vio un papel encima de su escritorio que se le antojó cosa de exámenes. La señorita Parker no estaba en la habitación. Sólo era cuestión de un momento ir a echarle un vistazo.

Elena leyó rápidamente las preguntas. ¡Qué fáciles eran! Luego, con sobresalto, vio que las preguntas pertenecían al primer curso, no al segundo. El corazón le dio un vuelco.

Antes de que pudiera buscar las preguntas para el segundo curso y ver si estaban allí, oyó los pasos de la señorita Parker y se apartó del escritorio para que nadie sospechara que quería llevar a cabo una acción tan fraudulenta.

A partir de entonces, Elena siempre estaba entrando y saliendo sigilosamente de las habitaciones de la señorita Parker o de la señorita Potts. Escogía los momentos en que ellas no estaban. Incluso una mañana registró la mesa de la señorita Parker del segundo curso después de una clase, esperando encontrar algo relacionado con los próximos exámenes.

Alicia la encontró allí, y se quedó muy sorprendida.

—¿Qué «estás» haciendo? —le dijo—. Ya sabes que no debes tocar esa mesa. ¡Vaya, Elena!

—He perdido mi pluma estilográfica —murmuró Elena—. Y pensé que a lo mejor la señorita Parker la...

—Bueno, aunque la «tuviese» ella, tú no debes revolver su mesa —le dijo Alicia, en tono de censura.

Luego, en otra ocasión, Darrell la encontró en la habitación de la señorita Potts, de pie ante el escritorio de *Mademoiselle*, examinando los papeles que había allí. La miró sorprendida.

—Oh... eh... *Mademoiselle* me ha enviado aquí a buscar su libro —dijo Elena, que estaba avergonzada de sí misma. Siempre había oído decir que un pecado conduce a otro, y estaba descubriendo que era cierto. Estaba tratando de hacer trampas en los exámenes... y eso le hacía mentir.

¿Qué seguiría a continuación?

—Bueno, he de confesar que Elena no ha mejorado mucho después de estar ausente casi quince días —dijo Betty una tarde en la sala común, cuando Elena acababa de contestar de mal talante a una de sus compañeras marchándose luego ceñuda—. Está tan irascible como siempre... y todavía no la veo bien.

—Su problema es su mal carácter —dijo Alicia—. Estoy harta de ella. Siempre con el ceño fruncido, siempre suspirando y haciéndose la víctima.

Gwendoline entró con aire preocupado.

—¿Alguna ha visto mi monedero? Estoy segura de haberlo dejado en mi pupitre y ahora ha desaparecido. Y esta mañana puse dentro un billete de diez chelines, porque quería salir con intención de comprar algo. ¡Y ahora no puedo!

—Yo te ayudaré a buscarlo —dijo Daphne, solícita—. ¡Apuesto a que todavía sigue en tu pupitre!

Pero no estaba. Era de lo más desconcertante. Gwendoline se estrujó el cerebro tratando de pensar en vano si lo había dejado en otro sitio.

—Estoy segura de haberlo dejado aquí —exclamó al fin—. Oh, esto es enloquecedor. ¿Puedes prestarme algún dinero, Daphne?

—Sí. Tengo mi monedero en el bolsillo —repuso Daphne—. De todas formas, yo te debo algo. Quería habértelo pagado ya. Ayer recibí dinero de mi tío.

Buscó en su bolsillo y luego alzó los ojos con expresión desolada.

—¡Ha desaparecido! ¡Hay un agujero en mi bolsillo! ¡Maldición! ¿Dónde puedo haberlo perdido?

—Bueno, hay que confesar que sois una bonita pareja —exclamó Alicia—. Las dos perdéis el monedero... ¡y precisamente cuando está lleno de dinero! ¡Sois igual que Irene y Belinda!

Belinda había perdido media corona el día anterior y estuvo gateando por todo el suelo del salón de estudio para buscarla, ante la sorpresa de *Mademoiselle*. No pudo encontrarla y pidió a Jean que le devolviese su cuota deportiva. Sin embargo, Jean no se la dio, declarando que una vez que el dinero entraba en la caja, ya no pertenecía al donante... sino a la delegada de deportes, al colegio, o para lo que fuesen destinados aquellos fondos.

Los dos monederos no aparecieron. Era desconcertante y bastante misterioso. «Dos» monederos... llenos de dinero. Gwendoline miró a Daphne y bajando la voz, dijo:

—¿Tu no crees que los habrá cogido alguien? ¡Seguro que en nuestro curso no hay nadie capaz de una cosa así!

Alicia sentía gran curiosidad por el paradero de los portamonedas. En su mente apareció la imagen de Elena registrando la mesa de la profesora de la clase del segundo curso. ¿Por qué lo hizo? Ella explicó que había perdido su pluma estilográfica... pero no era cierto porque ella la había visto usándola en la clase siguiente. Bien, entonces...

Alicia resolvió vigilar a Elena. Si estaba haciendo algo malo, debía avisar a Sally. Era desagradable pensar que Sally tenía el derecho de conocer el hecho y decidir si era preciso o no, decírselo a la señorita Parker. Alicia sintió la acostumbrada punzada de celos cuando recordaba a Sally como jefa de clase.

Elena ignoraba que Alicia no la perdía de vista, pero sí supo que de pronto le resultaba muy difícil estar sola, o ir a la habitación de la señorita Parker, o de la señorita Potts, o incluso al salón del estudio cuando no había nadie.

Alicia siempre aparecía diciendo:

—¡Hola, Elena! ¿Buscas a alguien? ¿Puedo ayudarte?

Daphne pidió dinero a alguien, como de costumbre, pero no así Gwendoline. A ella le habían enseñado a no pedir nada prestado, y había escrito a su familia pidiéndoles que le enviaran dinero para seguir adelante.

Daphne consiguió que le prestase Mary-Lou y luego le ofreció la mitad a Gwendoline.

—Oh, no —replicó Gwendoline, en tono asombrado—. ¡No puedes prestarme el dinero de otra persona, Daphne! Sé que te lo ha prestado Mary-Lou. ¿Por qué no haces igual que yo y esperas a que te manden de tu casa? Eso es lo peor de ser tan rica como tú... ¡Supongo que no comprendes el valor del dinero!

Daphne la miró un poco sorprendida porque ésta era la primera vez que oyera la más ligera crítica de su fiel Gwendoline. Luego cogió del brazo a su amiga.

—¡Supongo que tienes razón! —le dijo—. Siempre he tenido todo el dinero que he deseado... y la verdad es que no sé el valor que tiene. Así me han educado. No te enfades, Gwen.

—No sé lo que ocurriría si realmente te faltase el dinero —dijo Gwendoline—. ¡Te sentirías «desgraciada» sin tu yate, tus coches, tus criados y tu hermosa casa! ¡Cómo me gustaría verlo esto!

Pero Daphne no dijo, como Gwendoline esperaba: «Bueno, ven a pasar las vacaciones conmigo». Más bien parecía que Gwendoline no iba a ver a su gran amiga durante las vacaciones de Navidad, ni asistiría a fiestas y representaciones con ella.

¡Al parecer tendría que volver a su propia casa con su madre amantísima y su idolatrada institutriz!

Capítulo 15

UNA TARDE TERRIBLE

Era el día anterior a los exámenes. Algunas niñas estudiaban de firme, sintiéndose bastante culpables por no haber prestado demasiada atención al estudio como debieron haber hecho. Betty Hill estaba encorvada sobre sus libros y Gwendoline lo mismo. Y, como de costumbre, la pobre Elena tenía la nariz entre las páginas del libro, tratando de asimilar en breve tiempo lo que sólo podía aprenderse despacio y en paz.

La señorita Parker estaba muy preocupada por Elena. La niña prestaba gran atención en clase, y no obstante su trabajo era mediocre. La señorita Parker sabía que no era por falta de voluntad. Supuso que Elena no debía estar todavía repuesta del todo después de su enfermedad.

Elena sabía que las preguntas de los exámenes estaban preparadas. Había oído hablar de ello a la señorita Parker. Y en cuanto a *Mademoiselle*, con su acostumbrado buen humor, blandiendo el papel delante de la clase, exclamó: «¡Ah!, os gustaría saber lo que os he preparado, ¿verdad? ¡Os gustaría saber cuáles son estas difíciles preguntas! Pues la primera es...».

Pero no dijo cuál era, y la clase rió. De todas formas, *Mademoiselle* Dupont nunca era tan exigente como *Mademoiselle* Rougier, que ponía las preguntas más difíciles y esperaba que fuesen contestadas a la perfección... y gruñía y se lamentaba porque casi todas las niñas no alcanzaran notas altas.

Aquél día era la última oportunidad que le quedaba a Elena para ver los papeles. ¡Si aquella pesada de Alicia no estuviera siempre en todas partes! Se le ocurrió la idea de que tal vez Alicia la estuviera espiando... pero la descartó en el acto. ¿Por qué iba a hacerlo? Nadie en el mundo, excepto ella misma, sabía que deseaba ver los papeles de los exámenes.

Aquella tarde estuvo deambulando largo tiempo por el pasillo en el que estaba la habitación de la señorita Parker. Pero no tuvo oportunidad de entrar sin ser vista. Siempre pasaba alguien. Era asombrosa la cantidad de niñas que iban y venían por aquel pasillo. Luego, por sorprendente que parezca, la única vez que el pasillo estuvo desierto fue cuando la propia señorita Parker estaba en su habitación. Estuvo allí con la señorita Potts. Elena pudo oír muy bien lo que decían. Se agachó cerca de la puerta como si se estuviera atando el zapato.

—El segundo curso no ha ido mal este año —oyó que la señorita Parker le decía a la señorita Potts—. Parece que les benefició el curso que pasaron con usted. ¡La mayor parte de ellas saben hacer uso de su cerebro, lo cual ya es algo!

—Bien, espero que hagan bien el examen —dijo la señorita Potts—. Siempre me interesan los primeros exámenes cuando pasan a segundo curso por primera vez. Después de haberlas tenido durante tres o cuatro cursos, no puedo dejar de interesarme por ellas tan rápidamente. Supongo que Alicia, Irene o Darrell serán las primeras. Todas son muy inteligentes.

—Eche un vistazo a las preguntas —dijo la señorita Parker, y Elena oyó el crujir de papeles

cuando se los entregaba a la señorita Potts. ¡Cómo hubiera deseado verlos!

Hubo un silencio mientras la señorita Potts los leía.

—Sí. Un par de ellas son algo difíciles... pero las niñas han prestado atención y deben saberlas todas muy bien. ¿Qué hay de las preguntas de francés?

—*Mademoiselle* las tiene en su habitación —repuso la señorita Parker—. Iré a llevarle éstas. Ella es la primera que coge el segundo curso a primera hora de la mañana y puede llevarse consigo los papeles.

A Elena el corazón le dio un vuelco. ¡Ahora sabía dónde iban a estar los papeles aquella noche! En la habitación de *Mademoiselle*. Y no estaba muy lejos del dormitorio. ¿Podría... se atrevería... a levantarse durante la noche para ir a verlas?

Una niña dobló la esquina y casi tira a Elena. Era Alicia.

—¡Cielos, eres tú, Elena! Estabas deambulando por aquí cuando subí... y ahora que bajo, todavía estás aquí. ¿Qué diantre estás haciendo?

—¡No es asunto tuyo! —exclamó Elena, alejándose. Fue hasta la sala común, donde se sentó. Tenía que reflexionar. ¿Se atrevería a salir a media noche y buscar los papeles? Era una cosa muy mal hecha. Pero, oh, de haber estado buena todo el curso, pudiendo trabajar como es debido, hubiese podido fácilmente ser la primera, o de las primeras. No era culpa suya estar cerca de las últimas.

De manera que permaneció sentada, pensando, razonando y tratando de convencerse a sí misma de que lo que iba a hacer no era en realidad tan malo como parecía. Iba a hacerlo para evitar una decepción a sus padres. No podía desilusionarles. ¡Pobre Elena! ¡No se paró a pensar que sus padres hubieran preferido verla honrosamente en el último puesto que con trampas en el primero!

Alicia comenzaba a estar segura de que era Elena quien había cogido el dinero. Si no, ¿por qué diantre siempre andaba husmeando por todas partes, escuchando detrás de las puertas y haciendo cosas raras? Ninguno de los portamonedas había aparecido. Ni la media corona de Belinda. Otro monedero y más dinero desaparecido tampoco habían sido hallados, y Emilia había declarado que un broche de oro en forma de barrita, que su madrina le había regalado el curso anterior, no aparecía por parte alguna.

Emilia era muy ordenada y cuidadosa y nunca perdía las cosas como Belinda o Irene. Cuando Alicia la oyó hablar de que había perdido su broche en la sala común, tomó la decisión de hablar a las demás de sus sospechas. Elena, como de costumbre, no estaba allí. «*¡Husmeando detrás de alguna puerta, supongo!*», pensó Alicia.

—Escuchad —dijo, alzando un poco la voz—. ¡Sally! Tengo algo que decir acerca de esas misteriosas desapariciones. No es que quiera acusar a nadie directamente..., pero he estado observando a alguien estos últimos días, y ha estado haciendo cosas muy raras.

Todas la miraron con sorpresa. Sally miró a su alrededor.

—¿Estamos todas aquí? —preguntó—. Sí..., esperad... Elena no está. Iré a buscarla.

—No, no vayas —exclamó Alicia—. Será mejor que no lo hagas.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sally intrigada, y luego sus ojos se agrandaron—. Oh..., quieres

decir... no, Alicia, ¡no querrás decir que es a Elena a quien has estado observando! ¿Qué es lo que ha hecho que te parece tan extraordinario y raro?

Alicia explicó cómo había estado vigilando a Elena viéndola deambular por los pasillos, al parecer en espera de que una habitación quedara vacía. Les contó cómo la había encontrado registrando el escritorio de la señorita Parker. Todas la escucharon asombradas.

—¡Nunca hubiera pensado una cosa así de ella! —exclamó Daphne, con disgusto—. ¡Eso no se hace! Nunca me ha gustado. No cabe duda de que me cogió mi monedero y el de Gwen... y el broche de Emilia, y Dios sabe cuántas cosas más.

—No debes decir eso hasta que lo hayamos probado —dijo Sally, con aspereza—. Todavía no tenemos pruebas suficientes... y sólo Alicia, al parecer, ha visto a Elena husmeando por ahí.

—Bueno —dijo Darrell de mala gana—. Sally, yo también observé algo una vez. Encontré a Elena en la habitación de la señorita Potts, rebuscando en su escritorio.

—¡Qué horror! —exclamó Daphne y Gwen le hizo eco. Jean nada dijo. Había sido la más amiga de Elena, aunque nunca llegó a apreciarla mucho..., pero le parecía que no era el tipo de niña que se convierte en ladrona. ¡Una ladrona! Qué espantoso sonaba. Jean frunció el ceño. ¡Seguro que Elena no podía serlo!

—Yo no puedo creerlo —dijo despacio, con su clara voz de escocesa—. Es una niña extraña..., pero no creo que sea ésa su rareza.

—¡Bueno, apuesto a que no te ha dado todavía su cuota de deportes! —dijo Alicia, recordando que Elena se había negado a ir a buscarla.

—Sí, me la dio la siguiente vez que se la pedí —replicó Jean.

—Sí... ¡y apuesto a que fue después de que desapareciera uno de los monederos! —exclamó Betty.

Jean guardó silencio. Sí, era cierto. Elena no le había dado su suscripción hasta que los monederos desaparecieron. Las cosas estaban muy negras para Elena.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Darrell desorientada—, Sally, tú eres la jefa de clase. ¿Qué piensas hacer?

—Tengo que reflexionarlo —fue la respuesta de Sally—. No puedo decidirlo en este preciso momento.

—¡No hay nada que decidir! —exclamó Alicia, con rencor en su voz—. Ella es la ladrona. ¡Bueno, encárate con ella y hazla confesar! ¡Si no lo haces tú, lo haré yo!

—No, no debes hacerlo —exclamó Sally, al punto—. Verás, ninguna de nosotras tiene pruebas auténticas... y es una cosa muy mala y malvada acusar a nadie sin pruebas definitivas. No debes decir ni una palabra, Alicia. Como jefa de clase, te lo prohíbo.

Los ojos de Alicia brillaron maliciosamente.

—¡Veremos! —exclamó, y en aquel preciso momento, ¿quién dirías que entró en la habitación, sino Elena? Percibió el ambiente hostil y miró a su alrededor, semiangustiada.

Las niñas la observaron en silencio, bastante sobresaltadas por su repentina aparición. Luego Sally se puso a hablar con Darrell y Jean con Emilia, pero Alicia no iba a cambiar de tema ni a obedecer a Sally tampoco.

—Elena —dijo con voz alta y clara—. ¿Qué buscas cuando andas husmeando por las habitaciones vacías y registrando escritorios?

Elena se puso pálida. Permaneció completamente inmóvil con los ojos fijos en Alicia.

—¿Qué... qué quieres decir? —tartamudeó al fin. ¡No era posible que nadie hubiese adivinado que estaba buscando los papeles de los exámenes!

—¡Cállate, Alicia! —le dijo Sally, autoritaria—. Ya sabes lo que te he dicho.

Alicia no le hizo caso.

—Sabes muy bien lo que quiero decir, ¿no es cierto? —dijo a Elena con voz dura—. Tú sabes lo que te llevas cuando entras sigilosamente en una habitación vacía, y registras escritorios, armarios y cajones, ¿no?

—¡Nunca he cogido nada! —exclamó Elena con expresión de animal acorralado—. ¿Qué pensáis que iba a llevarme?

—Oh..., quizá monederos con dinero... o uno o dos broches de oro —prosiguió Alicia—. Vamos..., confiesa, Elena. Todo te acusa, así que, ¿por qué negarlo?

Elena las miraba como si no pudiese dar crédito a sus oídos. Fue mirando una por una a todas las niñas que guardaban silencio. Algunas no pudieron sostener su mirada. Mary-Lou estaba llorando porque odiaba las escenas como aquella. Sally contemplaba enojada y desarmada a Alicia. De nada serviría poner fin a aquel estado de cosas. Habían ido demasiado lejos. ¿Cómo se atrevía Alicia a desafiarla de aquel modo!

Darrell también estaba enojada, pero su enojo estaba dirigido en parte a Elena, a quien también consideraba culpable a todas luces. Le contrariaba que Alicia hubiera desafiado a Sally, la jefa de la clase, pero después de todo..., si Elena era culpable, ¿no era acaso mejor aclararlo todo inmediatamente?

—¿Queréis decir que creéis que... yo he estado robando vuestras cosas? —preguntó Elena al fin con un gran esfuerzo—. ¡No podéis pensar eso!

—Lo creemos —repuso Alicia, muy seria—. ¿Qué otra cosa puedes estar buscando si no? ¿Y por qué registraste el escritorio de la señorita Parker? ¿Puedes explicarnos eso?

No. Elena no podía. ¿Cómo iba a decir que buscaba los papeles de los exámenes porque quería copiarlos? Oh. ¡Si se empieza a hacer algo malo, luego no tiene fin! Se cubrió el rostro con las manos.

—No puedo decir nada —dijo y las lágrimas humedecieron sus dedos—. Pero yo no he cogido vuestras cosas. Yo no he sido.

—Fuiste «tú» —replicó Alicia—. Eres una cobarde además de ladrona. ¡No eres capaz de confesar tu falta y devolver las cosas!

Elena salió tambaleándose de la habitación, y la puerta se cerró tras ella. Mary-Lou lanzó un sollozo de pena.

—¡Me da lástima! —exclamó—. ¡No puedo remediarlo! ¡La compadezco!

Capítulo 16

A MEDIANOCHE

Hubo un silencio sólo interrumpido por los sollozos de Mary-Lou. La mayor parte de las niñas estaban disgustadas y horrorizadas. Alicia parecía bastante satisfecha de sí misma; en cambio, Sally tenía los labios apretados y estaba furiosa. Alicia la miró, sonriendo maliciosamente.

—Siento haberte disgustado, Sally —dijo—. Pero ya era hora de que acabásemos con Elena. Como jefa de la clase, tú deberías haberlo hecho, ¡pero me lo dejaste a mí!

—¡No es cierto! —exclamó Sally—. Te prohibí que dijeras nada. No debieras haber acusado a Elena..., sé que no tenemos derecho hasta encontrar pruebas. Y deseaba reflexionar para ver cuál era el mejor modo de hacerlo... ¡y no delante de todo el mundo, eso desde luego!

Darrell comprendió que Sally tenía razón. Hubiera sido mejor aguardar un poco, pensarlo, y luego tal vez Sally hubiese hablado a solas con Elena. ¡Ahora la carne estaba en el asador! Todo el mundo lo sabía. ¿Qué haría Elena?

—Bueno, todo lo que puedo decir es que le agradezco a Alicia que sacara a relucir el asunto —dijo Daphne, sacudiendo los bucles que le caían sobre la frente—. Tal vez ahora nuestras cosas estén más seguras.

—Deberas ser leal a Sally, no a Alicia —exclamó Darrell.

—No discutamos más —intervino Sally—. Ahora ya está hecho, por más que nos pese. Ahí suena la campana de la cena. Bajemos en seguida, por amor de Dios.

Bajaron muy formales para sentarse a la mesa. Elena no estaba allí. Jean preguntó por ella.

—¿Quiere que vaya a buscarla, señorita Parker? —consultó Jean.

—No. Tenía uno de sus dolores de cabeza y se ha acostado temprano —dijo la señorita Parker. Las niñas intercambiaron miradas. De modo que Elena ni siquiera era capaz de enfrentarse con ellas aquella noche.

—Conciencia culpable —dijo Alicia a Betty con voz lo suficiente alta para que lo oyera Darrell y Sally.

Elena estaba en la cama cuando subieron a acostarse. Estaba de lado, con la cara contra la almohada, completamente inmóvil.

—Finge estar dormida —dijo Alicia.

—Cállate —exclamó Jean, inesperadamente en voz baja—. ¡Ya has hecho bastante, Alicia Johns! No queremos más jaleo por esta noche. Sujeta tu lengua.

Alicia, sorprendida, se quedó mirando a Jean de hito en hito. Jean sostuvo su mirada, y Alicia no dijo más. Pronto las niñas estuvieron en sus camas y se apagaron las luces. Todas dejaron de hablar en seguida. Sally había insistido mucho para que respetasen las reglas, y las niñas la obedecieron.

Una por una fueron quedándose dormidas. Daphne fue una de las últimas en dormirse, pero

mucho después de que ella se durmiese, alguien permanecía despierta. Era Elena, naturalmente.

Se había ido pronto a la cama por tres razones. Una era que de verdad tenía «*uno de sus dolores de cabeza*». Otra, que no deseaba enfrentarse con las niñas después de oír sus frases acusadoras. Y la tercera, que deseaba pensar.

Apenas pudo dar crédito a sus oídos cuando las niñas la acusaron tan injustamente. Elena no había cogido nada. Era perfectamente honrada en este sentido, por mucho que hubiera decidido copiar el examen. ¡Una ladrona! Alicia la llamó así delante de todas. No era justo. ¡Era cruel e injusto!

Pero ¿era del todo injusto? Al fin y al cabo, las niñas, dos de ellas por lo menos, la habían visto espiando, revolviendo el escritorio de la señorita Parker y también el de la señorita Potts. Debió parecerles un comportamiento poco honesto... y sí lo era, aunque no en el sentido en que la acusaban.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo es que me porto así? ¿Cómo puedo ser tan rastrera y hacer cosas tan horribles? —exclamó Elena en su interior—. ¿Qué pensaría mamá de mí? Pero, oh, mamá, es por ti y por papá por lo que quiero quedar bien. No es por mí. Seguramente no estará tan mal que quiera copiar para dar satisfacción a mis padres, y no por mí».

«Está mal hecho —le decía su conciencia—. ¡Tú lo sabes! ¡Mira a cuántas tonterías te ha conducido! Has sido acusada de algo terrible..., todo porque estabas intentando hacer algo malo, que ni siquiera has hecho».

«No copiaré. No pensaré más en eso —decidió Elena, de pronto—. Haré mal los exámenes y le explicaré el porqué a mi padre. ¡Lo haré, lo haré!».

Luego subieron las niñas y oyó el comentario de Alicia. «*Finge estar dormida*». Y como un relámpago, recordó sus acusaciones, sus palabras llenas de rencor, y también que todas las niñas parecían estar contra ella creyéndola perversa y malvada.

El furor la invadió. ¿Cómo se atrevían a acusarla equivocadamente sin ninguna prueba real? Todas la consideraban mala, y nada podría convencerlas de lo contrario, estaba segura. ¡Muy bien, entonces «sería» mala! «¡Copiaría!». Bajaría a medianoche a buscar esos papeles. Sabía dónde estaban... en la habitación de *Mademoiselle*.

Elena permaneció tendida en la oscuridad, dando vueltas y más vueltas en su imaginación a lo ocurrido. Ahora se sentía obstinada y desafiante. Las niñas le habían puesto la etiqueta de «*mala*», pues lo «*sería*». ¡Y ahora disfrutaría siéndolo! Leería los papeles de los exámenes, y luego estudiaría las respuestas, y cuál sería la sorpresa de todas al ver que era la primera en puntuación máxima. ¡Eso les haría despertar!

No tuvo la menor dificultad en permanecer despierta hasta asegurarse de que las profesoras se habían acostado. Sus ojos miraban fijamente ante sí en la oscuridad, y le ardían las sienes. Apretó los puños al recordar el rostro lleno de rencor de Alicia.

Al fin creyó llegado el momento oportuno para levantarse. Se sentó en la cama mirando a su alrededor. La luna estaba muy alta y un rayo rompía la oscuridad de la habitación. No había el menor movimiento, y sólo pudo oír la acompasada respiración de las otras niñas. Bajó de la cama y, tras ponerse sus zapatillas, se envolvió en su bata. El corazón le latía dolorosamente.

Al salir sigilosamente de la habitación, tropezó con una de las camas y contuvo el aliento por si acaso hubiera despertado a la niña que allí dormía, pero no se movió siquiera.

Echó a andar por el pasillo iluminado por la luna, y bajó con cuidado la escalera hasta el despacho de *Mademoiselle*, el que compartía con la señorita Potts. Estaba a oscuras. *Mademoiselle* había ido a acostarse hacía rato.

Elena fue hasta la ventana para asegurarse de que las cortinas estaban bien cerradas. No quería que nadie viera ni siquiera una rendija iluminada allí, a aquellas horas de la noche. Las cortinas eran espesas y taparon la luz de la luna. Entonces cerró la puerta y encendió la luz eléctrica.

Se acercó al escritorio. Estaba tan desordenado como de costumbre, ya que *Mademoiselle* Dupont, al revés que *Mademoiselle* Rougier, no era capaz de tener en orden sus libros y sus papeles. Elena comenzó a examinar los papeles que había encima del escritorio.

Los revisó dos veces. ¡Los papeles de los exámenes no estaban allí! El corazón se le paralizó. ¡Tenían que estar! Puede que los encontrase «dentro» del cajón. Ojalá no estuviese cerrado. Había visto que *Mademoiselle* lo cerraba con llave algunas veces.

Probó de abrirlo. Sí... «estaba» cerrado con llave. ¡Qué mala suerte! ¡*Mademoiselle* debió encerrar los papeles de los exámenes! Elena se sentó, pues le temblaban las rodillas de la emoción. Luego sus ojos repararon en una llave que estaba en la bandejita de los lápices y la cogió. La introdujo en la cerradura del escritorio... ¡y el cajón se abrió! ¡Era muy propio de *Mademoiselle* cerrar cuidadosamente con llave el escritorio y luego dejar la llave en la bandejita de los lápices!

Con manos temblorosas, Elena fue revisando todos los papeles que allí había. En un rincón, cuidadosamente sujetos por una goma, tal como los dejara la señorita Parker, estaban los papeles de los exámenes del segundo curso.

Elena los cogió con un suspiro de alivio. Iba ya a leerlos con atención cuando oyó un ruido. ¡El corazón casi se le paraliza! En un abrir y cerrar de ojos fue hasta la puerta y apagó la luz. Luego volvió a cerrar el escritorio sin hacer ningún ruido, y fue de nuevo hasta la puerta para escuchar.

El ruido volvió a oírse. ¿Qué sería? ¿Alguien que andaba? De ser así, debía tener cuidado. Introdujo los papeles en el gran bolsillo de su bata y los sujetó con la mano. Era mejor que saliera de la habitación de *Mademoiselle* cuanto antes, porque si alguien la encontrase allí, iba a verse en un serio apuro.

Arriba, en el dormitorio, en cuanto Elena hubo salido, Darrell se despertó. Elena había tropezado con su cama y eso la hizo despertarse, aunque no de inmediato. Se sentó en la cama medio minuto después de que Elena saliese de la habitación, preguntándose qué la habría despertado.

Iba a acostarse de nuevo, cuando reparó en la cama vacía de Elena. La luna la iluminaba de pleno y no se veía bulto alguno que indicase que Elena estaba tendida durmiendo. ¡Estaba lisa y vacía!

Darrell contempló fijamente la cama vacía. ¿Dónde estaría Elena? ¿Enferma otra vez? ¿O... estaría husmeando de nuevo para ver si encontraba algo de valor?

Darrell miró hacia donde estaba Sally. Debía avisar a Sally y dejar que ella lo arreglase. Alicia

ya se había entrometido bastante, y ella, Darrell, debía dejar que Sally decidiera lo que debía hacerse respecto a la cama vacía, si Elena no regresaba rápidamente.

Elena no regresó. Darrell estuvo aguardando impaciente algunos minutos, y luego decidió ir a buscarla. No despertaría a Sally. Estaba llena de curiosidad y deseaba encontrar a Elena ella misma. ¡Era algo que resultaba emocionante a medianoche!

Se puso la bata y las zapatillas y salió de la habitación pisando sin hacer ruido. En el pasillo, se detuvo a escuchar. No se oía nada.

Recorrió el pasillo hasta llegar a la escalera. Tal vez Elena estuviera registrando los pupitres de la clase de segundo... o incluso los de primero. Fue bajando la escalera sin hacer ruido, y llegó a la clase de primero, que tenía la puerta cerrada. Darrell la abrió. La habitación estaba a oscuras y cerró la puerta produciendo un ligero chasquido.

Luego se dirigió a la clase de segundo y abrió la puerta. Creyó oír algo y encendió la luz a toda prisa. No vio a nadie. Volvió a apagar la luz, y cuando ya iba a salir de la estancia, oyó ruido. Encendió la luz otra vez a toda prisa... y entonces, en el armario le pareció notar un movimiento... como si alguien hubiese cerrado la puerta rápidamente.

A Darrell le dio un vuelco el corazón. ¿Estaría allí Elena? ¿U otra persona? No le gustaría nada que fuese un ladrón... pero debía ser Elena. Había abandonado su cama y no se la veía por parte alguna. Debía estar allí, escondida en el armario.

Darrell fue hasta el armario, abriendo la puerta con un movimiento enérgico. ¡Se abrió... y allí, acurrucada en el armario, asustada y temblorosa, estaba Elena! Al oír acercarse a Darrell, había salido del despacho de *Mademoiselle* hacia la clase de segundo, y se había escondido en el armario, donde permaneció quieta como si fuera un ratón. Darrell la miró sorprendida.

—¡Sal de ahí! —le dijo—. ¡Qué mala eres, Elena! ¿Has estado robando otra vez?

—No —replicó Elena, obedeciendo. Sujetaba con la mano los papeles que ocultaba en el bolsillo y Darrell observó el gesto.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó—. ¡Enséñamelo! ¡De prisa! Tú escondes algo.

—¡No! ¡No! —exclamó Elena, olvidándose incluso de hablar en voz baja. Darrell quiso arrebatarse lo que llevaba en el bolsillo, y Elena, temerosa, quiso apartar a Darrell con la otra mano, alcanzándola en el rostro.

¡Entonces Darrell perdió los estribos! ¡Abalanzándose sobre Elena, la sacudió con violencia y le propinó un fuerte bofetón en el rostro! Elena cayó contra las patas de un pupitre, arrastrando a Darrell. Se debatió y Darrell la sacudió a su gusto.

—¡Niña perversa! —le gritó—. ¡Salir a robar! ¡Dame lo que has robado!

De pronto, Elena dejó de resistirse. Ya no podía luchar más. Darrell pudo levantarla y sacarle la mano del bolsillo. Extrajo los papeles con rudeza. La goma se rompió y se esparcieron por el suelo. Elena se cubrió el rostro, sollozando ruidosamente.

Darrell miró los papeles y cogió uno o dos.

—Así que también haces trampas, ¿eh? —le dijo con voz llena de rencor—. ¡Los papeles de los exámenes de mañana! Elena Wilson, ¿qué clase de niña eres tú? ¡Una ladrona y una tramposa! ¿Cómo te has atrevido a venir a *Torres de Malory*?

—¡Oh, devuelve los papeles y no dejes que lo sepa nadie! —sollozó Elena—. ¡Oh, no se lo digas a nadie!

—Desde luego que devolveré los papeles —dijo Darrell, en tono grave—. Pero en cuanto que no se lo diga a nadie..., ¡eso es absurdo!

Arrastró a Elena hasta la puerta.

—¿Dónde encontraste los papeles? ¿En el escritorio de *Mademoiselle*? Entonces los llevaremos allí.

Los dejó donde estaban con dedos temblorosos, y Elena volvió a cerrar el escritorio. Luego subieron al dormitorio. Todas las niñas seguían durmiendo.

—Mañana —dijo Darrell— se lo diré a Sally, Elena. Y ella decidirá lo que debe hacerse contigo. Espero que te expulsen del colegio. ¡Ahora vete a la cama y procura dormir!

Capítulo 17

RUMORES Y COMENTARIOS

Nadie oyó regresar a las dos niñas. Ninguna adivinó que Darrell y Elena habían abandonado sus camas y regresado otra vez. Darrell, furiosa y excitada, permaneció despierta durante algún tiempo, dudando si despertar o no a Sally y contarle lo ocurrido.

—No, no lo haré —decidió de mala gana—. Despertaría también a las demás, y debo decírselo a solas.

De pronto, se quedó dormida y con la fatiga de la excitación, durmió profundamente, pero Elena no pudo dormir en absoluto. Esto no era nuevo para ella. La mayor parte de las noches no conciliaba el sueño hasta primeras horas de la mañana. Ahora, tendida sobre la cama, permanecía aturdida por todos los acontecimientos de aquella noche. Pero poco a poco dejó de pensar en ello, ya que se vio invadida por una nueva preocupación. ¡Le dolía la cabeza como si le fuese a estallar! Le daba la impresión de que en su interior golpeaban martillos ardientes, y se asustó mucho.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Se iba a volver loca? ¿Por qué se sentía así? Permaneció completamente inmóvil con los ojos cerrados esperando que el dolor fuese cesando. Pero no. Cada vez era peor.

Al final era tan intenso que comenzó a gemir quedamente. Acudió a su mente la imagen del ama tan amable y reconfortante. ¡El ama! El ama fue amable con ella en la enfermería. También lo sería ahora. Elena pensaba que si pudiera percibir un poco de amabilidad, iba a sentirse mejor.

Se incorporó dolorosamente mientras la cabeza le daba vueltas. Ahora la luna iluminaba el dormitorio de pleno. Pudo ver todas las camas blancas con sus edredones pulcramente colocados. Y las niñas durmiendo en distintas posiciones.

Elena bajó de la cama muy despacio, porque cualquier movimiento rápido hacía insoportable su dolor de cabeza. Olvidando su bata y sus zapatillas, se dirigió hacia la puerta como una sonámbula. Salió del dormitorio como un pequeño fantasma en pijama.

No pudo recordar jamás cómo encontró el camino de la habitación del ama. Pero el ama se despertó de pronto al oír que llamaban quedamente a la puerta de su dormitorio.

—¡Adelante! —exclamó—. ¿Quién es? —encendió la luz, pero no entró nadie, aunque seguían llamando sin interrupción. El ama estaba intrigada y un tanto alarmada.

—¡Adelante! —volvió a decir, pero como nadie entrara, saltó de la cama y fue hasta la puerta, cubierta su voluminosa figura por el camisón de dormir. Abrió la puerta... y allí estaba la pobre Elena cayéndose como un sauce llorón, con la mano en alto, como si todavía estuviese llamando a la puerta.

—¡Elena! ¿Qué te ocurre, chiquilla? ¿Estás enferma? —exclamó el ama, ayudándola a entrar en su habitación.

—Mi cabeza —dijo Elena, en un susurro fatigado—. Me estalla, ama.

El ama no tardó mucho en remediar a Elena. Viendo que la niña sufría intensamente y que apenas podía abrir los ojos, la acostó en la cama tibia y cómoda que había en una pequeña habitación contigua a la suya. Le dio una medicina y una bebida templada, y colocó una botella de agua caliente a su lado. La trató con amabilidad, hablándole en voz baja para no lastimar su dolorida cabeza.

—Y ahora, a dormir —le dijo—. Y por la mañana te sentirás mejor.

Elena se quedó dormida, y el ama permaneció al lado de su cama, contemplándola intrigada. A aquella niña le ocurría algo. Tenía alguna preocupación secreta, y lo mismo le ocurría cuando estuvo en la enfermería. Tal vez fuese mejor que fuera a su casa una temporada.

Por la mañana, Darrell se despertó con las demás al sonar la campana. Se sentó en la cama, recordando las emociones de la noche anterior, y buscó a Sally con la mirada. Debía hablarle a solas.

En aquel momento, Sally lanzó una exclamación:

—¿Dónde está Elena? ¡Su cama está vacía!

Todas miraron la cama vacía de Elena.

—Tal vez se haya levantado temprano —sugirió Emilia—. Ya la veremos a la hora del desayuno.

Darrell estaba un poco preocupada. ¿Habría madrugado Elena? ¿Dónde estaba?

Elena no fue a desayunar, por supuesto. Las niñas miraron su sitio vacío y Darrell se sintió inquieta. ¡No podía ser que Elena hubiera huido en la noche para no regresar! *Mademoiselle* era la encargada de desayunar con ellas aquel día y Darrell fue a hablarle.

—¿Dónde está Elena, *Mademoiselle*?

—No va a desayunar —repuso *Mademoiselle* que no sabía más que eso. La señorita Parker se lo había dicho apresuradamente al cruzarse en el pasillo—. No sé por qué. Puede que esté enferma.

Ahora Alicia también empezó a ponerse nerviosa. Recordaba cómo había acusado a Elena el día anterior. ¿Dónde «*estaba*» Elena? También ella comenzó a preguntarse si la niña se habría marchado a su casa. Comió en silencio.

Las próximas noticias se las dio una alumna de primer curso, Katie, que había oído hablar a la señorita Parker con la señorita Potts, y pudo pescar algunas palabras.

—¡Escuchad! ¿Qué ocurre con Elena Wilson? —les preguntó—. ¡Oí cómo *Pinocho* le decía a *Potty* que iba a enviarla a casa! ¿Qué ha hecho?

¡Enviarla a casa! Las de segundo se miraron, unas a otras. ¿Significaba que las profesoras habían sabido lo de Elena? ¿Habrían descubierto tal vez que robaba? ¡E iban a expulsarla! ¡Dios santo!

—O bien la ha sorprendido una de las profesoras, o bien ha confesado —dijo Alicia al fin—. Será mejor que no digamos nada de lo que sabemos. No acredita al colegio precisamente. Supongo que todo se llevará en secreto.

—¿Quieres decir que tú crees realmente que Elena es expulsada en secreto... porque robó esas cosas? —exclamó Daphne, poniéndose pálida de repente—. ¡Seguro que no!

—Ya lo creo que sí —replicó Betty con tanto rencor en su voz que Daphne la miró sobresaltada—. ¡Y bien hecho está! ¡Mira que tener una niña así, como ella, en *Torres de Malory*!

Darrell estaba asombrada por el giro que habían tomado las cosas. Ahora no sabía si dar cuenta o no de los acontecimientos de la noche anterior. Si iban a enviar a su casa a Elena por robar, no había por qué decir a nadie que ella, Darrell, la había sorprendido cogiendo los papeles de los exámenes para mirarlos antes de la prueba. Porque era seguro que Elena no se examinaría ahora, y ¿para qué manchar su nombre todavía más, ya que al parecer iban a echarla por desgracia?

Darrell era una niña generosa, aun con quienes consideraba sus enemigos. La noche pasada estuvo reflexionando. ¡Cierto que había castigado bastante a Elena por copiar! Sentía vergüenza al recordar cómo la había abofeteado en la cara, empujándola y haciéndola caer. Era cosa de su temperamento, otra vez, claro. Sally no hubiese hecho una cosa así. Sally hubiera tratado el asunto con calma y dignidad, haciendo que Elena le mostrase los papeles de los exámenes sin aquella rudeza y violencia que hizo que ambas niñas terminaran rodando por el suelo.

«*No sé manejar las cosas bien* —pensó Darrell, frotándose la nariz con la mano—. *¡Al final, estallaré! Tiraré de la anilla y me desharé en humo. Bueno, ¿y qué voy a hacer? ¿Decírselo a Sally o no?»*.

Decidió no hacerlo. No veía el motivo de quejarse de Elena y hacer que su situación empeorara todavía más si es que iban a enviarla a su casa. Así que Darrell sujetó su lengua, cosa que no muchas de segundo hubieran hecho en las mismas circunstancias, ya que a la mayoría les encantaba chismorrear.

No obstante, el segundo curso habló mucho de Elena. Todo el mundo parecía dar por hecho de que de un modo u otro, las profesoras habían descubierto que Elena había cogido los monederos, dinero, un broche, y posiblemente también otras cosas, y que iba a ser expulsada por ello.

Cosa curiosa, una de las niñas que pareció más afectada por esto fue Daphne.

—Pero no irán a expulsarla sin pruebas... —no cesaba de decir—. Sally, Darrell, vosotras dijisteis ayer a Alicia que no teníais pruebas reales de que Elena hubiese robado nada. ¿Qué le ocurrirá a Elena? ¿La admitirán en otro colegio?

—No lo sé. Pero no lo creo —replicó Alicia—. ¡Está acabada! ¡Y lo tiene merecido!

—No seas tan dura —intervino Jean—. No creas que yo estoy de su parte..., no es así. Pero tú siempre eres demasiado dura y despiadada, Alicia...

—Bueno, ayer tenía razón cuando acusé a Elena, ¿no es cierto? —exclamó Alicia—. ¡Fuisteis todas tan blandas que tuve que ser yo la que hablase! ¡Menos mal que lo hice!

El segundo curso decidió no decir nada de Elena a las profesoras. Si la señorita Grayling iba a expulsarla, debería querer hacerlo calladamente. De modo que cuanto menos se hablase de ello, mejor.

Así, que, ante la extrañeza de la señorita Parker, nadie preguntó por Elena.

«*Es curiosa esta falta de interés*», pensó, y tampoco ella dijo nada.

Las niñas no tenían la menor idea de si Elena se había ido a su casa, aunque alguien hizo circular el rumor de que aquella mañana se había visto un automóvil en la avenida. ¡Tal vez hubiese ido a recoger a Elena!

No era así. Fue el automóvil del doctor. Le habían llamado para que examinara a la niña, y luego habló seriamente al ama y a la señorita Grayling.

—Aquí hay algo que no entiendo. ¿Ésta niña está preocupada por algo? ¿Ocurre algo en su casa? ¿Hay alguna cosa que la inquiete en el colegio?

Ni el ama ni la directora pudieron informar al doctor. Por lo que ellas sabían, nada malo ocurría en casa de Elena, ni hubo ningún contratiempo en su curso. Llamaron a la señorita Parker y ella también dijo que por lo que ella sabía, Elena no había tenido problemas en ninguna clase, excepto alguna que otra tontería sin importancia, por retraso en sus estudios.

Cuando el doctor se hubo marchado, la señorita Grayling le dijo en tono amable:

—Hemos pensado, Elena, que debieras irte a tu casa cuando te encuentres mejor. Ahora sería el lugar mejor para ti.

Le sorprendió la reacción de Elena ante su sugerencia. La niña se sentó mesándose los cabellos con desesperación.

—¡Oh, no, señorita Grayling! ¡No me expulse! ¡Por favor, no lo haga!

—¡Expulsarte! —exclamó la directora con asombro—. ¿Qué quieres decir?

Elena había estallado en sollozos y el ama acudió presurosa, haciendo señales a la señorita Grayling para que se marchara.

—No debe excitarse en ningún sentido —le susurró—. Lo siento, señorita Grayling, pero creo que será mejor que se marche. Yo me ocuparé de ella ahora.

La señorita Grayling salió en silencio de la habitación, muy intrigada. ¿Por qué pensaba Elena que iban a expulsarla? Allí había algo que era preciso investigar.

Elena tardó largo rato en calmarse. Pensó realmente que la sugerencia de la señorita Grayling para enviarla a su casa significaba que iban a sacarla de *Torres de Malory*... , expulsada vergonzosamente. Tal vez Darrell le había contado que quiso copiar... o puede que Alicia le hubiera dicho que todas creían que había estado robando, y la señorita Grayling hubiese decidido expulsarla por eso. Elena lo ignoraba. Comenzó a preocuparse de nuevo, y el ama se alarmó al ver la rápida subida de su temperatura.

Algunas niñas de segundo curso estaban inquietas pensando que Elena pudiera ya haber sido expulsada y enviada a su casa sin siquiera despedirse. Mary-Lou era la que estaba más preocupada. Elena no le gustaba mucho, pero le daba pena. Durante el recreo, habló de ello con Daphne.

—Daphne, ¿no es terrible? ¿Qué dirá a sus padres la pobre Elena cuando llegue a su casa? ¿Tú crees que tendrá que decirles ella misma que la han echado por robar?

—¡No! —exclamó Daphne—. No hablemos de eso, Mary-Lou. Mira, tenemos diez minutos, ¿no? Tengo que enviar un paquete muy importante esta mañana y no consigo encontrar un cordel por ninguna parte. Sé buena y consígueme un poco. Yo tengo el papel marrón.

Mary-Lou obedeció al instante, preguntándose qué contendría aquel paquete tan importante. No encontraba cordel. Era sorprendente que aquella mañana no se encontrase ni un centímetro de cordel. Cuando al fin regresó junto a Daphne, sonaba la campana para la clase siguiente.

—¿No has encontrado cordel? —exclamó Daphne, decepcionada—. ¡Oh, qué contratiempo!

Bueno, veré de encontrarlo después de las clases de la mañana, y esta tarde iré a echarlo al correo. Tengo media hora entre clase y clase, porque mi profesora de música no está aquí hoy.

—¿Tan importante es? —preguntó Mary-Lou—. Si quieres, puedo llevarlo yo.

—No. Tú no conseguirías ya volver a tiempo —repuso Daphne—. Es muy largo el camino por el interior. ¡Podrías hacerlo por la carretera de la costa, pero hoy vuelve a soplar una galerna que te tumbaría! Yo iré esta tarde entre las dos clases.

Pero no pudo salir con su «*importante paquete*», fuera lo que fuese, porque apareció la profesora de música y Daphne tuvo que ir a dar su lección. Dejó el paquete encima de su pupitre.

—¡Oh, qué lástima! —dijo a la hora de la merienda a Gwen y Mary-Lou—. Deseaba tanto llevar mi paquete a correos... y al fin y al cabo he tenido que dar mi clase de música... y ahora, después de merendar, debo ir con la señorita Parker para dar una clase atrasada, y después hay ensayo de esa estúpida comedia francesa.

—¿Tan urgente es el paquete? —preguntó Gwen—. ¿Es para el cumpleaños de alguien?

Daphne vaciló.

—Sí —dijo al fin—. Eso es. ¡Y si no sale hoy, no llegará a tiempo!

—Bueno, pues tendrás que enviarlo mañana —le dijo Gwen.

Mary-Lou observó el rostro preocupado de Daphne. ¡Qué lástima que ella no pudiera llevárselo! Siempre le agradaba hacer cosas para Daphne, y conseguir a cambio aquella encantadora sonrisa suya.

Comenzó a pensar cómo hacerlo.

«*Yo estoy libre a las siete, después del estudio —pensó—. Tengo una media hora hasta la hora de cenar. No conseguiré ir y volver en ese tiempo si voy por la carretera del interior..., pero puedo hacerlo por la costa. ¿Me atreveré... en la oscuridad y con esta lluvia?*».

Lo estuvo pensando durante las clases de la tarde.

«*La gente no da importancia a lo que hace por sus amigas —pensó—. Se atreven a todo. Daphne estaría muy contenta si yo voy a correos a llevar el paquete. Qué interés tiene en que salga hoy. Es muy de ella. Bueno..., si no está muy oscuro, iré a llevársela esta noche. No debo decírselo a nadie porque es contrario al reglamento. ¡Si Sally lo supiera, me lo prohibiría!*». De modo que la tímida Mary-Lou planeaba algo que ni siquiera las mayores se atrevían a hacer en una noche oscura y ventosa..., tomar el camino del acantilado mientras una galerna endemoniada soplaba a su alrededor.

Capítulo 18

MARY-LOU

Después de la hora de estudio de aquella noche, Mary-Lou volvió a la clase de segundo, que ahora estaba vacía, a excepción de Gwendoline, que la estaba ordenando.

Mary-Lou fue hasta el pupitre de Daphne, y Gwendoline la miró con envidia.

—¿Qué es lo que buscas en el pupitre de Daphne? Yo puedo llevarle cualquier cosa que haya olvidado. Ojalá no fueras tanto detrás de ella, Mary-Lou.

—No lo hago —replicó Mary-Lou, abriendo la tapa del pupitre para coger el paquete, ahora cuidadosamente envuelto y atado con un cordel—. Voy a llevar esto al correo para Daphne. Pero no vayas a delatarme, Gwen. Sé que es contrario al reglamento.

Gwendoline miró a Mary-Lou, sorprendida.

—¡«Tú», quebrantando el reglamento! —dijo—. No creo que lo hayas hecho nunca. Estás loca si crees que puedes ir y volver a correos y llegar a tiempo.

—Lo haré. Voy a ir por el camino de la costa —dijo Mary-Lou con valentía, aunque el corazón le dio un vuelco al decirlo—. Por esa carretera sólo se tardan diez minutos en ir y volver.

—¡Mary-Lou! ¡Debes estar loca! —exclamó Gwendoline—. Sopla una fuerte galerna y está oscuro como boca de lobo. Es seguro que te tira por el acantilado.

—No —repuso Mary-Lou con entereza, aunque en su interior desfallecía—. Y de todas formas, es sólo un pequeño favor que le hago a una amiga. Sé que Daphne tiene interés en que este paquete salga hoy.

—Daphne no es amiga tuya —repitió Gwendoline mientras le invadía una oleada de celos.

—Sí lo es —dijo Mary-Lou, con tanta seguridad que Gwendoline se molestó.

—¡Bebé! —exclamó Gwendoline, con rencor—. Eres demasiado tonta incluso para ver que Daphne sólo te utiliza porque puedes ayudarla en francés. Ésa es la única razón por la que consiente que revolotees a su alrededor. Ella me lo ha dicho.

Mary-Lou se quedó mirando a Gwendoline con el paquete en la mano. De pronto se sintió muy desgraciada.

—No es cierto —dijo—. Te lo inventas.

—¡«Es cierto!» —insistió Gwendoline, con amargura—. *Te aseguro que Daphne me lo ha dicho montones de veces. ¡Cómo si una niña como Daphne iba a necesitar a un ratoncillo como tú! Tú eres útil, eso es todo, ¡y si no fueses tan engreída lo sabrías sin necesidad de que te lo dijeran!»*.

Mary-Lou comprendió que debía ser verdad. Gwendoline no aseguraría una cosa así si no lo fuera. Levantó el paquete con brazos temblorosos y se volvió para marcharse.

—¡Mary-Lou! ¡No me irás a decir que vas a molestarme en llevar el paquete después de lo que te he dicho! —exclamó Gwendoline, sorprendida—. No seas tonta.

—Voy a llevarlo por Daphne, porque soy su amiga —repuso Mary-Lou, con voz temblorosa—.

Puede que ella no lo sea mía, pero yo sí lo soy suya y quiero hacerle un favor.

«¡*Testaruda estúpida!*», pensó Gwendoline para sus adentros, y empezó a colocar los libros en los estantes con estrépito, y a levantar nubes de polvo con el borrador de la pizarra.

No le diría a Daphne que Mary-Lou había ido de noche a llevarle el paquete. Estaba avergonzada de haber hablado tanto. Puede que a Daphne no le gustase, pero al fin y al cabo era casi final de curso y ya no había oportunidad de que Mary-Lou ayudase a Daphne. Probablemente se alegraría de librarse de Mary-Lou cuando ya no la necesitase más que para que le hiciese los ejercicios de francés.

Llegaron las siete y media y sonó la campana de la cena. Las niñas fueron saliendo de las distintas clases y bajaron charlando hacia el comedor.

—¡Ooooh! ¡Ésta noche café, para variar! ¡Y bollos de crema, panecillos y compota!

Todas se sentaron y se sirvieron, mientras la señorita Parker iba escanciando grandes tazas de café. Miró a su alrededor.

—¡Dos sillas vacías! ¿Quién falta? Oh, Elena, naturalmente. ¿Quién es la otra?

—Mary-Lou —repuso Sally—. La vi después del estudio. Vendrá en seguida, señorita Parker.

Pero pasaron cinco, diez minutos y no había ni rastro de Mary-Lou. La señorita Parker, ante el retraso, frunció el ceño.

—Seguro que no ha oído la campana. Mira si puedes encontrarla, Sally.

Sally salió a toda prisa y, al volver, informó que Mary-Lou no aparecía por ninguna parte. Por aquel entonces Gwendoline estaba en un gran dilema. Ella, sólo ella, sabía dónde estaba Mary-Lou. Si lo decía, iba a poner a la niña en un grave aprieto. ¿Volvería pronto? ¿Puede que hubiese tenido que esperar en correos!

De pronto, recordó algo. ¡Correos cerraba a las siete! Sería inútil que Mary-Lou llevase el paquete allí porque estaría cerrado. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Entonces, qué le había ocurrido a Mary-Lou?

Una mano helada pareció apretar el corazón de Gwendoline, y casi se apagó su respiración. ¿Y si... y si el viento hubiera arrojado a Mary-Lou por el acantilado? ¿Y si ahora estuviera caída entre las rocas, muerta, o gravemente herida?

La idea era tan terrible que Gwendoline no pudo pasar el pedazo de bollo que tenía en la boca y casi se atraganta.

Daphne le dio unos golpecitos en la espalda. Gwendoline le habló en voz baja y apremiante.

—¡Daphne! Debo decirte algo urgente en cuanto acabemos de cenar. Ven a uno de los salones de música donde estemos solas.

Daphne, alarmada, hizo un gesto de asentimiento. Cuando hubo terminado la cena, dirigiéndose a uno de los saloncitos de música que estaba desierto, y encendió la luz.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Gwendoline—. Pareces un fantasma.

—Es Mary-Lou. Yo sé adonde ha ido —dijo Gwendoline.

—Bueno, ¿entonces por qué delante no se lo dijiste a la señorita Parker? —le dijo Daphne, enojada—. ¿Qué «ocurre», Gwen?

—Daphne, Mary-Lou se llevó tu precioso paquete al correo después de las siete —explicó

Gwendoline—. Por el camino de la costa. ¿Tú crees que le habrá ocurrido algo?

Daphne lo asimiló despacio.

—¿Ha ido a llevar mi paquete a correos? «¿Por qué?». Y, además, a esta hora de la noche.

—Se puso sentimental y dijo que aunque tuviera que salir de noche y con viento, lo haría porque tú eres su amiga —explicó Gwendoline.

—¿Por qué no se lo impediste, tonta? —le preguntó Daphne.

—Lo intenté —repuso Gwendoline—. Incluso le dije que tú «no» eras amiga suya..., que sólo la utilizabas porque te ayudaba en el francés, como tantas veces me has dicho tú misma, Daphne..., ¿y no crees tú que eso detendría a cualquiera y no se lanzaría a salir en una noche oscura y de vendaval para echar al correo un estúpido paquete?

—¿Y eso no la detuvo? —dijo Daphne con un extraño tono de voz.

—No. Sólo dijo que iba a llevarlo porque ella sí era «tu» amiga —dijo Gwendoline con celos—. Dijo que tú tal vez no fueses amiga suya, pero ella lo era tuya, y que estaba dispuesta a hacerte cualquier favor.

Gwendoline quedó sorprendida al ver que las lágrimas empañaban los ojos de Daphne. ¡Daphne nunca lloraba!

—¿Qué te pasa? —le dijo Gwendoline, extrañada.

—Nada que tú puedas comprender —dijo Daphne, parpadeando para ocultar sus lágrimas—. ¡Cielo santo! Mira que salir en una noche así y por el camino de la costa..., sólo para llevarme ese paquete. Y además, ¡la oficina de correos estaría cerrada! ¡Pobre Mary-Lou! ¿Qué puede haberle ocurrido?

—¿Tú crees que se habrá caído por el acantilado? —le preguntó Gwendoline.

Daphne se puso muy pálida.

—¡No..., no, no digas eso! —exclamó—. No te das cuenta de que eso sería terrible. ¡Jamás, jamás me lo perdonaría!

—No sería por «tu» culpa —dijo Gwendoline, sorprendida ante su reacción.

—¡Sí, sí lo sería! ¡Tú no lo comprendes! —gritó Daphne—. ¡Oh, pobrecilla Mary-Lou! Y la dejaste marchar pensando que no me era simpática..., que sólo la utilizaba de comodín. Pues «me» gusta. ¡Me gusta cien veces más que tú! Es amable, generosa y nada egoísta. Sé que al principio sólo la soportaba porque podía ayudarme..., pero no puedo por menos de sentir afecto hacia ella. ¡Mary-Lou lo da todo sin pedir nada a cambio!

—¡Pero..., tú me dijiste montones de veces que sólo ibas con ella porque te era útil! —tartamudeó Gwendoline completamente desconcertada y con aspecto abatido.

—¡Ya sé que lo dije! Fui brutal. Era lo más sencillo para que dejaras de molestarme por culpa de Mary-Lou. ¡Oh, nunca me perdonaría si le ocurriera algo! ¡Voy a buscarla! ¡Veré si puedo encontrarla!

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Gwendoline con horror—. ¡Fíjate qué viento hace! ¡Es peor que nunca!

—Si Mary-Lou ha podido salir con un viento así para llevar al correo un estúpido paquete mío, seguro que «yo» puedo ir a buscarla —dijo Daphne con una mirada en su bello rostro, que

Gwendoline no había visto jamás... una mirada decidida, que le daba un carácter inesperado.

—Pero, Daphne —protestó Gwendoline débilmente, y luego se detuvo. Daphne había salido del saloncito como una exhalación para ir a su dormitorio en busca de su impermeable y capucha. Luego bajó al guardarropa a ponerse sus botas de goma. Nadie la vio. Luego salió a la noche, iluminando el camino con una linterna.

Era una noche espantosa, y el viento aullaba con fiereza. Se le cortó el aliento al tomar el camino del acantilado. ¡Cualquiera pasaba por allí! El viento habría de derribarla.

Iluminó un poco más y comenzó a llamar con desespero.

—¡Mary-Lou! ¡Mary-Lou! ¿Dónde estás?

El viento llevó sus palabras por encima del acantilado. Volvió a llamar llevándose las manos a la boca.

—¡Mary-Lou! ¡Mary-Lou! ¡Mary-Lou!

Y oyó una apagada respuesta.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Ayúdame!

Capítulo 19

¡UNA HEROÍNA!

Daphne se quedó inmóvil, escuchando. El grito volvió a oírse contra el viento, muy lejano.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Parecía venir de alguna parte al frente de donde estaba Daphne. La niña, volviendo a luchar contra el viento, llegó hasta un lugar donde el borde del acantilado torcía hacia adentro. Fue siguiéndolo cuidadosamente sin atreverse a acercarse demasiado, dada la fuerza del viento. No obstante, ahora comenzaba a amainar algo.

De pronto oyó la voz de Mary-Lou mucho más cerca.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Daphne temía que el viento la arrojara por el acantilado de acercarse demasiado al borde, pero la voz parecía venir de allí. Daphne se sentó sobre la tierra húmeda pensando que así el viento no tendría tanto poder sobre ella y comenzó a avanzar junto al borde, agarrándose a todas las matas que podía.

Llegó donde el acantilado había cedido un poco formando una serie de salientes que bajaban hasta el mar. Se arrastró hasta aquel punto y, tendiéndose cuan larga era, iluminó el acantilado roto con su linterna.

Y allí, pocos pasos más abajo, estaba la pobre Mary-Lou, agarrada a un saliente para no perecer, con el rostro pálido vuelto hacia la luz de la linterna.

—¡Socorro! —volvió a gritar con voz débil al ver la luz—. ¡Oh, ayúdame! ¡No podré sostenerme mucho rato más!

Daphne estaba horrorizada. Comprendía que si Mary-Lou se soltaba, rodaría sobre las rocas hasta mucho más abajo. El corazón se le heló al pensarlo. ¿Qué podría hacer ella?

—¡Estoy aquí, Mary-Lou! —le gritó—. No te sueltes. Voy a buscar ayuda.

—¡Oh..., Daphne! ¡Eres tú! No te vayas, Daphne. Voy a caerme de un momento a otro. ¿No puedes hacer algo?

Daphne miró a Mary-Lou comprendiendo que era inútil dejarla allí e ir en busca de ayuda, porque era evidente que Mary-Lou se soltaría a no tardar. No, debía pensar algo y ponerlo en práctica en seguida.

Pensó en el cinturón de su impermeable y en el de su uniforme. Si los atara juntos y los dejara caer sobre el borde del acantilado, Mary-Lou podría agarrarse a ellos para ir subiendo. Pero ¿alcanzarían?

Se quitó el cinturón de su impermeable y el de su vestido con dedos que temblaban de un modo exasperante. Durante todo el tiempo estuvo dedicando frases alentadoras a Mary-Lou.

—¡Yo te salvaré, no te preocupes! ¡Pronto te subiré! Estoy haciendo una cuerda con mis cinturones y la descolgaré. Aguanta, Mary-Lou. ¡Sostente, que pronto te salvaré!

Mary-Lou se sintió confortada y aguantó. Tuvo mucho miedo cuando la galerna la arrastró hasta el borde del acantilado. No sabía cómo consiguió agarrarse a aquellas matas. Le había parecido que transcurrían años hasta que oyera la voz de Daphne. Ahora Daphne estaba allí y la salvaría. ¡A pesar de lo que dijera Gwendoline, Daphne era su amiga!

Daphne volvió a tumbarse en el suelo. Encontró un poblado arbusto a sus espaldas y pasó sus piernas por debajo, hasta que sus pies encontraron el fuerte tronco central que brotaba del suelo. Insensible a los rasguños y pinchazos enlazó sus piernas alrededor del tronco de manera que pudiera sostenerse con ellas y evitar así ser arrastrada hacia el acantilado con el peso de Mary-Lou.

Un grito frenético llegó hasta ella.

—¡Daphne! ¡Ésta mata está cediendo! ¡Me caeré! ¡De prisa, de prisa!

Daphne se apresuró a bajar la cuerda hecha con los dos cinturones. Mary-Lou la alcanzó enrollándola fuertemente a sus muñecas.

Daphne sintió el tirón en seguida.

—¿Estás bien? —le gritó, preocupada—. Ahora no te caerás, ¿verdad?

—No, no creo. Mis pies han encontrado un buen apoyo —confesó Mary-Lou mucho más segura por el cinturón que sujetaba sus muñecas—. No te arrastraré, ¿verdad, Daphne?

—No. Pero no creo que yo tenga la fuerza suficiente para subirte —exclamó Daphne, desesperada—. Y los cinturones pueden romperse y dejarte caer. No veo que podamos hacer otra cosa que sostenernos así hasta que alguien nos encuentre.

—¡Oh, pobre Daphne! Esto es horrible para ti —dijo la voz de Mary-Lou—. Ojalá no se me hubiera ocurrido nunca llevar ese paquete.

—Fuiste muy amable —dijo Daphne sin saber cómo sacar las palabras—. Pero tú siempre eres amable, Mary-Lou. Y, Mary-Lou, yo soy tu amiga. Tú lo sabes, ¿verdad? Gwen me contó las cosas horribles que te había dicho. No son ciertas. Yo tengo la mejor opinión de ti, te lo aseguro. Nunca he sentido aprecio por nadie hasta ahora.

—Oh, supe que Gwen había mentido en cuanto oí tu voz y supe que venías a buscarme —dijo Mary-Lou en la oscuridad—. Eres una heroína, Daphne.

—No lo soy —repuso Daphne—. Soy un ser repulsivo, Tú no sabes hasta qué punto.

—Ésta es una conversación curiosa para sostenerla en un acantilado en una noche tormentosa, ¿no te parece? —dijo Mary-Lou tratando de parecer alegre—. Oh, Dios mío... siento tanto haber sido la causante de estos conflictos, Daphne, ¿cuándo vendrán a buscarnos?

—Bueno, sólo Gwen sabe que he salido —dijo Daphne—. Si no vuelvo pronto seguro que se lo dirá a *Pinocho* Parker, y ellas enviarán a buscarnos. Espero que tenga la suficiente sensatez de decírselo a alguien.

Gwendoline la tuvo. Había estado muy preocupada primero por Mary-Lou y ahora por Daphne. Cuando Daphne no hubo regresado después de media hora, Gwendoline fue a decírselo a la señorita Parker. Le dijo dónde había ido Mary-Lou y que Daphne fue en su busca.

—¡Qué! ¡Por el camino de la costa de noche! ¡Y con ese tiempo! ¡Qué viento! ¡Qué locura! —exclamó la señorita Parker corriendo a buscar a la señorita Grayling.

En dos o tres minutos se organizó una expedición para ir a buscarlas, con linternas, cuerdas y termos con cacao caliente. No tardaron mucho en encontrarlas. La señorita Grayling lanzó una exclamación de espanto al verlas.

—¡Las dos podían haberse matado!

Daphne tenía los brazos casi entumecidos por la tensión cuando llegó la expedición. La vieron tendida en el suelo sujetándose con las piernas al arbusto, y sosteniendo los dos cinturones... y allí, al otro extremo, agarrándose para no perecer, estaba Mary-Lou, y debajo, el mar espumeante.

Bajaron una cuerda hasta Mary-Lou, que pasó por su cabeza rodeando sus brazos y espalda. Otra sujetó fuertemente su cintura. Daphne se levantó agradecida con las piernas casi dormidas, y la señorita Parker la ayudó a sostenerse.

—¡No desfallezcas ahora! ¡Apóyate fuertemente en mí!

Mary-Lou fue izada felizmente por el jardinero, y quedó tendida en el suelo llorando de alegría. El jardinero desató las cuerdas y la levantó.

—Yo la llevaré —dijo—. ¡Dele algo de beber, señorita! ¡Está helada!

Las dos niñas agradecieron el cacao caliente. Luego, apoyándose en la señorita Parker, Daphne regresó al colegio, seguida del jardinero, que llevaba a Mary-Lou, y luego por el resto de la partida.

—Acueste a las dos niñas —dijo la señorita Grayling al ama—. Han tenido una experiencia terrible. Ahora, sólo espero que no hayan pillado una pulmonía. Daphne, tú has salvado la vida de la pequeña Mary-Lou, de eso no hay duda. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

Daphne no dijo nada, pero ante la sorpresa de la señorita Grayling, agachó la cabeza y se alejó. No tuvo tiempo de preocuparse por ello, porque estuvo ayudando al ama a desnudar a Mary-Lou para acostarla. Pronto las dos niñas estuvieron instaladas en sendas camas después de haber tomado alimentos y bebidas calientes. Ambas tenían mucho sueño, y se durmieron de inmediato.

Las de segundo curso permanecían en sus camas preocupadas y sin poder conciliar el sueño. Gwen les había contado la escapada de Mary-Lou, y que Daphne fue tras ella para ver si lograba encontrarla. Sabían que había salido una expedición de salvamento. Toda clase de ideas terribles acudían a sus mentes mientras, acostadas, escuchaban el rugir del viento.

Hablaron hasta mucho después de apagarse las luces, y Sally no se lo prohibió. Aquélla noche era extraordinaria... era una noche de ansiedad y el hablar ayudaba.

Luego, después de mucho tiempo, oyeron los rápidos pasos de la señorita Parker por el pasillo. ¡Noticias! Todas se incorporaron al punto.

Encendió la luz y miró a las siete niñas que aguardaban expectantes. Luego se puso a contarles cómo habían encontrado a Mary-Lou y a Daphne, y cómo ésta, gracias a su ingeniosa idea, había salvado a Mary-Lou. Les describió cómo se había tendido sobre el suelo mojado, agarrándose con las piernas al tronco de un arbusto, y sujetando a Mary-Lou con sus cinturones atados hasta que llegó la ayuda.

—¡Daphne es una heroína! —exclamó Darrell—. Nunca me ha gustado... pero, señorita Parker, ha estado maravillosa, ¿verdad? ¡Es una verdadera heroína!

—Creo que sí lo es —dijo la señorita Parker—. No me figuraba que tuviera eso dentro. Ahora

está acostada en la enfermería, pero creo que pronto volverá a estar bien. Cuando vuelva a clase le dedicaremos tres vítores y aplausos.

Apagó las luces dándoles las buenas noches. Las niñas hablaron excitadas unos minutos más, contentas de saber ya lo ocurrido. ¡Lo que había hecho Daphne! ¡Y hacerlo por Mary-Lou! Vaya, Gwen siempre había dicho que Daphne sólo soportaba a Mary-Lou porque la ayudaba en francés.

—Daphne debe de querer a Mary-Lou —dijo Darrell manifestando el pensar de todas—. Me alegro. Siempre me ha parecido que era una bajeza utilizar a Mary-Lou sin apreciarla realmente.

—Me pregunto qué habrá sido del paquete —dijo Belinda—. Mary-Lou no pudo dejarlo en correos, porque la oficina estaba cerrada. Apuesto a que nadie ha pensado en el precioso paquete.

—Mañana iremos a buscarlo —propuso Sally—. Mirad... qué pocas somos esta noche... siete nada más. Elena se ha ido... y Daphne y Mary-Lou duermen en la enfermera. Bueno, gracias a Dios que están allí y no en el acantilado.

El viento volvió a alzarse otra vez convertido en galerna, y aullaba por la *Torre Norte*. Las niñas se acurrucaron en sus camas.

—Creo que Daphne ha sido muy valiente —dijo Darrell—. Y no puedo «*imaginarme*» cómo es posible que la tímida Mary-Lou se atreviera a salir con esta galerna. «*Mary-Lou*», precisamente.

—La gente es rara —explicó Irene—. Nunca se puede decir lo que hará una persona de un día a otro.

—¡Nunca dijiste una verdad tan cierta! —dijo Darrell—. Hoy pusiste tu gramática francesa en el armario de los deportes, e intentaste meter tu palo de *lacrosse* en tu pupitre... y Dios sabe lo que harás mañana.

Capítulo 20

UN PAQUETE SORPRENDENTE

Fue difícil hacer las pruebas de los exámenes entre tal cantidad de emociones. La historia de Mary-Lou y Daphne corrió por todo el colegio y no se hablaba de otra cosa. Las dos niñas no aparecieron aquel día por el colegio porque el ama les hizo guardar cama aunque ninguna de las dos pareciera haber salido perjudicada de la aventura.

Antes de las clases de la tarde, Darrell, Sally, Irene y Belinda fueron al camino del acantilado en busca del paquete. El viento había calmado por completo y el día era uno de los mejores de Cornualles. El cielo tenía un azul intenso, y el mar copiaba ese color haciendo que la vista resultara maravillosa mientras las niñas caminaban por el sendero de la costa.

—Mirad... ahí debe ser donde cayó Mary-Lou —dijo Darrell señalando el lugar donde el acantilado se había desmoronado—. Y ése... seguro que es el arbusto donde Daphne se sujetó con las piernas. ¡Cielos, cómo debió arañarse!

Las niñas contemplaron el lugar donde Mary-Lou y Daphne vivieron su terrible aventura. Sally se estremeció pensando lo que debió ser aquello de noche, con el viento silbando alrededor y el mar azotando las rocas.

—Es horrible pensarlo —dijo—. Vamos... busquemos el paquete. Mary-Lou debió dejarlo caer por aquí cerca, podéis tenerlo por seguro.

Empezaron a buscar. Fue Darrell quien lo encontró, mojado y medio roto entre la hierba, un poco más allá.

—¡Ya lo tengo! —gritó, corriendo a recogerlo—. Oh, se está deshaciendo. ¡El papel está empapado y se sale su contenido!

—Será mejor que quites el papel y lles las cosas en las manos —dijo Sally. De manera que Darrell arrancó el mojado papel y extrajo su contenido, que cayó sobre la hierba.

Era bastante extraño. Las niñas contemplaron lo que allí había. Eran cuatro monederos de distintos tamaños y formas. Tres estuches, de esos que ponen en las joyerías cuando venden broches... pequeñas cajitas de piel con su cierre, que hay que presionar para abrirlos.

Darrell, cogiendo uno, lo abrió... y dentro apareció un pequeño broche de oro en forma de barrita. Después de contemplarlo, asombrada, lo pasó a Sally.

—¿No es el broche de Emilia... el que había perdido?

—Si lo es, tendría su nombre detrás —replicó Sally muy seria, y tomando el broche miró la parte posterior de la pequeña barrita de oro.

—Sí... es de Emilia —exclamó—. Aquí está su nombre.

Sally abrió otro de los estuches que contenía un lacito de oro, de línea sencilla.

—¡Es de Katie! —exclamó Irene al punto—. ¡La he visto llevarlo! Cielo santo... ¿cómo ha ido a parar a este paquete? ¿Será éste el paquete que debíamos buscar?

Sally recogió todo lo que había sobre la hierba con expresión grave.

—Es el paquete que buscábamos —dijo—. Mirad... estos monederos son de personas que conocemos. Éste es de Gwen. Y éste el de Mary-Lou. Y ése seguro que es de Betty.

Las cuatro niñas se miraron unas a otras con gran asombro.

—Si éste es el paquete que Mary-Lou iba a llevar al correo para hacer un favor a Daphne... ¿cómo es que Daphne puso todas esas cosas dentro? —dijo Sally convirtiendo en palabra el pensamiento de todas.

—¿Se las habría dado Elena? —preguntó Darrell extrañada—. Todas sabemos que Elena las cogió. ¿Dónde las conseguiría? ¿Lo hacía para proteger a Elena?

—Tendremos que averiguarlo —dijo Irene—. Sally, será mejor que llevemos el paquete a la señorita Grayling. Nosotras no podemos conservarlo.

—No, no podemos —replicó Sally—. Lo devolveremos en seguida.

Regresaron hablando muy poco, preocupadas y solemnes. Allí estaban las cosas robadas... por las que acusaron a Elena... Daphne de alguna manera las había reunido y por alguna razón extraordinaria iba a enviarlas fuera..., y Mary-Lou casi pierde su vida intentando llevarlas al correo y había sido salvada por Daphne. Todo era muy complicado.

—Creo que todo esto es muy misterioso —dijo Belinda—. No le veo la cabeza ni los pies. Es una lástima que Elena haya sido expulsada ya que hubiéramos podido enseñarle lo que hemos encontrado.

Las niñas no tenían idea de que Elena estuviese todavía en *Torres de Malory*. ¡Con tantos rumores estaban todas firmemente convencidas de que la habían enviado a casa!

Cuando entraron sonaba la campana para las clases de la tarde. Alcanzaron a la señorita Parker cuando iba a entrar en el segundo curso, y le pidieron permiso para ir a ver a la señorita Grayling.

—Hemos encontrado el paquete que Mary-Lou fue a llevar al correo y creemos que debemos entregárselo a la señorita Grayling —explicó Sally.

—Muy bien. No tardéis mucho —dijo la señorita Parker siguiendo su camino.

Las cuatro niñas fueron a las habitaciones de la señorita Grayling y llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo su voz, y ellas abrieron la puerta y entraron. Estaba sola, y alzó la cabeza sorprendida al ver a las cuatro niñas. Luego sonrió, porque le gustaban todas, incluso la arisca Belinda.

—Escuche, señorita Grayling, hemos encontrado el paquete que Mary-Lou fue a llevar al correo, y que era de Daphne —dijo Sally, adelantándose—. Y aquí están las cosas que iban dentro. El papel estaba tan mojado que tuvimos que quitarlo.

Y colocó los portamonedas y estuches encima del escritorio de la directora, que las miró sorprendida.

—¡«Esto» iba dentro! —exclamó—. ¡Entonces, todo esto pertenece a Daphne! Tengo entendido que el paquete era de ella.

Hubo una pausa violenta.

—Verá, señorita Grayling, estas cosas pertenecen a distintas niñas —dijo Sally al fin—. Las perdimos en varias ocasiones. Algunos de esos monederos contenían dinero cuando nos los

quitaron, y ahora están vacíos.

De pronto la expresión de la señorita Grayling se hizo muy distinta. Una expresión dura apareció en sus ojos y se irguió en su asiento.

—Tendrás que explicarte un poco mejor, Sally —le dijo—. ¿He de entender que los robaron durante este curso?

—Sí, señorita Grayling —respondió Sally, y las otras asintieron con la cabeza.

—¿Creéis que Daphne los cogió? —preguntó la señorita Grayling.

—Bueno —dijo Sally al fin—, nosotras pensábamos que había sido Elena, señorita Grayling. Sabíamos que había sido expulsada, comprenda, y pensamos...

—¡Aguarda! —exclamó la señorita Grayling en tono tan tajante que las cuatro niñas pegaron un respingo—. ¡Elena «expulsada»! ¿Qué quieres decir? Está en la enfermería bajo la vigilancia del ama. Fue a verla hace dos noches con un terrible dolor de cabeza y la tenemos bajo observación para tratar de descubrir de qué se trata.

Las niñas estaban completamente desconcertadas. Sally se puso como la grana. ¡No debiera haber dado crédito a los rumores! Pero quiso creerlos porque Elena no le gustaba. Las niñas no sabían qué decir.

La señorita Grayling las miraba fijamente.

—¡Esto es extraordinario! —exclamó al fin—. Sencillamente, no puedo entenderlo. ¿Qué os hizo pensar que Elena había sido expulsada? ¿Y por qué pensasteis que había cogido esas cosas? Ella no es de esa clase de niñas. Como ya sabéis, ganó una beca para venir aquí estudiando de firme y trajo excelentes informes respecto a su carácter, de su última profesora.

—Nosotras... nosotras pensamos que las había cogido ella —comenzó a decir Sally—. Yo dije que no debíamos acusarla hasta que tuviésemos «pruebas» definitivas... pero, pero...

—Ya entiendo. Y supongo que la acusasteis en su propia cara. ¿Cuándo fue eso?

—Anteanoche, señorita Grayling —dijo Sally tratando de evitar los ojos de la directora, que de pronto se habían convertido en dos taladros que la estaban perforando.

—Anteanoche —repitió la señorita Grayling—. Ah, eso lo explica todo. Por eso debió alterarse tanto Elena, y le sobrevino ese dolor de cabeza que le hizo recurrir al ama. Y vosotras pensasteis que había sido expulsada... Dios sabe por qué... por algún tonto rumor, supongo, sostenido por vosotras, porque deseabais creerlo. ¡Podríais haber causado un daño grave a una niña inocente!

Darrell tragó saliva dos veces. Recordaba cómo había atacado a Elena aquella noche en la clase de segundo. Cierto que Elena había estado copiando... pero Darrell la había llamado ladrona y otras cosas imperdonables. Mirando a la señorita Grayling comprendió que debía decirle lo que había ocurrido entre Elena y ella. Era por «eso», estaba segura, por lo que Elena se puso enferma aquella noche. ¡Oh... cómo se empiezan a complicar las cosas cuando una comete una tontería!

—¿Puedo hablar con usted a solas, señorita Grayling? —dijo Darrell, desesperada—. Se trata de algo que las demás no saben, pero yo creo que es mejor que se lo diga a usted.

—Esperad fuera unos minutos —ordenó la directora a Sally, Belinda e Irene—. Aún no he terminado todavía con vosotras.

Salieron cerrando la puerta, muy sorprendidas. ¿Qué era lo que Darrell tenía que decir a la señorita Grayling? ¡Por lo menos debió decírselo también a ellas!

La directora interrogó a Darrell.

Darrell refirió la historia de cómo había seguido a Elena aquella noche, sorprendiéndola dentro del armario de la clase de segundo curso con los papeles de los exámenes en la mano.

—Y la llamé tramposa —continuó Darrell—. Y también ladrona, y le dije que se lo diría a Sally por la mañana y que la denunciaríamos para que la expulsaran. Y supongo que se preocuparía tanto que por eso le dio ese dolor de cabeza y tuvo que ir a ver al ama. Y todas pensamos que alguna de ustedes debía haber descubierto que era una ladrona y que la habían expulsado sin armar escándalo.

—¡Vaya! —exclamó la señorita Grayling cuando Darrell llegó al final de su relato—. Las cosas que ocurren en este colegio sin que nadie se entere. Es increíble. ¿Quieres decirme, Darrell, que tú y Elena luchasteis en el suelo de la clase de segundo curso a medianoche? Ésa no es cosa de la que puedas sentirte orgullosa.

—Lo sé —respondió Darrell—. Y ahora lo lamento profundamente. Pero me puse furiosa, señorita Grayling... y perdí los estribos. No puedo soportar a las tramposas.

—Es muy extraño —dijo la señorita Grayling pensativa—. Elena ha ganado una beca y nunca he sabido que una niña así necesite copiar. No creo que Elena estuviera copiando. Si es así, debe haber alguna razón que debo descubrir. ¿Es que a ninguna de vosotras os gusta Elena, Darrell?

Darrell vacilaba.

—Bueno... es tan nerviosa... tan arisca e irritable, señorita Grayling. Se enfada si movemos la mesa, y nos grita si interrumpimos su lectura. Tiene un genio terrible. Creo que Jean la aprecia más que ninguna de nosotras. Ha tenido una paciencia terrible con ella.

—Ojalá hubiera sabido todo esto antes —respondió la señorita Grayling—. Ahora comprendo por qué Elena se alteró cuando le propuse que se fuera a casa. Yo creía que tal vez se sintiera mejor y más a gusto en su casa... y ella debió pensar que quería expulsarla, porque alguien había venido a decirme que había estado robando o copiando. Pobre Elena. Yo creo que ha hecho un esfuerzo demasiado grande para su cerebro y éste es el resultado.

Darrell guardó silencio. Comprendía que la señorita Grayling no estaba muy satisfecha de ella.

—Lamento lo que hice —dijo, tratando de tragar sus lágrimas—. Sé que no ceso de repetir que no volveré a enfadarme ni a perder el control de mí misma. Usted ya no me creerá más ahora.

—Seguiré creyéndote y confiando en ti todas las veces —dijo la señorita Grayling, volviendo, sonriente, sus ojos azules hacia Darrell—. Y un día tendrás la fortaleza suficiente para cumplir tu promesa. ¡Probablemente cuando estés en sexto curso! Ahora diles a las otras que entren otra vez.

Entraron, y la señorita Grayling les habló con gravedad.

—Lo que Darrell acaba de decirme tengo buenas razones para no repetíroslo a vosotras. Creo que ella tampoco lo hará. Lo que digo es esto... Elena no es la ladrona, como pensáis; de eso podéis estar completamente seguras.

—¡No es la ladrona! —exclamó Sally—. Pero... todas pensamos que lo era... y Alicia la acusó delante de todas... y nosotras.

Sally mencionó el nombre de Alicia sin pensar, y la señorita Grayling tamborileó con su lápiz encima del escritorio.

—Oh..., de manera que Alicia hizo la acusación, ¿eh? —dijo—. Entonces ahora tiene algo de que sentirse bien arrepentida. Creo que esa acusación en público es la que provocó la dolencia de Elena. Sally, tú eres la jefa de clase. Te encargo de que muestres a Alicia que un poco más de amabilidad y un poco menos de dureza serían mucho más de admirar por mí, por vosotras y por cualquiera.

—Sí, señorita Grayling —dijo Sally, sintiéndose también extremadamente culpable—. Pero, señorita Grayling... ¿quién es la ladrona?

—No es posible que sea Daphne —intervino Irene—. Nadie que haya hecho lo que Daphne hizo anoche puede hacer una cosa tan baja. ¡Vaya, si Daphne es una heroína! ¡Todo el mundo lo dice!

—¿Y tú crees que si alguien hace de pronto un acto de valentía no puede cometer jamás una bajeza? —preguntó la señorita Grayling—. Estás equivocada, Irene. Todos nosotros tenemos cosas buenas y malas, y tenemos que luchar continuamente para que el lado bueno gane al malo. Nunca somos perfectos..., todos nosotros hacemos cosas malas o equivocadas a veces..., pero por lo menos podemos tratar de remediar lo malo haciendo más tarde algo que merezca la pena. Creo que Daphne ha remediado algo ya..., pero su acto heroico no significa que jamás haya hecho nada bajo o mezquino.

—Entonces, ¿es ella la ladrona? —preguntó Sally, incrédula.

—Eso es lo que voy a averiguar —replicó la señorita Grayling—. Si lo es, ella misma lo dirá, y vosotras la juzgaréis. Ahora volved a vuestra clase. Voy a la enfermería a ver a Daphne. Y a propósito, Elena podría ver a alguien hoy. ¿Y si fuera Jean? Dijiste que apreciaba más a Elena que ninguna de vosotras. Decidle que vaya a ver a Elena después de merendar y que sea amable con ella.

—¿Puede decirle que todas sabemos que no es la ladrona? —preguntó Darrell, preocupada—. Y oh, señorita Grayling... ¿podría verla yo también unos minutos?

—Sí —dijo la señorita Grayling—. Pero nada de peleas, Darrell, ¡o el ama te dará lo que mereces!

Capítulo 21

DAPHNE, ELENA... Y LA SEÑORITA GRAYLING

La señorita Grayling se encaminó a la enfermería, donde habló con el ama, quien le dijo:

—Sí, Daphne ya está del todo bien ahora. Acaba de levantarse.

La directora le dijo al ama que llevara a Daphne a la habitación contigua, donde podrían hablar a solas. Daphne fue allí acompañada del ama, y se sentó en una butaca, preguntándose cuál sería el motivo de aquella visita. La señorita Grayling tenía una expresión grave.

—Daphne —dijo la directora—, estas cosas fueron encontradas en el paquete que Mary-Lou iba a llevar al correo en tu lugar. Tú misma lo envolviste. ¿De dónde las sacaste? ¿Y por qué quisiste enviarlas fuera?

Y dejó caer los portamonedas y estuches sobre las rodillas de Daphne. La niña los contempló con horror. Se puso muy pálida y abrió la boca para hablar, pero no pudo articular palabra.

—¿Quieres que te diga yo de dónde las has sacado? —continuó la señorita Grayling—. Las cogiste de los pupitres, armarios y cajones. Te gastaste el dinero, Daphne. Hiciste, en realidad, exactamente lo mismo que en otros dos colegios, que insinuaron secretamente a tus padres que lo mejor era que te cambiaran de colegio, pero sin decirles por qué.

—¿Cómo lo sabe usted? —susurró Daphne con su hermoso rostro pálido y descompuesto.

—Es costumbre de *Torres de Malory* pedir informes confidenciales del carácter de cada alumna nueva, a su anterior directora —repuso la señorita Grayling—. Y si podemos evitarlo, no aceptamos niñas de mal carácter, Daphne.

—Entonces, ¿por qué me aceptaron a mí? —preguntó Daphne, sin atreverse a mirar a los ojos de la directora.

—Porque tu última directora dijo que no eras «*del todo*» mala, Daphne —replicó la señorita Grayling—. Dijo que tal vez al empezar de nuevo en un colegio como éste, con sus tradiciones de ayuda a las demás, justicia, amabilidad y confianza, podría ayudarte a anular lo malo que hay en ti y a aumentar lo bueno. Y a mí me gusta dar una oportunidad a la gente.

—Ya entiendo —dijo Daphne—. Pero yo soy peor de lo que usted piensa, señorita Grayling. No sólo he robado..., sino mentido. Dije que no había estado jamás en un colegio, porque tenía miedo de que las niñas llegaran a saber que me habían enviado a casa dos veces, o sea que me expulsaron de dos colegios. Fingí que mi familia era muy rica. Yo... tengo una fotografía en mi tocador que no es de mi madre..., sino un retrato de una mujer muy hermosa.

—Lo sé —dijo la señorita Grayling—. Las profesoras fuimos advertidas, pero no las niñas. He oído muchas cosas que me entristecen, Daphne, y que me hacen pensar que no mereces la oportunidad que se te ha dado. Tu peor obstáculo es tu belleza... quieres que la gente te admire, quieres hacerles creer que vienes de una familia distinguida, que tus padres son guapos y ricos..., quieres ser envidiada y admirada, ¿no es cierto? Y como tus padres no son tan importantes como

tú crees que debieran ser, teniéndote a ti por hija, y no pueden darte tanto dinero para tus gastos y tantas cosas bonitas como a las otras, coges lo que quieres... robas.

—No soy buena —contestó Daphne mirando sus manos—. Lo sé. No soy buena.

—Y sin embargo has hecho un acto de gran valor —prosiguió la señorita Grayling—. Mírame, Daphne, por favor. Las niñas te admiran hoy... te llaman heroína. Desean vitorearte y aplaudirte. ¡Hay mucho bueno en ti!

Daphne había alzado la cabeza y miraba a la señorita Grayling. Enrojeció.

—Yo tengo la culpa de lo que le ha ocurrido a Mary-Lou —dijo—. Cuando supe que Elena había sido expulsada por robar las cosas que en realidad había robado yo, tuve miedo. Fui demasiado cobarde para confesar..., pero pensé que si se encontraban los monederos vacíos y los estuches, mis huellas dactilares aparecerían en ellos y me descubrirían. De manera que pensé en enviarlos fuera por correo a una dirección imaginaria. Y Mary-Lou supo que yo estaba preocupada porque saliera el paquete, y por eso sufrió el accidente.

—Ya comprendo —dijo la señorita Grayling—. Yo me preguntaba por qué habrías enviado esas cosas, Daphne. Fue una gran suerte que encontrases a Mary-Lou. De otro modo tu tontería y mal comportamiento pudieron causar una gran tragedia.

—Supongo que me enviará a mi casa, señorita Grayling —dijo Daphne tras una pausa—. Mis padres tendrán que saber el porqué. Adivinarán que hay algún motivo serio. Ellos no pagan mis gastos, ¿sabe usted?, no podrían. Los paga mi abuela. Si «ella» se entera de esto, dejará de costear mi educación, y habré destrozado toda mi vida. ¿He de marcharme, señorita Grayling?

—Voy a dejar que sean las niñas quienes decidan —repuso la señorita Grayling—. Es decir, si eres lo bastante valiente para dejar que lo hagan, Daphne. Quiero que se lo cuentes al segundo curso. Confiésalo todo y escucha lo que ellas digan.

—Oh, no puedo —exclamó Daphne, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Después de todo lo que he dicho... y lo que me he «pavoneado»! ¡No puedo!

—Bueno, tienes que escoger —le dijo la señorita Grayling poniéndose en pie—. O bien te envío a tu casa sin más dilación... o te pones en las manos de tus compañeras. Es duro, pero si de verdad quieres enmendarte, lo harás. Hay algo bueno en ti. ¡Ahora tienes ocasión de demostrarlo, aunque esto signifique tener que ser todavía más valiente de lo que fuiste anoche!

Dejó a Daphne para ir a visitar a Elena. Se sentó junto a su cama.

—Elena —le dijo—, Daphne está en un grave aprieto. Las otras lo van a saber pronto y yo he venido a decírtelo a ti personalmente. Se ha descubierto que fue ella quien robó todo el dinero y las joyas que habían desaparecido.

Elena tardó unos segundos en asimilarlo. Al fin se incorporó.

—«¡Daphne!»... ¡Pero las niñas pensaron que había sido yo! Me acusaron. Nunca creerán que haya sido Daphne.

—Lo creerán —dijo la señorita Grayling—, ¡porque creo que será la propia Daphne quien se lo diga! Y ahora, Elena, dime... ¿qué te hizo coger los papeles de los exámenes la otra noche? Eres una niña inteligente que ha ganado una beca... no tienes necesidad de copiar.

Elena volvió a tenderse. Estaba sobrecogida de vergüenza. ¿Cómo lo sabía la señorita

Grayling? ¿Es que Darrell lo había contado a todo el mundo? Claro que sí.

—No lo sabe nadie más que Darrell y yo —dijo la señorita Grayling—. Darrell me lo dijo a mí solamente, de manera que no necesitas preocuparte. Pero yo quiero saber por qué lo hiciste. Hay algo que te preocupa, Elena, y estos dolores de cabeza no te desaparecerán hasta que estés en paz contigo misma y hayas solucionado eso que te preocupa.

—Yo «necesitaba» hacer trampas —dijo Elena, con voz débil—. Mi cerebro no funcionaba, y tenía estos dolores de cabeza. Sabía que no lograría pasar los exámenes... y las niñas esa noche me habían acusado de ladrona, cosa que no era... y me desesperé, y pensé que también podría ser una tramposa puesto que todas me creían ya una ladrona.

—Comprendo —repuso la señorita Grayling—. Pero ¿por qué no te funcionaba el cerebro?

—No lo sé —dijo Elena—. Supongo que porque debí estudiar demasiado cuando gané la beca. Comprenda, señorita Grayling, yo no soy muy inteligente. Consigo buenos resultados porque tengo tesón... y machaco y machaco, trabajando y estudiando, cuando una niña que realmente merece una beca, puede conseguir mejores resultados con la mitad de esfuerzo. También estudié durante todas las vacaciones. Cuando vine aquí estaba cansada..., ¡pero deseaba tanto aprobar mi primer curso!

—¿Tanto importa? —le preguntó la señorita Grayling, con amabilidad.

—Sí —contestó Elena—. No quería decepcionar a los míos. Han tenido que pagar más de lo que pueden por mis uniformes y cosas. Están muy orgullosos de mí. «Tenía» que hacerlo bien. Y ahora lo he estropeado todo.

—¡Todo no! —exclamó la señorita Grayling, aliviada por haber descubierto que el exceso de trabajo era la raíz del mal de Elena, y su preocupación por lo que su familia pudiera pensar—. Escribiré una carta a tus padres para decirles que estás agotada y que debes tener unas verdaderas vacaciones cuando lleguen. El curso que viene estarás otra vez en forma, habrás olvidado todo esto y podrás ser la primera de la clase.

Elena sonrió a la directora, y aquella preocupación que martilleaba su cerebro desapareció como por encanto.

—Gracias —le dijo, agradecida—. Quisiera decirle muchas cosas, pero no puedo.

La señorita Grayling entró un momento a saludar a Mary-Lou y luego regresó a sus habitaciones. Tantas niñas... tantos problemas... tanta responsabilidad para solucionarlos y conseguir sacar el mejor partido de cada niña. No es de extrañar que la señorita Grayling tuviese más canas de las debidas.

Capítulo 22

DAPHNE CONFIESA. FINAL DE CURSO

Aquél día, inmediatamente después de merendar, la señorita Parker dijo a las de segundo curso que fueran a la sala común y aguardaran.

—¿Por qué? —preguntó Belinda, sorprendida.

—Ya lo veréis —dijo la señorita Parker—. Id ahora. Alguien os está esperando allí.

Todas fueron en tropel a la sala común, preguntándose cuál sería aquel misterio. Mary-Lou estaba allí un tanto asustada, enfundada en su bata. El ama la había bajado.

¡Y Daphne estaba allí, completamente vestida! Las niñas corrieron a rodearla.

—¡Daphne! ¡Eres una heroína! ¡Daphne! ¡Bien hecho! ¡Salvaste la vida a Mary-Lou!

Daphne no contestó. Permaneció sentada, mirándolas, bastante pálida y sin sonreír siquiera.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Gwendoline.

—Sentaos todas —les dijo Daphne—. Tengo algo que deciros. Luego me iré y no volveréis a verme.

—¡Cielo santo! ¿A qué viene este melodrama? —preguntó Jean, inquieta ante el tono trágico de Daphne.

—Escuchad —dijo Daphne—. Tenéis que escucharme. Yo soy la ladrona. Yo cogí esas cosas. Ya me habían expulsado de otros dos colegios por lo mismo. La señorita Grayling lo sabía, pero quiso darme otra oportunidad. Por eso vine aquí. Os dije muchas mentiras..., sobre todo a Gwen. No tenemos yate. Ni tres o cuatro coches. Os dije que no había ido nunca al colegio porque no quería que ninguna supiera que me habían expulsado. No tenía bastante dinero para pagar algunas de las aportaciones que Jean nos pedía, y ¿cómo podía decirlo cuando todas pensabais que mi padre era millonario? Por eso cogí el dinero y los monederos. Y también las joyas, porque me gustan las cosas tontas y yo apenas tengo ninguna.

Hizo una pausa. Las caras que la rodeaban expresaban horror y sorpresa. Gwendoline parecía a punto de desmayarse. ¡Su gran amiga, con su padre millonario! No era de extrañar que Daphne no la hubiera invitado para las vacaciones. Todo eran mentiras.

—Parecéis asombradas. Lo sabía. La señorita Grayling dijo que debía confesároslo yo misma, y que vosotras me juzgaseis. Ahora ya veo cómo me juzgáis. No os lo reprocho. ¡Yo misma me he juzgado, y me aborrezco! Dejé que acusaran a Elena injustamente, dejé que vosotras...

—¡Y yo caí en la trampa y acusé a Elena! —exclamó Alicia, avergonzada—. Eres mala, Daphne. Debieras habérmelo impedido. Nunca me perdonaré por haberle hecho eso a la pobre Elena.

Hubo una larga pausa. Luego habló Sally:

—¿Es eso todo, Daphne?

—¿No es bastante? —replicó Daphne, con amargura—. Tal vez queráis saber por qué me entró

tanta prisa por enviar esas cosas en un paquete que la pobre Mary-Lou quiso llevar al correo por mí. Bueno, cuando circuló el rumor de que Elena había sido expulsada por robar, tuve miedo de que esos monederos pudieran ser descubiertos con mis huellas dactilares. Sé que la policía siempre busca huellas. Así que pensé que lo mejor era enviarlos por correo a una dirección falsa. Entonces nadie podría relacionarlos conmigo. Y por culpa de esa estúpida idea, Mary-Lou casi se mata.

—¡Sí... y por eso viniste a buscarme y arriesgaste tu vida para salvarme! —exclamó Mary-Lou, acercándose a ella—. No me importa lo que digan las demás. Yo estoy contigo, Daphne. No quiero que te marches. Sé que no volverás a coger nada que no sea tuyo. En ti hay más bondad que maldad.

—Bueno, yo estoy segura de que no quiero tener nada que ver con ella —dijo Gwendoline, con disgusto—. Si mi madre supiera...

—Cállate, Gwendoline —intervino Darrell—. Yo también estoy con Daphne. Yo también he hecho bastantes cosas terribles esta semana, aunque no puedo decirnos cuáles. Y pienso esto... ¡lo malo que Daphne pueda haber hecho en este curso, ha quedado completamente borrado por el valor que demostró anoche! Entonces pensamos que su hazaña era noble y valiente... y lo que acaba de decirnos no la hace menos noble ni menos valiente.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Sally—. Ha borrado sus errores con un bien, ésa es mi opinión. Y lo que es más, se necesita coraje para venir a enfrentarse con todas nosotros como lo ha hecho. Tú tienes mucho bueno en ti, Daphne. ¿Si nos ponemos a tu lado y te ayudamos, te servirá de algo? Quiero decir..., ¿dejarás de robar y de hacer trucos sucios?

—¿Lo dices de veras? —exclamó Daphne, mientras una repentina esperanza iluminaba su rostro—. ¿Y las demás?

—Yo estoy con Sally y Darrell —dijo Jean.

—Yo también —exclamó Belinda, e Irene asintió también. Emilia reflexionó unos instantes y al fin dio su opinión.

—Sí. Estoy de acuerdo —dijo—. Creo que te has portado terriblemente mal, Daphne... y terriblemente bien también. Y de todas formas, debes tener una oportunidad para hacer el bien.

—¿Y tú, Alicia? —preguntó Sally.

Alicia había guardado silencio durante los últimos minutos. Estaba sobrecogida por los remordimientos respecto a Elena. Alzó los ojos.

—Me parece que yo necesito una oportunidad para mejorar, tanto como Daphne —dijo, avergonzada—. He sido peor que ninguna de vosotras.

—Has sido dura e intransigente, Alicia —dijo Sally—. Te burlaste de mí porque deseaba tener pruebas antes de acusar a nadie y por querer ser justa y amable...

—Lo sé —dijo Alicia—. Lo sé. Lo siento. Me disgustabas porque eras la jefa de la clase este curso en lugar de serlo yo, Sally. He ido una perfecta idiota. No soy quién para juzgar a Daphne. Seguiré tu ejemplo, puedes estar segura.

—Bueno, parece que Gwendoline es la única contraria —concluyó Sally, volviéndose hacia la niña malcarada—. ¡Pobre Gwendoline! Ha perdido a su gran amiga y no puede soportarlo. Bueno,

iremos a decir a la señorita Grayling que estamos todas de acuerdo en este asunto, excepto Gwendoline. Queremos dar a Daphne otra oportunidad y no queremos que se vaya.

—No, no hagas eso —exclamó Gwendoline, alarmada al pensar que iba a parecerle muy mezquina a la señorita Grayling—. Yo también estoy de acuerdo.

—¿Y tú también, Daphne? —dijo Sally, mirándola.

—Gracias, Sally. De todo corazón —respondió Daphne, volviendo la cabeza. Era un gran momento de su vida... la bifurcación de los caminos. Era ella quien debía escoger el bueno, y lo sabía. ¡Si tuviera la fuerza de voluntad suficiente para hacerlo!

Una mano tímida tocó su brazo. Era Mary-Lou.

—Ahora, vuelve con el ama —le dijo—. Dijo que regresáramos en cuanto terminase la reunión. Ya te ayudaré yo a subir la escalera.

Daphne sonrió por primera vez, y esta vez su sonrisa fue verdadera, sincera, no sólo para resultar encantadora.

—¡Tú eres quien necesita ayuda! —le dijo—. Vamos, o el ama bajará a buscarnos.

Jean fue a ver a Elena... Una Elena muy distinta. Las cosas parecían aclararse como por arte de magia.

—Ahora me encuentro muchísimo mejor —exclamó Elena—. Ya no voy a dar más clases este curso, Jean, y no estudiaré nada durante las vacaciones. Tampoco gruñiré ni contestaré más. Me ha desaparecido ese dolor de cabeza que me hacía saltar a cada instante. Se me fue de repente después de hablar con la señorita Grayling. Fue extraordinario.

—Tienes suerte de poder estar en la cama precisamente ahora —le dijo Jean—. Los exámenes son espantosos. Debieras haber visto el de matemáticas, Elena. La verdad es que sólo pude hacer la mitad de las sumas. Pero el de francés, preparado por *Mademoiselle* Dupont, fue algo estupendo.

Entre unas cosas y otras, la semana de los exámenes pasó muy de prisa y llegó la última semana del curso. Las profesoras comenzaron a mostrar fatiga mientras la tarea de poner notas, corregir papeles y redactar informes se iba haciendo más y más pesada. *Mademoiselle* Dupont se puso frenética por haber perdido su hermosa lista de notas, y suplicó a la señorita Parker que le hiciese otra.

La señorita Parker no quiso.

—Ya tengo bastantes preocupaciones —le respondió—. Es usted tan descuidada como Belinda, *Mademoiselle*. Estuvo respondiendo a un cuestionario de historia mientras el resto de la clase estaba haciendo el examen de geografía. No me pregunte cómo. Ésa niña es la más despistada que he visto en mi vida. Cómo cogió el cuestionario de historia cuando yo repartí los de geografía...

—Pero ¿por qué no le dijo que se había equivocado? —le preguntó *Mademoiselle*, asombrada.

—Dijo que ni siquiera se «dio cuenta» de que las preguntas fuesen de historia —gimió la señorita Parker—. ¡Éstas niñas! Serán mi muerte. ¡Gracias a Dios que sólo faltan dos días para el final del curso!

Dos días nada más. ¡Pero los más agitados! Recogiendo cosas, buscándolas, perdiéndolas.

Intercambiando direcciones, ordenando armarios, clasificando libros, limpiando pinceles... todas esas cosas excitantes que ocurren a final de curso y que hay que añadir a la excitación de volver a casa.

—Ha sido un curso raro —dijo Darrell a Sally—. ¿No te parece, Sally? No estoy muy satisfecha de algunas cosas que he hecho. Aunque tú te has portado bien. Como siempre te portas.

—¡Tonterías! —exclamó Sally—. No sabes cuántas veces he odiado a Alicia por desafiarme. ¡Tú ignoras muchas cosas de mí!

—Sin embargo, este curso he disfrutado —dijo Darrell, recordándolo todo—. Ha sido interesante. Elena y su mal carácter... y la forma en que todas hablamos mal de ella... y ahora se ha aclarado todo y está completamente cambiada, y ella y Jean están más unidas que carne y uña.

—Y luego Daphne —dijo Sally, la palabra «*ladrones*» se le vino a la memoria—. Ése fue un caso extraordinario. ¿No es cierto, Darrell? Celebro que le hayamos dado una oportunidad. ¿No es curioso que haya dejado su amistad con esa tonta de Gwendoline Mary y escogido a Mary-Lou como amiga?

—Pobrecilla —replicó Darrell—. Mary-Lou puede que sea tímida e intransigente..., pero tiene un gran corazón. Y es mucho mejor para ella tener una amiga propia que ir detrás de nosotras todo el tiempo. Pero siempre me gustará la pequeña Mary-Lou.

—Gwendoline parece amargada estos días —comentó Sally, dando un codazo a su amiga al pasar Gwendoline sola—. ¡Ahora no es amiga de nadie!

—Eso no le hará ningún daño —dijo Darrell, de corazón—. Pronto será la mimadita de su mamá y de la señorita Winter, y le harán la cama y todo lo que haya que hacer. La querida Gwendoline Mary. No ha salido muy bien librada del asunto Daphne, ¿verdad?

—No. Tal vez sea mejor el curso que viene —dijo Sally, sin gran convencimiento—. Oh, cielo santo, ¿qué «*está*» haciendo Belinda?

Belinda pasó por su lado como una exhalación con una cesta de labor en los brazos, de la que caían metros y metros de ovillos de lana. Se fueron enredando en los tobillos y piernas de sus compañeras y al fin se vio obligada a detenerse.

—¡Dejad en paz mis lanas! —gritó, indignada—. ¡No me dejáis andar!

—¡Oh, Belinda..., siempre serás una estúpida! —exclamó Darrell, desenredando lana roja de su tobillo derecho—. ¡Márchate de una vez con tus labores! Belinda, no te olvides de traer un buen montón de caricaturas divertidas después de las vacaciones.

—¡Lo haré! —replicó Belinda con una sonrisa—. ¿Y qué os parece si Alicia trajera algún truco nuevo para el próximo curso? ¡Eh, Alicia, hemos preparado unos deberes de vacaciones para ti! ¡Preparar algún supertruco para el próximo curso!

—¡De acuerdo! —replicó Alicia—. Lo haré. ¡Podéis contar con ello! ¡Mejor que el «*Huy*» en la espalda de *Mademoiselle*, Darrell!

—¡Huy! ¿Qué es huy? —quiso saber *Mademoiselle* Dupont, apareciendo inesperadamente—. ¿Un huy en mi espalda? ¿Qué es lo que me habéis hecho ahora?

Y giró sobre sí misma, tratando de ver dónde llevaba el «*huy*», y las niñas se desternillaron de risa.

—No ocurre nada, *Mademoiselle*. Ahora ya no está ahí.

—Pero ¿qué significa huy? —quiso saber *Mademoiselle*—. Se lo preguntaré a la señorita Parker.

Pero a la señorita Parker no le interesaban los «huy» de *Mademoiselle*. Sólo le preocupaba que las niñas partieran felizmente de vacaciones. Entonces podría sentarse y respirar tranquila.

Y por fin se fueron. Los automóviles llenaron la avenida. Las que iban a tomar el tren se fueron cantando. Belinda volvió corriendo a recoger su maleta, que se había olvidado, como de costumbre.

—¡Adiós, *Torres de Malory*! —gritaron las niñas—. ¡Adiós, *Potty*! ¡Adiós, *Pinocho*! ¡Adiós, *Mademoiselle Huy*!

—Se fueron —exclamó *Mademoiselle*—. Ah, las queridas niñas, cómo me gusta verlas llegar... y cómo me gusta verlas marchar. Señorita Parker, debe decirme una cosa, por favor. ¿Qué es un «*Huy*»? Nunca lo había oído.

—Mírelo en el diccionario —repuso la señorita Parker, como si estuviera dirigiéndose a su clase—. Cuatro semanas de paz, bendita paz. ¡No puedo creerlo! —Pronto volverán esas niñas traviesas— dijo *Mademoiselle*. Y tenía razón. ¡Volvieron!

Notas

[1]Con la palabra curso se designa un periodo trimestral. (N. de la T.)<<

[2]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<